Segunda sesión

# Pensamientos Libidinosos

*Pilar Martel H.*

Bogotá
2026

Pensamientos
Libidinosos
Pilar Martel H

# Índice general

**Prólogo: La primera eyaculación mental** 1

**1. Desconocidos que saben mi nombre** 13
Lo conocí en Tinder . . . 13
El bar de la 93 que nunca abre . . . 19
El taxi de la 26 que no cobró . . . 23
El delivery que llegó tarde . . . 27

**2. Creampies y promesas que no se cumplen** 33
El desconocido de la app que desapareció después . . . 33
Historias que mis amigos le contaron al bartender . . . 35
El estudiante tímido . . . 39

**3. Cuerpos que se repiten** 45
El profesor de la uni que me enseñó francés y creampies . . . 45
Visitas conyugales y el guardián que me custodiaba adentro . . . 50
El policía que me vigilaba mientras otros me cogían . . . 53
3.0.1. El Masajista que Invita a su Aprendiz . . . 54
3.0.2. El Interrogatorio en la Habitación con Espejo Unidireccional . . . 55
3.0.3. El Guía Turístico en el Cerro de Monserrate . . . 58
3.0.4. El Allanamiento Falso . . . 60

**4. Mañanas que duelen rico** 63
4.0.1. Mañana después del trío en El Restrepo . . . 63
Despertar después de la fiesta de graduación . . . 66

**5. Bordes** **69**
La fiesta donde me usaron como objeto . . . . . 69
La noche que me dejé atar en un motel de la 80 . . . . . 72
Ex convicto . . . . . 75
La bruja blanca del norte . . . . . 82

**Cierre: Última eyaculación del capítulo** **111**

# Prólogo:
# La primera eyaculación mental

Nuestra mirada esta en el techo de una habitación, tenemos la perspectiva de un espejo cuidadosamente colocado para que las parejas que visitan el cuarto puedan observar sus momentos de placer desde los ojos de un espectador inerte. Pero en esta ocasión no es una pareja, es un trío, dos hombres y una mujer que se confunden en una masa de energía sexual, todos parecen hacer lo posible por contribuir al placer de la masa y ello lleva a recompensas no imaginadas. El primer hombre, es joven y es su primera experiencia de este tipo, tuvo temor de no tener una erección esta noche, pero al llegar a la habitación esos temores se diluyeron al ver el rostro deseoso de sexo de Pilar; el segundo hombre es el mayor de los tres, tiene experiencia en actividades como esta, sin embargo, es la primera vez que desea tanto a una mujer, especialmente en una situación como esta. Ella... solo cierra los ojos y deja que todo suceda y se preocupa que lo que suceda tenga el matiz del placer, es decir, no parece pasiva recibiendo placer, sus movimientos denotan el propósito de brindar sensaciones a sus amantes.

Ahora cambiamos de perspectiva, como una araña que baja del espejo, lo hacemos cuidadosamente, nos acercamos y notamos varias cosas: todos tienen una capa de sudor en sus pieles, ella es la única con los ojos cerrados, y ambos han llegado a un ritmo y una coordinación que parece un acuerdo para dar el máximo de placer a Pilar. Enseguida oímos sus gemidos, que se combinan con gritos que hablan el lenguaje de lo libidinoso, ellos la siguen prudentemente guardando toda sus energías para poder seguir penetrándola, lo que no tarda en llegar al propósito acordado.

De su vagina y se su culo, podemos ver como un liquido blanco se desborda mientras las vergas de estos hombres no detienen su movimiento, en ese instante nos aturde todo, la escena, los gemidos, los gritos, perdemos la visión y caemos a un pozo oscuro.

Pasan horas, días y semanas ¿tal vez años?, estamos de nuevo en una habitación, pero no es la misma, no tiene un espejo en el techo, somos de nuevo una araña en su telaraña, miramos alrededor y esta vez solo vemos a una persona, la reconocemos de inmediato, se encuentra desnuda, sus pequeñas tetas tienen un tono azul por el reflejo de la pantalla de su portátil, hay silencio que solo se interrumpe levemente por el sonido del teclado. Pero podemos oler, y nuestro potente sentido del olfato nos indica que recientemente ha ocurrido algo interesante en aquella cama, algo que seguramente ha llenado de sensaciones la piel y el cerebro de ella. Queremos saber qué esta escribiendo, pero ya todos lo sabemos, es una pregunta inadecuada; lo que resalta de la escena es que descubrimos cómo escribe ya que de hecho, la hemos leído en múltiples ocasiones.

-Quieres espiarla ¿no es así?-

Escuchamos esa voz, en principio consideramos que hay alguien mas en la habitación, pero pronto reconocemos que esa voz no tiene un origen definido, podría estar en nuestra mente, no descartemos que sean nuestras propias cuerdas vocales activadas sin nuestro permiso.

-Solo admítelo, quieres espiarla, deseas estar con ella-

Pensamos que estaríamos perdidos si hablamos con esta voz, contestar seria admitir locura. Y es algo que puede que no ayude con nuestra autoestima.

-Piensas en follartela, disfrutar su cuerpo, en darle placer y en destrozarla-

-La verdad pienso que no puedo evitar saber de ella-

Y ahí se fue nuestro miedo a la locura, o tal vez ya aceptamos que lo estamos y no nos importa.

-Puedo ayudarte a espiarla-

-¿ayudar?-

-Sí, puedo hacer que la veas en sus momentos más íntimos sin que nadie note tu presencia-

-Vivo para eso, bueno si es que puedo llamarme alguien que esta "vivo

-Eso no debe importarnos, lo que debe interesarte es el costo-

-Imagino no debe ser cualquier insignificancia-

-Solo digo que puede que pierdas la razón, no podrás decernir realidad y fantasía-

-¿qué tan malo puede ser?-

-Creo que en absoluto... usted o ustedes podrían perderse aquí-

-¿por qué me habla como si fuera muchas personas?-

-Mi buen amigo, eso no tiene importancia, además usted ya conoce la respuesta a esa pregunta; bueno, quiero ser claro, sus anhelos lo van a llevar a desaparecer, entre más la anhele a ella lo que podemos llamar su existencia se ira agotando hasta que sea absolutamente nada-

-No parece tan malo-

-Aquí malo o bueno no son palabras adecuadas-

-¿qué sucede si me niego?-

-Usted despertará y se olvidara de todo... incluso de ella-

-no entiendo muy bien esto cómo funciona pero...-

-Mi buen amigo, estoy seguro que recuerda esa imagen desde le techo de esa habitación, piensa que es una escena que sucedió hace poco, pero al mismo tiempo tiene la sensación que pueden haber pasado años-

-Sí, es confuso eso-

-Pero estoy seguro que su experiencia fue... digamos interesante-

-Creo que es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo-

-Bueno, puedo hacer que esa experiencia que tuvo se repita en otros escenarios, como si

fuera una realidad aumentada-

-Entiendo, no veo porque negarme-

-Y hace bien-

-¿Volveremos a hablar?-

-No podría asegurarlo, pero estaré cerca, ahora solo cierre los ojos, va a sentir un breve mareo-

Abrimos los ojos, estamos confundidos y algo aturdidos, pero ¿qué es esa sensación para alguien que no cuenta con un cuerpo?; es de noche y estamos al aire libre, hay palmeras, música de fondo, el sonido del mar. Vemos muchas personas que disfrutan de una vacaciones esperadas por todos, en el fondo una cabaña que en realidad es un techo de hojas de palmera con seis columnas que lo sostienen. La música es típica de la isla, tal vez sea regueea, no somos capaces de clasificar ese sonido, lo que si nos interesa es ver a la gente bailar, hay alcohol y parejas viviendo un idilio en su relación, hombres nativos de la isla, negros que llevan poca ropa, barba mal cuidada, ojos rojos, y cabello largo de rastas.

Nos cuesta acostumbrar nuestros sentidos, huele a marihuana y alcohol, las personas conversan, hay gritos que quieren animar la fiesta, es una reunión de personas de muchas nacionalidades y culturas, creemos escuchar personas hablar en alemán y francés, hombres negros y mujeres blancas, como fichas de un ajedrez que se mueven fuera de sus normas. La cabeza nos da vueltas y recordamos el sentido de nuestra presencia aquí.

Ella esta en el centro de la "pista de baile", tiene un vestido de baño de dos piezas, rojo muy intenso y podemos ver todos sus tatuajes, parece que todos a su alrededor quieren verlos, los aprecian por segundos y luego retiran la mirada, lo hacen hombres y mujeres sin distinción. Pero nosotros no estamos obligados a retirar la mirada. Baila con un negro que la dobla o triplica en tamaño, se tiene confianza, seguramente se le facilita seducir mujeres blancas. Sus manos enormes recorren su cintura, la toman, la exploran y detallan la respuesta de cuerpo.

-Aquí hay mucha gente- le escuchamos decir entre todo el ruido.

-No creo que todos quepan en esas dos lanchas-

-Quiero que estemos solos-

-De pronto si gritamos "fuego", todos correrían y estaríamos solos-

-Quiero que seas mía-

Vemos como la toma del brazo y la conduce fuera de la cabaña, nosotros los seguimos evitando chocar con la gente, pero luego recordamos que no tenemos cuerpo y solo avanzamos, tardamos algo en acostumbrarnos a la oscuridad, hay palmeras que forman un oasis, o un bosque de palmeras si acaso es adecuado decir algo así. Avanzamos, los perdemos de vista, pero seguimos en linea recta, todo se hace mas oscuro y no hay nadie, la música se escucha a los lejos y la risa y gritos de las personas se hacen murmullos.

No tardamos en llegar al otro extremo de la isla, una playa no muy grande con arena blanca, no hay luces, solo la luna que da un tono pálido a la arena y las luces artificiales al otro lado de la isla; vemos movimiento, una masa negra se mueve en el suelo, nos acercamos, nos sorprenden unos gemidos, ella se encuentra acostada en la arena y sus piernas se entrecruzan por la cintura del negro que, apenas apoyándose en la arena le embiste con fuerza. Las manos de Pilar, sus dedos y uñas recorren la espalda de su amante, se besan apasionadamente.

-eres mía-

Las piernas de ella tiemblan, se aferran a la ancha cintura del negro, regalándonos un orgasmo intenso, seguido por la venida del amante, vemos en contraste, una vagina rosada y blanca en cuyo interior hay una verga negra, gruesa que al moverse deja salir un semen blanco como la arena. El negro no pierde el tiempo, la pone en cuatro y la sigue penetrando, ella sin oponer la mínima resistencia se deja llevar.

-¿me vas a seguir llenando...?- Lo que ella iba a decir no pudo entenderse, pues el negro aumento la fuerza de sus embestidas.

-mi leche es toa pa ti-

Le siguieron na sonoras nalgadas, la agarro del cabello, la obligo a girar la cabeza y sus lengua juguetearon, se miraron a los ojos, ella desafiando y él aceptando el desafío.

-las blancas son putas, me gustan las blancas-

Luego otra mano de la una nalgada y se posa en su cuello apretándolo ligeramente, ella se estremece y él la controla, domina los movimientos del orgasmo, lo hace suyos, ella cierra los ojos, gime tratando de expresar que se ha venido por tercera vez, han sido dos orgasmos, no lo notamos pues su cuerpo es controlado. Los movimientos del negro se hacen lentos y fuertes, la llena de nuevo, le hala el cabello y en su oído le susurra, no obstante, no podemos distinguir las palabras, pues no entendemos en qué idioma las ha dicho.

Ella queda tendida en la arena, respirando agitadamente, él se levanta, se viste y se va. Los dedos de Pilar acarician su clítoris, los frota delicadamente, luego se lleva los dedos a la boca.

Nos quedamos un rato viendo su cuerpo en esa pintura pálida de la noche azul, sus curvas, su cuerpo desnudo, nos acercamos pero no podemos tocarla, su rostro refleja que esta complacida pero no agotada, disfruta de este momento como si quisiera sentir en su piel la arena que se pega y la fresca brisa del mar. Nos acostamos a su lado y todo se hace oscuro.

Abrimos los ojos, es de día y el cielo se nos presenta sin nubes. Hay silencio, excepto por las olas y la brisa del mar, pero ya nos hemos acostumbrado a su presencia así que hace parte de ese entorno del cual apenas nos percatamos. Miramos a nuestro alrededor, una playa enorme, ya no estamos en esa pequeña isla de la otra noche, ¿cuanto tiempo a pasado?, no lo sabemos y estamos lejos de resolver esa incógnita.

Con las olas y en general los ruidos del mar empezamos a distinguir los sonidos característicos de la pasión, de la unión de un hombre y una mujer que solo se han encontrado para darse placer mutuamente, un hombre negro y una mujer blanca unidos en la playa, él la tiene alzada por las piernas, se encuentra de pie, ella saltando sobre esa verga negra, él hace pequeños ruidos por el esfuerzo aunque por la constitución de ella es visible que no utiliza todas sus fuerzas, ella salta emocionada, se besan, él chupa sus senos en ocasiones, sus lenguas se encuentran una y otra vez.

El rostro de Pilar es de puro placer y solo es capaz de verlo a él, que a su vez le devuelve la mirada y aprecia todo su pequeño cuerpo, su pene se mantiene firme y entra y sale del coño de ella, se encuentran tan fusionados que no son conscientes de su entorno. Poco después la verga negra sale cubierta de una capa espesa de liquido blanco. Ella pone sus pies en la arena, camina un poco y se pone de rodillas en la playa para apreciar por primera vez la belleza de ese mar, su vagina deja escurrir el espeso semen del hombre negro que sale en abundancia.

Queremos hablarle, pero ¿nos escuchara?, y en caso que lo hiciera ¿podríamos conversar con ella?, verla en acción sin duda nos ha parecido una experiencia que no podremos borrar de nuestros ojos, no obstante, tenemos curiosidad por su mente, por sus pensamientos, es como si de alguna manera consideramos que lo que hay en su cabeza es tan o más sensual que lo que vemos en su cuerpo. Claro que vemos su cuerpo obtener y dar placer, pero ¿hasta qué punto es su mente la que genera todo esto?

-Mi buen amigo, debería intentarlo, deberían ustedes intentarlo-

-Tal vez la asustemos, tal vez yo no debería...-

-Solo haga la pregunta adecuada, no tengan miedo-

-La pregunta adecuada ¿cuál es esa?-

-No soy experto en el tema, pero yo prestaría atención a la incógnita que se encuentra en la punta de mi mente-

-Sí, pero es extraño, no es como si estuviera en una cita con ella, pues en realidad conozco mucho de ella, pero también desconozco otro tanto-

Su cuerpo, su piel al sol parecen mucho más blancos, seguramente en parte al contraste con la piel negra. Lo podemos apreciar cuando el hombre negro se hace al frente de ella para restregar su pene en el rostro de Pilar, ella cierra los ojos, saca la lengua. No es una verga especialmente grande, pero si resulta de una firmeza particular, los labios de ella lo cubren, entra en su boca y ella lo saborea. Él la toma del cabello, entra y sale de su boca, ella lo lame, chupa la cabeza de esa verga, y luego él se viene en su boca. Ella sonríe y se lo traga.

El hombre negro se acuesta en la arena, junto a ella que permanece de rodillas y luego se sienta apreciando el infinito del océano.

-¿qué haces aquí?-

Le preguntamos, pero ella no nos parece escuchar, o tal vez ha elegido ignorarnos. Pero sabemos que la pregunta no ha sido la adecuada, lo intentamos de nuevo.

-¿por qué con él?-

-Estaba aburrida y decidí viajar, es la primera vez que viajo sola y quería conoce a alguien, un hombre que me acompañara estos días, pero una compañía especial; lo mejor es que cuando me vaya sé que no volveremos a tener ningún contacto, pero siempre lo recordare-

-¿no preferirías un novio... es, creemos más practico?

-Es precisamente lo que no quiero, no quiero que me limiten y quiero dejarme guiar por mis deseos, no me gusta decirle a nadie que estuve haciendo la noche anterior, o con quién estuve; me gusta tener esa sensación que si tengo un viaje fuera de la ciudad tengo la posibilidad de conocer a alguien y pasar tiempo con él, no hago daño a nadie, ni a mí misma-

Siempre pensamos lo joven que se ve, lo niña que parece, pero interactuar con ella nos da la ideas en efecto no es una niña o una adolescente, pese a que podemos sentir un leve rasgo.

-¿te han juzgado?-

-Todo el tiempo, los comentarios, las miradas, los reproches de personas cercanas y de otras que no lo son tanto, de hombre y mujeres. No niego que en algún momento imagine que debía defender mis ideales fervientemente, pero aprendí que hay batallas que se ganan si no juegas, si abandonas el tablero-

Notamos que sus labios no se mueven al hablar, eso no hace considerar que estas conversando directamente con su mente y su corazón, creo que es mas adecuado decir que estamos interactuando con sus pensamientos.

Esta vez la oscuridad es atenuada por la luz de unas velas, el amarillo se refleja en la pálida piel de Pilar que cabalga a ese hombre negro, lo hace con un ritmo lento, ellos comparten un cigarrillo, o por lo menos eso nos parece, no obstante el olor no es el del tabaco. Aquí tenemos una sensación distinta, es como si en cada nueva escena ganamos terreno a la nada y formamos una especie de cuerpo, pues sentimos una especie de erección pese a no contar con un pene o manos.

Ella gime, las manos negras y fuertes acarician las blancas tetas de ella, son pequeña pero eso

no parece importarle.

-me gustan pequeñas-

-pues te deben gustar mucho las mías-

-las voy a llenar de leche-

Su movimiento de caderas no tiene una figura claramente definida, en algunos momentos pensamos que va de arriba a abajo, peor cuando baja en realidad va hacia un lado y luego son círculos; queremos eyacular, pero no siguiera tenemos manos para tocarnos. El hombre negro esta vez ha optado por dejarse llevar de ella y en su rostro apreciamos que esta complacido por esta decisión, se ve como hipnotizado por el delicado movimiento de sus senos, que aprieta y chupa con suavidad, ella no se detiene no parece que desea hacerlo.

A continuación él se levanta, le indica que se arrodille en el suelo, él se da un par de sacudidas y eyacula abundantemente en las tetas de Pilar, salen tres chorros muy potentes que la sorprenden, luego restriega la punta de su verga en los pezones de ella. Esos pezones de color claro y que casi siempre se ven especialmente duros.

Joe vive en una muy humilde cabaña, el suelo es de arena o eso me pareció. No sé muy bien a qué se dedica, no lo he preguntado y él no me lo ha confesado; él tampoco sabe mucho de mi, no tiene idea de mi ocupación o mi edad, apenas si sabe mi nombre. Es como que llegamos a ese acuerdo, sin preguntas, pues esa información es irrelevante para nuestra relación, que se basa exclusivamente en el sexo, y en ocasiones me cuenta historias sobre la isla.

En el momento que eyaculó en mis senos fui consciente de lo mucho que me gusta estar con él, el semen caliente en mis senos, su verga en mis pezones, nuestra relación se reduce a esto, pero que bien que así lo sea, no necesito nada más de él, ni promesas ni detalles lindos. El rechinar de su cama de madera ha hecho que otras mujeres me miren con desprecio, tal vez alguna ex-novia o admiradora que piensa que me lo voy a llevar.

Sin dejar que me limpie, de nuevo me toma por la cintura, me lleva a la cama y me pone en cuatro, no tardo en sentirlo dentro de mi con toda su potencia y todos los impulsos que parecen esforzare por ganarse un espacio en mi memoria, puedo imaginarme eyaculando dentro de mi y que algunas gotas lleguen a mi cerebro para activar algunas zonas dormidas. Pensar eso me hace

sentir algo tonta, pero más que eso tengo la sensación que hay ojos que me observan, que nos observan, pero no me importa... tiene el permiso para disfrutar conmigo.

El negro la toma con fuerza, cada vez que la vuelve a follar es como si se ganara un nuevo permiso; la dulce Pilar, nunca pensamos verla así, con negro, tal vez un pescador que la toma como desea y hace con su cuerpo lo que sus anhelos le indican.

-las blancas son putas, pero tu eres la más puta-

La toma del cabello, parece acercarse más a ella para estar mas adentro de su cuerpo. Eyacula, imaginamos que con la misma potencia que lo hizo cuando se vino en sus tetas, pero esa eyaculación es también de nosotros, estamos eyaculando adentro de ella a pesar que no tenemos cuerpo, no obstante, no nos asalta la menor duda que eyaculamos en su vagina y se va poco a poco nuestra energía.

Es de día, podemos oír el mar, pero estamos en un edificio, lo sabemos por el piso de baldosa que nos impregna con una leve sensación a frío; reconocemos los gemidos, pero en esta ocasión son contenidos, no vuelan libremente como en ocasiones anteriores. Estamos en un baño, hay un orinal, así que estamos en un baño de hombres, Pilar se encuentra totalmente desnuda y el negro la penetra desde atrás, la disfruta, la saborea, le dice adiós.

El negro eyacula, parece tambalearse peros se aferra a la cintura de ella, luego se levanta los pantalones y sal del baño sin decir nada.

Cuando salio del baño supe que no volvería a verlo, la sensación de su semen escurriendo por mis piernas mientras me visto me hace feliz, tengo las mejillas calientes y una sonrisa que no puedo ocultar. Cuando viaje pensé en conocer a varios hombres, tener dos o tres amantes , pero al final me quede solo con uno.

Pero a pesar que nuestra relación se baso en nuestros encuentros sexuales esa ultima embestida la sentí con rabia como reclamando que le abandonara.

-Para ser sincera creo que si lo utilizaste y te fuiste, de pronto se estaba enamorando-

-No lo creo, no me suena a que...-

-Las mujeres también podemos hacerlo amiga, usar un hombre e irnos, pero eso no quiere decir que a ellos no les importe-

Capítulo 1

# Desconocidos que saben mi nombre

## Lo conocí en Tinder

Lo conocí en Tinder, un perfil simple: hombre de 35, casado, buscando algo discreto. No mentía, y eso me atrajo. Quedamos en un motel de la 80, entrada por la tarde, sin nombres reales al principio o incompletos. Llegué primero, me quité la ropa y esperé en la cama, con el cuerpo ya tenso de anticipación.

Entra él, cierra la puerta, me mira directo. Sin palabras innecesarias, se desnuda rápido. Su cuerpo es normal, piel cálida cuando se acerca. Me besa el cuello, y siento el primer escalofrío de placer subir por mi espalda. Sus manos bajan a mis tetas, las aprieta con fuerza, y mis pezones se endurecen al instante.

Me tumba de espaldas, abre mis piernas. Su boca va directo ahí, lame mi clítoris con la lengua plana, presionando fuerte. El placer es inmediato, como un pulso eléctrico que me hace arquear la cadera. Siento mi humedad crecer, su saliva mezclada con mis líquidos, y cada lamida me hace gemir más alto. No para, alterna succiones suaves con movimientos circulares, y mi cuerpo responde con contracciones que me dejan jadeando.

Luego, se pone encima. Su verga entra fácil, estoy tan mojada que resbala adentro sin resistencia. El primer empuje me llena por completo, y el placer es intenso, como si cada centímetro de él rozara justo donde lo necesito. Empieza a moverse, lento al principio, y siento cómo mi cukita se aprieta alrededor de él, cada salida y entrada enviando oleadas de calor que suben hasta mi pecho.

Acelera, y el placer se acumula rápido. Mis manos en su espalda, clavando uñas, y él gime en mi oído. Llego al orgasmo primero: todo mi cuerpo se tensa, y siento un calor líquido expandirse desde adentro, dejándome temblando. Él sigue, más fuerte ahora, y el roce constante me mantiene en ese borde, cada embestida prolongando las sensaciones.

Cambiamos posición, me pongo encima. Monto su verga, controlando el ritmo. Siento cómo entra profundo, golpeando ese punto que me hace ver estrellas. Mis caderas se mueven solas, y el placer es puro, sin interrupciones: el frotamiento en mi clítoris contra su pelvis. Llego a otro orgasmo así, más rápido, el cuerpo convulsionando mientras sigo moviéndome.

Él me agarra las caderas, me hace ir más rápido. Siento su verga hincharse, y cuando eyacula adentro, el calor de su semen me inunda, intensificando todo. Ese momento me da un placer extra, la sensación de ser llenada completamente, mi cukita aún sensible pulsando alrededor. Se queda un rato adentro, respirando pesado. Salimos sin promesas, pero el placer queda en mi cuerpo horas después, un recordatorio cálido entre las piernas.

Y así son las cosas. Salí del motel de la 80, con las piernas todavía temblorosas, el semen escurrindo un poco por mis muslos. Caminé hacia la estación de Transmilenio, pensando en cómo el placer siempre deja un eco, como una bomba que explota y sigue resonando en el tiempo. No lineal, claro. Porque el tiempo no es una flecha, es un río revuelto.

Llegué a casa esa noche, me duché, pero el recuerdo del calor espeso adentro no se iba. Me senté a escribir en el blog, pero algo pasó. No fue un platillo volador exactamente, porque los *Tralfamadorianos* no usan platillos voladores. Usan algo que parece un sueño. De repente, estaba en el aire, flotando sobre la ciudad, viendo las luces de Chapinero como estrellas caídas. Y luego, nada. Negro. Como la muerte.

Desperté en un zoológico. No uno de tierra, con jaulas y monos gritando. Era en Tralfamadore, ese planeta que Vonnegut inventó, o quizás no inventó, porque quizás sea real en algún tiempo no lineal. Los Tralfamadorianos me miraban. Son como manos con ojos en el centro, o eso dice el libro. Pero en mi versión, eran más como sombras verdes, con tentáculos que se movían como si el tiempo fuera un chiste. Me dijeron, sin palabras, porque hablan con pensamientos: "Bienvenida, Pilar. Eres nuestra nueva exhibición. Los humanos son divertidos. Copulan de formas lineales, pero nosotros vemos todo a la vez: el principio, el medio, el fin. Así son las cosas".

Me pusieron en una cúpula transparente, un hábitat simulado. Era como mi apartamento en Bogotá, pero con vistas a estrellas que no eran las nuestras. Había una cama, una nevera con comida, y tres hombres. Tres humanos, secuestrados como yo. No eran de Tinder, pero podrían haberlo sido. El primero era como Billy Pilgrim: flaco, con gafas, confundido. El segundo, un tipo musculoso, como un bombero. El tercero, mayor, con barba, como un profesor de literatura. Los Tralfamadorianos nos observaban, miles de ellos, flotando alrededor de la cúpula, sus ojos-tentáculos parpadeando.

*Apárense*, dijeron los pensamientos colectivos. "Muestren cómo los humanos hacen placer lineal. Nosotros vemos el orgasmo antes del beso, el creampie antes de la penetración. Pero miren: es gracioso verlos fingir que el tiempo importa".

El primero, el flaco como Billy, se acercó. Estaba nervioso, pero el aire en la cúpula tenía algo, un gas que hacía el deseo inevitable. Me besó torpe, como un principiante en un motel de la 63. Sus manos temblaban en mis tetas pequeñas, pellizcando mis pezones que se endurecían como

siempre. Bajó, lamió mi cukita con lengua insegura, pero el placer subió igual, y los Tralfamadorianos rieron en pensamientos: "Miren cómo se moja antes de mojarse. Así son las cosas".

Lo monté yo. Su verga entró fácil, rozando profundo. Movimientos lentos, y luego acelerando. Me vine primero. Él eyaculó adentro, un calor espeso inundándome, chorros calientes expandiéndose. Los observadores aplaudieron con tentáculos: Çreampie número uno. En nuestro tiempo, ya ha pasado y pasará".

El segundo, el musculoso, no esperó. Me giró, me puso en cuatro contra la pared de la cúpula. Su verga gruesa, venosa, entró fuerte. Embistió como en una guerra, piel contra piel rebotando. Insultos en mi oído: "Perra humana, te lleno en este zoo alienígena". Placer acumulado, mi clítoris rozando su cuerpo. Tengo un orgasmo tembloroso, y él se descarga finalmente: semen caliente, chorro tras chorro, desbordando mi vagina. Los Tralfamadorianos: "Número dos. Vean cómo gotea en el futuro y el pasado".

El tercero, el barbudo, fue más lento. Me tumbó, de misionero en la cama simulada. Besos profundos, y su lengua explorando. Dedos en mi clítoris, que hacen círculos perfectos. Entró despacio, cada centímetro un placer prolongado. Tengo un nuevo orgasmo mío en ondas, y él eyaculó adentro, con un calor pegajoso llenándome completa. "Número tres. Todo a la vez: placer, riesgo, eco".

Nos dejaron exhaustos, semen escurrindo por mis muslos, mientras los Tralfamadorianos comentaban: "Los humanos copulan como si el tiempo fuera una línea. Pero el creampie ya

existe en todos los momentos. Así son las cosas".

Después de eso, los tres hombres desaparecieron, devueltos a sus tiempos. Yo quedé sola en la cúpula, con el cuerpo latiendo de placer acumulado. Un Tralfamadoriano se acercó, solo uno, su ojo-tentáculo mirándome fijo. Hablamos en pensamientos, como en un sueño. "Pilar", pensó. "No entendemos tu placer. Vemos tu vida entera: el motel de la 80, los creampies con estudiantes, los bares de Chapinero. Disfrutas el sexo ahora, lo disfrutaste ayer, lo disfrutarás mañana. Pero ¿por qué? En Tralfamadore, el placer es eterno, no lineal. No hay 'durante' o 'después'. Tu vagina pulsa en todos los tiempos a la vez".

Pensé de vuelta: *Es el calor, el riesgo. Sentir el semen inundándome, espeso, caliente. Es como una bomba que explota adentro, pero de placer. Con TLP, salto al abismo, y el creampie es el fondo cálido. Lo disfruto porque es crudo, porque podría embarazarme, enfermarme, pero el placer gana. Así son las cosas*.

El Tralfamadoriano parpadeó: *Vemos tu futuro, más creampies, en moteles, puentes, con desconocidos. Lo disfrutas, lo disfrutarás, lo has disfrutado. Pero no lo entiendes lineal. Para nosotros, tu orgasmo con el hombre de Tinder ya pasó en el zoológico y pasará en Bogotá. ¿Por qué el placer en el riesgo? Humanos son bombas andantes*.

*Porque el tiempo es lineal para mí*, respondí en pensamientos. *El creampie es el clímax, el final caliente. Sin él, es solo movimiento. Lo disfruto porque me llena, literal y figurado. En el futuro, seguiré escribiendo en el blog, sintiendo el eco. Lo disfrutaré porque soy yo: perra, impulsiva*.

*No lo entendemos*, pensó el alienígena. *Vemos tu muerte, tu nacimiento, tus creampies todos a la vez. Placer eterno, pero ustedes lo cortan en pedazos. Así son las cosas. Vuelve a tu tiempo lineal, Pilar. Copula más, nosotros observamos todo*.

Y desperté en mi cama en Bogotá, con semen alienígena o real escurrindo, preguntándome si fue un sueño. Pero el placer quedaba, como siempre. Así son las cosas.

Desperté en mi cama en Bogotá, con el cuerpo aún latiendo de un placer que parecía eterno, como si los creampies de esos tres hombres en el zoológico tralfamadoriano hubieran sido reales y no un sueño inducido por demasiado aguardiente. Miré el techo, sintiendo el semen imaginario (o real, quién sabe) escurrir por mis muslos, caliente y pegajoso, un recordatorio de que el placer no respeta fronteras temporales. Me levanté, me duché, pero el eco seguía ahí: chorros calientes

inundándome en todos los tiempos a la vez. Pensé: *Así son las cosas*.

Pero mientras escribía, algo raro pasó. No fue otro secuestro alienígena, no. Fue como si el Tralfamadoriano se colara en mi mente, o en la tuya, lector, porque ellos ven todo a la vez: tu lectura ahora, tu eyaculación mental después, tu olvido mañana. Y de repente, imagino (o escucho, o sueño) una conversación entre ese Tralfamadoriano —Q7, con su ojo-tentáculo parpadeando como un semáforo defectuoso— y mis lectores. Sí, tú, el que lee esto en tu celular a las 2 am, con una mano en el pantalón y la otra en el scroll. Q7 habla en pensamientos colectivos, pero para esta parte lo traduciré a palabras.

Q7: *Hola, lectores de Pilar Martel, Libidinosos. O debería decir: hola, los que ya han leído este libro (porque en nuestro tiempo, ya lo terminaron), los que lo están leyendo (ahora mismo, con ojos vidriosos), y los que lo leerán (mañana, o en 2050, cuando el universo se enfríe). Así son las cosas. Venimos a advertirles sobre este 'libro'. Advertencia: este libro es peligroso. No porque tenga bombas o guerras, como las nuestras en Tralfamadore (donde todo explota a la vez, pasado-presente-futuro), sino porque les hará cuestionar su tiempo lineal. Ustedes, humanos, follan como si el orgasmo fuera el final, pero nosotros vemos el creampie antes del beso.*

Tú, el voyeur de Chapinero: *¿Advertirnos? ¿De qué? Yo solo vine por las historias calientes, las tetas pequeñas de Pilar marcándose en la blusa, los chorros calientes inundándola adentro.*

Q7: *Ah, sí, las historias calientes. Las han leído, las están leyendo, las leerán. Pero para disfrutar de verdad este libro —este chorro de palabras pegajosas sobre moteles, estudiantes tímidos y vigilantes eyaculando dos veces—, tendrán que olvidar otro libro más famoso. Ese sobre alguien llamado Jesús. Sí, el de la Biblia, con sus milagros y resurrecciones. Porque en ese libro, todo es lineal: nacimiento, crucifixión, fin. Pero en el de Pilar, el placer es eterno. Olviden a Jesús caminando sobre el agua; imaginen a Pilar caminando por la 51 con semen escurrindo por los muslos, borracha y contenta. Olviden el pan multiplicado; piensen en los creampies multiplicados: uno, dos, tres en una noche, chorros calientes expandiéndose como el universo mismo. Si no olvidan ese libro viejo, este les parecerá pecado. Pero en Tralfamadore, el pecado es lineal, y nosotros vemos el perdón antes del acto. Así son las cosas.*

Tú, la feminista curiosa o el moralista encubierto: *¡Eso es blasfemo! ¿Comparar creampies con la Biblia? ¿Y qué hay de la sátira? Suena a excusa para más morbo.*

Q7: *Blasfemo, dice. Ja. En nuestro planeta, la blasfemia es un chiste que ya pasó y pasará.*

*Miren, humanos: este libro de Pilar no es sobre salvación eterna; es sobre placer temporal que se siente eterno. Olviden a Jesús convirtiendo agua en vino; Pilar convierte aguardiente en semen espeso adentro de ella. Olviden la última cena; piensen en la última eyaculación en un puente peatonal frente a la Nacional, con carros pitando como apóstoles testigos. Para disfrutar, dejen ese libro polvoriento. Este es mejor: tiene TLP, impulsos, riesgos de embarazo que nunca llegan (o llegan, en algún tiempo). Así son las cosas. Si no lo olvidan, se perderán el chiste: la vida es un zoológico donde follamos observados por alienígenas.*

Tú, el fanático del sci-fi porno): *¿Y qué han aprendido ustedes de Pilar? ¿Solo la observan follando?.*

Q7: *Ah, lo que hemos aprendido. Lo hemos aprendido, lo estamos aprendiendo, lo aprenderemos hasta el fin del universo (que, por cierto, ya vimos: una explosión cósmica). La vemos follar, la hemos visto follar, la seguiremos viendo follar. A Pilar, con su cukita apretando vergas de desconocidos, sus tetas pequeñas rebotando en moteles de la 63, su TLP haciendo que acepte creampies sin condón como si fueran el pan de cada día (olviden a Jesús otra vez). Hemos aprendido que los humanos follan por placer lineal: el calor espeso inundando, el orgasmo pulsando, el riesgo excitante. Pero nosotros vemos todo: Pilar en el bar con el bartender eyaculando adentro 'sin querer', Pilar con estudiantes tímidos grabando en secreto, Pilar en Tralfamadore con tres hombres llenándola en público alienígena. Hasta el fin del universo, la veremos: follando en Bogotá, en zoológicos estelares, en blogs leídos por la legión de Libidinosos. Así son las cosas.*

Y así termina la conversación en mi mente (o en la tuya), lector. Me río sola en el café.

## El bar de la 93 que nunca abre

Son las 11:30, o tal vez ya las 12, no sé, el celular se me descargó hace rato y no quiero mirar la hora porque me da ansiedad. El bar de la 93 cerrado desde hace horas, pero mi amigo el dueño me abrió la puerta trasera como siempre cuando estoy así, medio borracha, medio con ganas de que pase algo. Me dejó la botella de aguardiente en la barra, puso reggaetón bajito para que no se oyera nada desde afuera.

Me quedo sola. Tomo un trago directo de la botella, el ardor me quema la garganta y me calienta el estómago al instante. Tengo la falda negra esa corta que se me sube sola cuando me siento, sin medias porque odio las medias cuando estoy tomada, y la blusa medio desabrochada porque el calor me está matando. Pienso en irme a casa, pero también pienso en que no quiero irme sola.

Entra él. No sé quién es. Alto, camisa negra abierta, barba que se ve que no se afeita hace días. Se sienta al lado mío sin preguntar, como si el bar fuera de él. Pide un ron. Me mira las piernas fijo. No dice nada al principio, solo me ofrece su vaso. Le digo que sí, tomo un sorbo grande, el ron me quema diferente al aguardiente, más dulce, más pesado.

Bebemos. El aguardiente ya me tiene la cabeza dando vueltas suaves. Siento su mirada clavada en mis muslos. Me gusta. No me muevo. Dejo que la falda se suba más cuando cruzo y descruzo las piernas. Pienso: "si me toca ahora, no digo que no". Mano caliente en mi muslo, sube directo hasta el borde de la falda. Mi respiración se acelera de golpe. Siento un calor subir desde la cukita, me mojo rápido, como siempre cuando estoy así de tomada y de impulsiva.

Me besa ahí, en plena barra. Lengua fuerte, sabe a ron y a cigarrillo viejo. Me agarra la nuca con fuerza, como si no quisiera que me escape. Le devuelvo el beso con todo, mordiendo un poco su labio. Los pezones se me ponen duros contra la blusa, la cukita late fuerte, ya estoy empapada.

Me levanta de la silla casi de un tirón. Me lleva al baño de hombres. Me empuja contra los azulejos fríos, la espalda se me eriza al contacto. Me sube la falda hasta la cintura. Me baja el panty hasta los tobillos, no se molesta en quitármelo del todo. No hay palabras, solo su respiración pesada en mi cuello.

Mete dos dedos directo. Estoy tan mojada que entran sin esfuerzo, resbalan adentro. Los mueve rápido, curvándolos, tocando ese punto que me hace gemir como una desesperada. Mi cukita se aprieta alrededor de sus dedos, cada roce me manda una descarga que me sube por la espalda y me hace arquear. Gimo fuerte, no me controlo, el baño huele a desinfectante y a sexo.

Se baja el cierre con prisa. Su verga dura, gruesa, caliente. Me levanta una pierna, la apoya en su cadera y entra de un empujón fuerte. Me llena toda. Suelto un gemido largo, casi un grito ahogado. Empieza a moverse rápido, sin pausas, embiste profundo cada vez. Siento mi clítoris rozar contra su pelvis, el placer es crudo, directo, me golpea adentro. Mis manos en su espalda, clavando uñas, arañando sin pensar.

Me agarra las tetas por encima de la blusa, aprieta fuerte, pellizca los pezones. Tan sensibles que cada pellizco me hace apretar más la cukita alrededor de su verga. Llego al orgasmo de golpe: cuerpo tenso, piernas temblando, calor intenso expandiéndose desde adentro, mi cukita

pulsando una y otra vez mientras él sigue moviéndose.

No para. Embiste más rápido, más fuerte. Siento su verga hincharse dentro de mí. Eyacula adentro. El calor de su semen me inunda, me da un placer extra, intenso, como si mi cuerpo lo absorbiera todo. Mi cukita aún sensible sigue pulsando, siento el semen caliente llenándome, escurrir un poco cuando él se mueve.

Se queda adentro un rato, respirando pesado contra mi cuello. Luego sale. Me subo el panty rápido, siento el semen mojándome todo, escurrir por el muslo mientras camino de vuelta a la barra.

Él se va sin decir casi nada. "Nos vemos", o algo así, no recuerdo. Yo me quedo ahí, tomo otro trago de aguardiente directo de la botella. Siento el calor entre las piernas, el semen pegajoso en el panty, la cukita todavía sensible y latiendo suave. El bar sigue cerrado. Nadie sabe. O tal vez sí, pero me da igual. Me siento viva, sucia, contenta. Pienso en irme a casa, pero también pienso que quizás me quede un rato más.

Justo cuando me estoy bajando de la barra para irme, él vuelve a entrar por la puerta trasera. Se para ahí, mirándome fijo. Dice: "Oye… ¿cómo te llamas?". Lo dice como si se le hubiera olvidado en el baño, o como si de repente le importara. Yo sonrío torcida, todavía con el sabor del ron y su semen en la boca. Le digo "Pilar". Solo eso. Él asiente, como si lo guardara en algún lado. "Yo soy Andrés. Si vuelves por aquí… avísame". No dice más. Se va de nuevo.

Yo salgo a la calle fría, con el semen todavía escurrriendo un poco por el muslo. Pienso: "¿por qué le dije mi nombre?". Pero también pienso que me gustó que lo preguntara. Como si por un segundo no fuera solo una cukita anónima en un bar cerrado, sino Pilar, la que acaba de venirse dos veces con un desconocido.

Un mes después, más o menos, estoy en un bar de Chapinero, uno de esos con luces rojas y mesas pegadas a la pared donde la gente se emborracha rápido y nadie pregunta nombres. Son las 10:30 pm, salí de una cena con amigas de la universidad y me quedé sola porque no quería irme a casa todavía. Llevo una falda negra, blusa blanca medio transparente, y ya voy por la tercera cerveza cuando lo veo.

Andrés. El mismo del bar de la 93. Está en una mesa al fondo con una rubia alta, brazos tatuados hasta los hombros, piercings en la nariz y en el labio inferior. Ella se ríe fuerte, le pasa la

mano por el cuello. Me quedo mirándolos un rato, el corazón me late rápido, no sé si de nervios o de ganas. Pienso en irme, pero el impulso gana otra vez. Me acerco a la barra, pido otra cerveza, y él me ve. Se queda quieto un segundo, luego sonríe esa sonrisa torcida que recuerdo del baño. Le dice algo al oído a la rubia, ella mira hacia mí, me recorre de arriba abajo y asiente.

Vienen los dos. Andrés me saluda con un "Pilar, ¿qué haces aquí?" como si fuéramos viejos amigos. La rubia se presenta: "Mónica". Me da la mano, pero la aprieta fuerte, como midiendo. Me invitan a sentarme con ellos. Empiezan a pedirme cervezas, una tras otra. Yo bebo porque el alcohol me suelta, porque ya estoy caliente solo de verlos juntos, de sentir que me miran como si ya supieran lo que va a pasar.

Mónica habla más que él. Me dice cosas como "Andrés me contó de una perra que se comió en un bar cerrado, ¿eras tú?". Lo dice riéndose, sin filtro. Yo asiento, la cerveza me tienen la cabeza ligera. Andrés me toca la pierna por debajo de la mesa, sube despacio. Mónica lo ve y no dice nada, solo sonríe más. Me siento intimidada por cómo se hablan entre ellos, como si yo fuera un juguete que acaban de sacar de la caja. Se miran, se besan delante de mí, se dicen cosas que no entiendo del todo. "Dale, Andrés, no seas tímido". "¿Quieres ver cómo la pongo a gemir?". Yo estoy ahí, callada, mojada, con el panty ya pegajoso.

Nos vamos en taxi a su apartamento, un edificio viejo pero decente. Subimos en silencio, Mónica me agarra de la mano como si fuéramos amigas. Entra primero, enciende la luz tenue del living. Andrés cierra la puerta. Mónica me empuja suave contra la pared, me besa fuerte, lengua entrando sin aviso. Sabe a cerveza y a weed. Me quita la blusa, me baja la falda. Estoy en panty y bra, mis tetas pequeñas al aire cuando me desabrocha. Andrés se queda mirando, ya con la verga dura marcándose en el jean.

Mónica dirige todo. Le dice a Andrés: "Dale nalgadas, fuerte". Él obedece, me pone de espaldas, me baja el panty. La primera nalgada me quema la piel, la segunda me hace gemir. Siento el calor subir a la cukita. Mónica me agarra del pelo, me obliga a mirarla. "Abre la boca". Escupe directo en mi lengua, un escupitajo caliente y espeso. Trago sin pensar, el sabor salado me excita más. Andrés sigue dándome nalgadas, cada una más fuerte, mi culo rojo.

Mónica me lleva al sofá, me abre las piernas. "Andrés, ahorcala un poco, pero no mucho". Él pone la mano en mi cuello, aprieta justo lo suficiente para que sienta el pulso acelerado, el aire escaso que me pone más caliente. Mónica se arrodilla entre mis piernas, me lame el clítoris lento al principio, lengua plana presionando. Gimo, el placer sube rápido. Andrés se desnuda,

su verga gruesa y dura. Mónica le dice: "Métela, pero no te vengas todavía".

Entra de un empujón. Me llena completa. Empieza a moverse, embistiendo profundo mientras Mónica lame mi clítoris sin parar. El placer es doble, intenso: su verga rozando adentro y la lengua de ella en mi clítoris sensible. Llego al orgasmo así, contracciones que me hacen arquear. Mónica no para de lamer, prolongando todo.

Andrés acelera, respira pesado. Mónica le dice: "Vente adentro de ella, llénala toda". Él gime, me agarra las caderas, embiste más fuerte. Siento su verga hincharse, y eyacula dentro. Chorros calientes, espesos, me inundan el fondo. El semen caliente se expande, me llena por completo, chorro tras chorro pulsando adentro. Mi cukita aún sensible pulsa alrededor, absorbiendo todo, el placer extra me hace temblar otra vez. Siento cómo se desborda un poco, escurrir caliente por mis muslos mientras él sigue moviéndose suave, vaciándose.

Mónica lame el semen que se escapa, lengua en mi clítoris y en la entrada, saboreando. Andrés sale despacio, y más semen gotea. Me quedo tirada en el sofá, jadeando, el cuerpo tembloroso, lleno de su leche caliente, el culo rojo de nalgadas, el cuello marcado por sus dedos.

Se sientan al lado mío, se besan como si nada. Mónica me mira y dice: "Estuvo rico, Pilar. Si quieres repetir, avísanos". Andrés asiente, pero no dice nada más. Me visto despacio, siento el semen escurrir todavía, mojándome el panty. Salgo del apartamento sin que me acompañen a la puerta.

Camino por Chapinero a las 2 am, el semen pegajoso entre las piernas, el culo ardiendo, la cabeza hecha un lío. Pienso: "¿por qué me dejé? ¿por qué me excitó tanto que ella dirigiera, que él me llenara mientras ella lamía?".

## El taxi de la 26 que no cobró

Son las 2:30 de la mañana, o quizás las 3, no sé bien porque el reloj del celular parpadea bajo de batería y yo estoy en esa fase donde todo da vueltas suaves pero no mareo del todo. Salí del bar de Chapinero, el que cierra tarde y pone música vieja, tomé demasiado aguardiente con mis amigas que se fueron en Uber y me dejaron sola en la esquina de la 26 con carrera 7. No tengo plata, o sí tengo pero no quiero gastar en taxi, pienso "mejor camino", pero las piernas me pesan y el frío bogotano no es nada agradable. Paro un taxi amarillo cualquiera, el que pasa

lento buscando pasajeros.

Subo atrás. El taxista es un señor de unos 45, pelo corto con canas, camisa polo azul gastada, cara de cansado pero ojos que me miran por el retrovisor más de lo normal. Arranca. El carro huele a cigarrillo y a vainilla de esos aromatizantes que cuelgan del espejo.

A las pocas cuadras ya estoy hablando sola, como siempre cuando estoy tomada. Le cuento que mis amigas se fueron, que odio caminar sola de noche, que el aguardiente me pone caliente. Siento que me mira las piernas por el espejo, tengo la falda vaquera corta y las piernas abiertas un poco porque el asiento es estrecho. No me ajusto la falda. Me gusta que mire.

Llegamos a mi casa, el tráfico está muerto. Le digo de repente: "Oiga, no tengo toda la plata para el taxi". Él frena en un semáforo en rojo, me mira directo por el retrovisor. "¿Y cómo vamos a hacer entonces?". Lo dice calmado, pero con esa voz ronca que ya sé lo que significa. Pienso: "ahora o nunca". El impulso me sube como una ola, ese que conozco bien del TLP, el que dice "hazlo, qué más da, después ves". Le digo: "pago de otra forma, si quiere".

Se queda callado un segundo. Luego gira a la derecha en una calle oscura, de esas que van hacia los cerros pero sin luces. Apaga el taxímetro. Dice "estaciono aquí atrás". El carro se mete en un parqueadero abandonado, de los que usan los taxistas para descansar. Apaga las luces, deja el motor encendido por el calor. Se baja del asiento delantero y viene atrás conmigo.

Me besa sin aviso. Labios ásperos, barba raspando mi cara. Sabe a café. Le devuelvo el beso fuerte, la lengua en su boca, mordiendo un poco. Siento mi cukita humedecerse rápido, el calor subiendo entre las piernas. Me sube la falda con las manos grandes, callosas de manejar todo el día. Me baja el panty, lo deja colgando en un tobillo.

Me abre las piernas. Mete tres dedos, luego se haber rozado levemente mi clítoris. Estoy mojada, muy mojada, los dedos entran fácil y resbalan adentro. Los mueve rápido. Mi cukita se aprieta alrededor. Gimo fuerte, el carro se mueve un poco con mis caderas. Pienso "qué estoy haciendo", pero el placer tapa todo.

Se baja el cierre. Su verga sale dura, no muy larga pero gruesa, caliente contra mi muslo. Me agarra por las caderas, me desliza un poco en el asiento para que quede más abierta. Entra de un empujón. Me llena completa. Suelto un gemido largo, el cuerpo se me arquea solo. Empieza a moverse, embestidas profundas y rápidas, el carro cruje con cada una. Siento cada centímetro

rozando adentro. El placer es intenso, sin pausas.

Me agarra las tetas por encima del top, aprieta fuerte. Los pezones duros, sensibles. Llego al orgasmo rápido: todo se tensa, piernas temblando, calor expandiéndose desde adentro, mi cukita pulsando fuerte una y otra vez mientras él sigue embistiendo. Gimo en su oído, le digo "más fuerte", no sé por qué pero lo digo.

Cambia el ritmo, más lento pero más profundo. Siento su verga hincharse. Eyacula adentro. El calor de su semen me inunda, caliente, espeso, llenándome toda. Esa sensación me da un placer extra, intenso, mi cukita aún sensible pulsa alrededor mientras él se vacía. Me quedo ahí jadeando, sintiendo el semen escurrir despacio cuando sale un poco.

Se queda encima un rato, respirando pesado. Luego se sube el cierre, vuelve al asiento delantero. Dice "ya estamos en paz". Arranca de nuevo. Me subo el panty, siento todo mojado, pegajoso entre las piernas. El semen se escapa un poco, me moja el muslo. Pienso en la culpa que viene después, en que soy una impulsiva, en que mañana tengo clase a las 8 y voy a oler a sexo todo el día. Pero en ese momento solo siento el calor residual, la cukita todavía latiendo suave, contenta.

Llegamos a mi edificio. Me bajo sin decir mucho. "Gracias por...", le digo con una sonrisa torcida. Él se ríe. "Cuando quieras, mami". Arranca y se va. Entro al edificio caminando raro, con las piernas temblorosas, el semen todavía escurrriendo. Subo al ascensor, me miro en el espejo: cara roja, pelo desordenado, ojos brillantes. Pienso "¿qué carajos me pasa?", pero también pienso "me encantó". Y sé que lo volvería a hacer.

Al día siguiente, estoy en clase corrigiendo exámenes de francés cuando me llega un mensaje al WhatsApp de un número desconocido. "Hola, soy el taxista de anoche. No te cobré porque valió la pena. ¿Cómo te llamas de verdad?". Me quedo mirando el celular un rato, el corazón latiéndome fuerte. Pienso en borrar el mensaje, bloquearlo, fingir que no pasó. Pero el impulso gana otra vez. Le respondo: "Pilar. Y sí, valió la pena". Le mando un emoji de fuego porque no sé qué más poner. Él responde rápido: "Pilar… lindo nombre. Si necesitas taxi gratis otra vez, avísame. Me llamo Carlos". Guardo el número. No sé si lo usaré, pero saber que tiene mi nombre me da una sensación rara, como si el encuentro no terminara en el asiento trasero, sino que siguiera flotando por ahí, en mi celular.

Una semana después, no le escribí nunca. Ni un mensaje, ni un "hola Carlos, ¿cómo estás?". El número se quedó ahí, guardado en contactos como "Taxi Carlos", pero no lo abrí. Pensé que

era mejor así, que el impulso de esa noche había sido solo eso: una noche, un creampie caliente en el asiento trasero, semen escurrriendo por el muslo mientras subía al ascensor. Me convencí de que no lo necesitaba, que ya había tenido suficiente riesgo por un rato.

Un martes, salgo de la universidad a las 6:30 pm después de una clase de francés que se me hizo eterna. Estoy cansada, con la cartera pesada de exámenes por corregir, la falda gris que uso para dar clase y una blusa blanca que ya se me pegó un poco al cuerpo por el calor. Camino hacia la salida principal, pensando en tomar TransMilenio, cuando lo veo. Carlos, apoyado en su taxi amarillo, el mismo de esa madrugada. Me ve y sonríe, esa sonrisa ronca de quien sabe que ganó. "Pilar… te estaba esperando". Me quedo parada, el corazón me late fuerte en la garganta. Pienso: "¿cómo supo que trabajo aquí?". Luego recuerdo que en el taxi, entre gemidos, le dije algo de "tengo clase temprano mañana, soy profe". Se me olvidó.

Insiste. "Sube, te llevo a casa. Gratis, como siempre". Dudo un segundo, miro alrededor, nadie me ve. El impulso sube otra vez, rápido, sin pedir permiso. Subo atrás. Arranca suave, pero no va hacia mi casa. Gira hacia una zona de parqueaderos cerca de la universidad, de esos que cierran temprano y se quedan vacíos. Apaga el motor en un rincón oscuro, lejos de las luces. Se baja, viene atrás. Esta vez no hay semáforo en rojo ni charla larga. Me besa directo, manos grandes en mi cuello, bajando a mis tetas pequeñas por encima de la blusa. Me desabrocha los botones rápido, saca un pecho, lo aprieta, pellizca el pezón hasta que gimo.

Me sube la falda, me baja el panty hasta las rodillas. Estoy mojada ya, desde que lo vi apoyado en el taxi. Mete dedos, tres esta vez, los mueve fuerte adentro. Mi cukita se aprieta, late. Gimo, el carro huele a sexo viejo y a vainilla. Se baja el cierre, su verga sale dura, gruesa como la recuerdo. Me pone de rodillas en el asiento, la cabeza hacia la ventana. "Chúpamela, Pilar". La tomo en la boca, caliente, salada. La chupo profundo, moviendo la lengua alrededor, sintiendo cómo se hincha más. Él gime, me agarra el pelo, empuja suave pero firme. Mi boca se llena, saliva escurriendo por la comisura.

No aguanta mucho. Dice "me vengo en tu boca, ábrela bien". Saca la verga, la sacude un poco y eyacula. Chorros calientes, espesos, me caen en la lengua primero, luego en los labios, en la barbilla. Trago lo que puedo, el sabor salado y amargo me inunda. El resto gotea por mi mentón, cae en mis tetas pequeñas que todavía están fuera. Me quedo ahí, jadeando, con su semen en la boca y en el pecho, el cuerpo temblando del placer residual. Él respira pesado, se limpia con una servilleta del taxi, me pasa otra. "Estás rica, Pilar. Me encanta verte así".

Desde ese día se volvió recurrente. No todos los días, pero sí muchas tardes. Me esperaba fuera de la universidad, a veces en la entrada principal, a veces en una esquina discreta. Yo salía, lo veía, y subía sin decir mucho. Siempre al mismo parqueadero o a uno parecido cerca de la 26 o la 80. A veces me cogía en el asiento trasero: yo encima, montándolo lento, sintiendo cómo entraba profundo, rozando todo adentro hasta que me venia apretando fuerte. Otras veces me ponía de cuatro, embestía rápido mientras yo me agarraba del respaldo, gimiendo contra el cuero gastado. Pero casi siempre terminaba en mi boca. Me decía "abre, mami", y eyaculaba ahí, chorros calientes que me llenaban la lengua, que tragaba o dejaba escurrir por la barbilla. El sabor se me quedaba horas, mezclado con el café que tomaba después en la sala de profesores.

Nunca hablamos de nada serio. No me preguntaba por mi vida, yo no preguntaba por la suya. Solo sexo en el taxi, semen en mi boca o adentro cuando se le escapaba el control. A veces me dejaba en la puerta del edificio, me daba un beso rápido y decía "mañana te espero". Otras veces se iba sin despedirse, pero al día siguiente estaba ahí otra vez.

Pienso en eso ahora, sentada corrigiendo exámenes a las 2 am en mi apartamento. Tengo el panty todavía húmedo de la última vez que pasó, hace tres días. Siento el sabor fantasma en la boca, el calor residual entre las piernas. El TLP me hace obsesionarme: "¿por qué dejo que me espere? ¿por qué me excita tanto que sea recurrente, que sepa dónde trabajo, que me use como su pago fijo?". Pero también pienso que me encanta. La adrenalina de salir de clase y verlo ahí, el riesgo de que alguien me vea subir al taxi, el placer de su verga en mi boca, su semen caliente bajando por mi garganta. Me siento usada, sucia, pero también poderosa. Porque yo decido subir. Porque yo decido tragar. Porque aunque después venga la culpa y el vacío, en ese momento me siento viva.

Y sé que mañana, o pasado, cuando salga de la universidad y lo vea apoyado en el taxi amarillo, voy a subir otra vez. Sin pensarlo mucho. Porque esa soy yo.

## El delivery que llegó tarde

Son las 12:15 de la noche y estoy en mi apartamento, esperando el domicilios que pedí hace más de una hora. El celular me avisa que ya está abajo, pero el tipo se demora en subir porque el ascensor se traba como siempre. Tengo hambre, pero también tengo ese calor que me sube cuando estoy sola y aburrida después de una clase larga de francés. Me puse solo una camiseta vieja sin sostén y un short corto. Mis tetas pequeñas se marcan contra la tela, los pezones ya

duros por el aire de la noche.

Toca la puerta. Abro. Es joven, como de 25, casco en la mano, chaqueta de delivery negra con el logo borrado de tanto uso, cara de cansado pero ojos que me recorren rápido de arriba abajo. Le digo "pasa, que no tengo efectivo". Miento un poco, tengo monedas en la mesa pero no quiero sacarlas. El impulso me gana de golpe, ese que conozco bien: el TLP que dice "hazlo ahora o te vas a arrepentir después". Él entra, cierra la puerta detrás de él. Deja la bolsa de comida en la mesa sin soltarme la mirada.

No hablamos mucho. Me acerco, le toco el pecho por encima de la chaqueta. Él no se mueve al principio, solo respira más fuerte. Le digo "te pago de otra forma". Se quita la chaqueta rápido, se baja el cierre del pantalón. Su verga ya está dura cuando la saca. Me arrodillo ahí mismo, en el piso del pasillo, porque no quiero llegar hasta la sala.

La tomo con la mano, caliente, gruesa. Me la meto en la boca. Sabe a sudor y a noche larga. La chupo fuerte, moviendo la lengua alrededor de la cabeza, sintiendo cómo se hincha más en mi boca. Él gime, me agarra el pelo con una mano. Mi cukita se moja sola, late contra el short. Siento mis tetas moverse con cada movimiento de cabeza.

Me levanta del piso, me lleva al sofá. Me quita la camiseta. Mis tetas quedan al aire, pequeñas, pezones duros y rosados. Él las agarra con las dos manos, aprieta, pellizca. El placer me sube directo al vientre. Me baja el short y el panty juntos. Estoy empapada.

Me pone de espaldas en el sofá, me abre las piernas. Entra de un empujón. Me llena completa. Empieza a moverse fuerte, embistiendo profundo. Siento cada centímetro rozando adentro, mi clítoris golpeando contra él cada vez que entra hasta el fondo. El placer es intenso. Mis manos en su espalda, clavando uñas a través de la camiseta. Llego al orgasmo rápido: cuerpo tenso, piernas temblando, calor expandiéndose desde adentro, mi cukita pulsando una y otra vez mientras él sigue.

No para. Sigue embistiendo más rápido. Siento que está cerca. De repente sale, se sube encima de mí. Eyacula primero en mis tetas: chorros calientes que me caen sobre los pezones y el pecho. El semen es espeso, caliente, se escurre despacio por mi piel. Me excita verlo, sentirlo. Luego se acerca más, me mete la verga en la boca otra vez y eyacula lo que le queda ahí. Sabor salado, caliente, lleno. Trago un poco, el resto se me escurre por la comisura de los labios.

Se queda jadeando encima de mí un rato. Luego se aparta, se sube el pantalón. Yo me quedo tirada en el sofá, con el semen todavía caliente en mis tetas pequeñas y en la boca. Siento el cuerpo sensible, la cukita latiendo suave, contenta. Él me mira, como si de repente se diera cuenta de lo que pasó. Dice: "Oye… ¿cómo te llamas?". Lo pregunta bajito, casi tímido después de todo. Yo sonrío, todavía con el sabor en la lengua. Le digo "Pilar". Solo eso.

Él asiente. "Pilar… lindo. Si quieres que vuelva a traer comida… o lo que sea, dame tu contacto". Saca el celular del bolsillo. Yo me incorporo un poco, el semen se escurre más por mi pecho. Le digo mi número de memoria, despacio. Él lo guarda, me mira una vez más. "Gracias, Pilar. Nos vemos". Se va sin decir más, cierra la puerta suave.

Yo me quedo ahí, desnuda en el sofá, con la comida fría en la mesa y el semen secándose en mis tetas. Pienso: "¿por qué le di mi contacto?". Pero también pienso que me gustó que lo pidiera. Como si por un rato no fuera solo una cogida rápida para pagar un domicilios, sino alguien que vale la pena recordar. Aunque sea un delivery que mañana ni se acuerde. O tal vez sí. Y eso me pone caliente otra vez, aunque ya estoy sola.

En los días siguientes, no le escribí. Ni un "gracias por la comida" ni un "ven cuando quieras". Pero los domicilios empezaron a llegar solos. Primero pensé que era error de la app, que había dejado algo guardado por accidente. Un arroz con pollo a las 9 pm, una pizza a las 11, una hamburguesa a medianoche. Siempre del mismo restaurante, siempre el mismo repartidor. Él.

La primera vez que tocó la puerta después de esa noche, abrí sin camiseta, solo con el short corto. Él entró sin preguntar, dejó la bolsa en la mesa y me miró como si ya supiera que no iba a cobrar. Cerró la puerta con el pie. No hablamos. Me agarró por la cintura, me llevó directo a la cama. Me quitó el short y el panty, se bajó los pantalones. Entró sin condón, sin preguntar. Me llenó de un empujón, embistiendo fuerte desde el principio. Mis tetas pequeñas rebotaban con cada movimiento, los pezones duros rozando su pecho. Llegué al orgasmo rápido, apretando alrededor de su verga, gimiendo en su oído. Él aceleró, jadeando. "Me vengo en tu boca otra vez, Pilar, por favor". Salió, me puse de rodillas en la cama. La chupé profundo, sintiendo cómo se hinchaba. Eyaculó chorros calientes en mi lengua, espesos, salados. Tragué casi todo, el resto goteó por mi barbilla y cayó en mis tetas. Se quedó mirándome, respirando pesado. "Ninguna mujer me había dejado terminar en la boca así. Me encanta verte tragando, Pilar. Eres diferente".

La segunda vez fue al día siguiente. Llegó otra vez sin que pidiera nada, a las 10 pm. Entró, me encontró en la cama leyendo exámenes. Me quitó la ropa despacio esta vez. Me puso boca

arriba, me abrió las piernas. Entró lento, profundo, rozando todo adentro. Mi cukita se apretó alrededor de él desde el primer centímetro. Me vine temblando. Él no paró. "Quiero venirme adentro, Pilar. Ninguna me lo ha dejado nunca. Déjame". No dije nada, solo asentí. Aceleró, me agarró las caderas. Eyaculó dentro. Chorros calientes, espesos, inundándome el fondo. Sentí el semen expandirse, llenarme completa, caliente pegándose a mis paredes. Mi cukita sensible pulsó alrededor mientras él se vaciaba, chorro tras chorro. Cuando salió, el semen empezó a escurrir despacio por mi entrada, mojando las sábanas. Se quedó mirando, fascinado. "Me encanta verte así, llena de mí. Ninguna me había dejado llenarla adentro".

Después de eso, empezó a venir por las mañanas. Su trabajo le quedaba perfecto: terminaba el turno de noche y podía darme el mañanero antes de que yo saliera a la universidad. Llegaba a las 7 am, tocaba suave. Yo abría desnuda o en camiseta, todavía con sueño. Me llevaba a la cama, me ponía de lado o encima, entraba despacio al principio. Siempre terminaba adentro. El semen caliente me llenaba cada vez, esa sensación que me hace gemir sin control. Me quedaba en la cama un rato después, sintiendo cómo se escurría despacio por mis muslos mientras me vestía para ir a dar clase. Llegaba a la universidad oliendo a sexo y a él, corrigiendo verbos franceses con el panty pegajoso.

Pero poco a poco se volvió extraño. Empezó a hablar de hijos. Al principio lo dijo como broma, mientras se quedaba adentro todavía duro: "Imagínate, Pilar, dos hijos tuyos y míos. Serían lindos". Yo me reía, no respondía. Pensaba que era solo charla post-sexo, que no era en serio. Pero insistía. Cada mañana, cada vez que eyaculaba dentro, decía algo: "Ahí van mis espermatozoides, nadando hacia tu óvulo ahora mismo". "Si quedas embarazada, me hago cargo, eh". "Quiero verte con panza, Pilar, con mis hijos adentro". Una vez llegó con una prueba de embarazo casera en la mano. "Por si acaso", dijo sonriendo. La dejó en la mesa de noche. Yo la miré, no la toqué. No respondí nada. El TLP me tenía en modo congelado: parte de mí se excitaba con la idea del riesgo extremo, con la imagen de su semen fecundándome de verdad, pero otra parte gritaba "no, esto es demasiado, para".

Seguía viniendo. Seguía terminando adentro. Yo seguía dejándolo. El placer era demasiado: esa inundación caliente, esa sensación de ser tomada por completo. Pero los comentarios seguían. Mensajes a mediodía: "¿Ya sentiste algo raro? Mis espermatozoides deben estar trabajando duro ahí adentro". "Si no bajas la regla, avísame". Yo respondía poco, emojis o "jaja no seas loco". No quería confrontar. No quería que parara.

Seis meses después, una mañana de agosto, llegó como siempre a las 7 am. Entró, me cogió

en la cama, eyaculó adentro otra vez, el semen caliente llenándome como siempre. Después, mientras se vestía, me miró serio por primera vez. "Pilar… han pasado seis meses. No has quedado embarazada". Lo dijo como si fuera una decepción, como si hubiera estado esperando de verdad. Yo me quedé callada, sentada en la cama con las piernas cruzadas, sintiendo su semen escurrir todavía. No sabía qué decir. Él suspiró, se puso la chaqueta. "Pensé que… no sé. Que iba a pasar algo más". Me dio un beso en la frente, el último. "Cuídate, Pilar. Si algún día quieres un domicilios de verdad… avísame". Se fue.

No volvió. Ni domicilios sorpresa, ni mañaneros, ni mensajes. El número se quedó ahí, pero nunca lo borré ni lo usé. A veces paso por el restaurante y miro si lo veo en moto, pero no. Seis meses de semen caliente adentro, de comentarios locos sobre hijos, de placer cada mañana, y terminó así: porque no quedé embarazada. Porque no quise, o porque no pasó, da igual.

Ahora, cuando estoy sola en el apartamento corrigiendo exámenes a las 2 am, pienso en él. En cómo me llenaba, en el calor espeso inundándome, en esa sensación de riesgo que me ponía al borde. El TLP me hace extrañarlo un rato, me hace obsesionarme con "¿y si hubiera dicho sí a los hijos?". Pero también pienso que estuvo bien que terminara. Porque aunque el creampie me excite como nada, no estoy lista para que deje de ser solo placer. Todavía no. O tal vez nunca. Y eso también me pone caliente, aunque esté sola. Porque sé que si otro delivery toca la puerta mañana, probablemente lo deje entrar. Porque esa soy yo.

Capítulo 2

# Creampies y promesas que no se cumplen

## El desconocido de la app que desapareció después

Son las 10:45 pm y estoy en mi apartamento, scrolleando Tinder como si no tuviera clase a las 8 am mañana. Tengo 30 años, soltera, sin hijos, profesora de inglés y francés que corrige exámenes todo el día y escribe un blog sobre mis experiencias impulsivas por la noche. El TLP me tiene en ese modo: aburrida, caliente, con ganas de algo que me haga sentir viva aunque después me deje en formas extrañas. Veo su perfil: 28 años, foto de gym, dice "solo diversión, nada serio, discreto". Me escribe primero: "Hola Pilar, vi que vives cerca. ¿Quieres que vaya a tu casa ahora? Tengo tiempo". Pienso: "¿por qué no? Es jueves, el aguardiente que me tomé sola en la cocina me suelta". Le doy la dirección sin pensarlo dos veces. El impulso gana, como siempre.

Llega a las 11:20, toca la puerta suave pero insistente. Abro en short y camiseta sin sostén, mis tetas pequeñas marcándose contra la tela. Él es alto, musculoso, jeans ajustados, camiseta negra, olor a colonia mezclada con noche bogotana. Entra sin esperar invitación, cierra la puerta detrás de él. Toma la iniciativa directo: me agarra por la cintura, me besa, su lengua entrando sin pedir permiso. Sabe a menta y a cerveza ligera. Yo le devuelvo el beso porque el calor ya me sube entre las piernas, pero él es el toma la iniciativa. Me empuja suave hacia la sala, me quita la camiseta. Mis tetas pequeñas quedan al aire, pezones duros por el frío del apartamento. Las agarra con las dos manos, aprieta, pellizca fuerte. El dolor-placer me hace gemir, siento un cosquilleo directo a la cukita.

No hablamos casi. Él se quita la camiseta, muestra el pecho depilado y los brazos marcados. Me baja el short y el panty juntos, me deja desnuda ahí en medio de la sala. Pienso: "qué estoy haciendo, no lo conozco, podría ser cualquiera", pero el TLP tapa eso con "me encanta esto,

el riesgo me moja más". Me arrodilla en el sofá, me pone de espaldas a él. Siento sus manos en mis caderas, delgadas. Me abre las piernas con las rodillas. Mete dos dedos en mi cukita. Estoy mojada desde que le abrí la puerta, los dedos resbalan adentro fácil, los mueve rápido. La cabeza me da vueltas. Cada roce me manda descargas de placer. Mi cukita se aprieta alrededor de sus dedos, latiendo, empapándolo todo.

Saca los dedos, se baja el cierre. Oigo el ruido del condón –no, espera, no hay condón. Pienso en decir algo, pero él ya está frotando la cabeza de su verga contra mi entrada. Toma la iniciativa otra vez: me agarra por el pelo, suave pero firme, y entra de un empujón lento pero profundo. Me llena completa, su verga gruesa estirándome. Suelto un gemido largo, el cuerpo se me tensa. Empieza a moverse, embestidas lentas al principio, cada una rozando adentro, golpeando ese punto que me hace ver estrellas. Mis tetas pequeñas balancean con cada movimiento, los pezones rozando contra el sofá. El placer es crudo, directo: siento cada centímetro de él deslizándose, mi cukita apretándolo, mojada y caliente. Acelera, más profundo ahora, el sonido de piel contra piel llenando el apartamento. Pienso en los vecinos, en que podrían oír, pero eso me excita más.

Me gira, me pone boca arriba en el sofá. Toma la iniciativa de nuevo: me abre las piernas ancho, se pone entre ellas, entra otra vez. Ahora lo veo, sudado, mirándome fijo mientras embiste. Siento su verga entrar y salir, rozando mi clítoris con cada empujón. El placer sube rápido. Me agarro de sus brazos. Llego al orgasmo primero: todo mi cuerpo se tensa, las piernas tiemblan alrededor de su cintura, mi cukita pulsa fuerte alrededor de su verga, contracciones intensas que me hacen gemir como loca. Él no para, sigue embistiendo más rápido, prolongando mi orgasmo. Siento las pulsaciones seguir, mi cukita sensible latiendo con cada movimiento.

Está cerca, lo noto por cómo respira pesado, cómo su verga se hincha más adentro. Me dice: "Me vengo afuera, tranquila, no quiero problemas". Lo promete jadeando, mirándome a los ojos. Pero acelera más, me agarra por la cintura con fuerza, me clava en el sofá. No sale. Eyacula adentro. El primer chorro es caliente, espeso, me inunda directo en el fondo. Siento el calor expandirse, como una ola líquida que me llena la cukita por completo, chorro tras chorro pulsando dentro de mí. Es crudo, intenso: el semen caliente pegándose a mis paredes, escurriendo un poco con cada pulsación de su verga. Mi vagina aún sensible pulsa alrededor, absorbiéndolo, intensificando todo. El placer extra me hace llegar a un segundo orgasmo más suave, temblando mientras siento su leche caliente mezclándose con mis líquidos, llenándome hasta que se desborda un poco por los bordes. Él gime en mi oído: "Ay, Pilar, no pude sacarlo, se siente tan rico adentro". Queda el semen espeso, caliente, inundándome.

Se queda adentro un rato, respirando pesado encima de mí. Luego sale despacio, y siento el semen escurrir inmediato: caliente, espeso, bajando por mi cukita hacia el culo, mojando el sofá. Me quedo tirada ahí, con las piernas abiertas, sintiendo cómo gotea, cómo mi cukita late todavía llena de su leche. Él se viste rápido, me mira sonriendo: "Fue increíble, Pilar. Te escribo mañana para repetirlo, ¿sí? Prometo que la próxima me vengo afuera de verdad". Lo dice besándome la frente, como si fuera una promesa real. Yo asiento, todavía con el semen escurrriendo, el cuerpo sensible y contento. Se va cerrando la puerta suave.

## Historias que mis amigos le contaron al bartender

Son las 11:45 pm y estoy en un bar pequeño de la calle 51, uno de esos que huele a humo viejo y aguardiente derramado, con mesas pegadas a la pared y luces amarillas que hacen que todo se vea más sucio de lo que es. Salí de una clase nocturna, estaba cansada pero no quería irme a casa todavía, así que entré aquí porque me quedaba cerca. Tengo la falda corta, blusa negra desabrochada un botón de más, tetas pequeñas marcándose contra la tela porque no traigo bra. Bebo sola en la barra, pensando en corregir exámenes mañana, pero también en que hace días no tengo un sexo decente.

El *bartender* me ha servido tres aguardientes ya. Moreno, unos 35, tatuajes en los brazos que se ven bajo la camisa arremangada, barba de dos días, ojos que me recorren cada vez que me acerco a pedir. Lo he visto antes, un par de veces que pasé por aquí con amigas o sola, pero nunca hablamos. Hoy cierra el bar temprano, echa a los últimos clientes, pero me mira y dice: "Quédate un rato, Pilar. Te invito uno más". Toma la iniciativa directo, cierra la persiana, apaga las luces principales, deja solo una lamparita atrás de la barra. Sabe mi nombre. Pienso: "¿cómo sabe mi nombre?".

Se acerca, se para entre mis piernas abiertas en el taburete. "Te he visto antes aquí. Y he oído historias sobre ti". Lo dice bajito, voz ronca, mano en mi muslo subiendo despacio. "Dicen que eres una perra fácil, que culeas con cualquiera". Me besa sin esperar respuesta, sabe a ron y a tabaco. Toma la iniciativa total: me agarra la nuca, me baja de la barra, me empuja contra la nevera fría. Me sube la falda, me baja el panty hasta los tobillos.

Se baja el cierre, su verga sale dura, gruesa, caliente contra mi muslo. Me gira, me pone de espaldas contra la barra, me abre las piernas con el pie. Entra de un empujón profundo, me llena completa. Empieza a moverse fuerte, embistiendo sin pausas, el sonido de piel contra

piel rebotando en el bar vacío. Mientras me penetra, me insulta en el oído: "Perra, puta, te encanta que te llenen así, ¿verdad? Eres una ninfómana de mierda, culiando con todo el mundo menos con...". Lo dice jadeando, agarrándome el pelo, tirando un poco. Los insultos me excitan más, me hacen apretar la cukita alrededor de su verga, el placer sube con cada palabra sucia. Mis tetas pequeñas rozan contra la barra fría, pezones duros enviando ondas directas a mi clítoris.

Acelera, me agarra las caderas con fuerza. Siento mi clítoris rozar contra él cada embestida y el placer acumulándose rápido. Llego al orgasmo de golpe: mi cukita pulsando una y otra vez alrededor de su verga mientras él sigue moviéndose. No para. Sigue embistiendo más profundo, gimiendo en mi cuello. "Esta vez sí, perra, me vengo afuera". Lo promete entre dientes, como si lo dijera para convencerse a sí mismo.

Pero no sale. Me clava hasta el fondo, su verga hinchándose dentro. Eyacula adentro. El primer chorro es caliente, espeso, me inunda directo en el fondo. Siento el semen expandirse, llenarme completa, chorro tras chorro pulsando dentro de mí. Él gime fuerte: "Ay, puta, no pude, se siente tan rico adentro de ti".

Se queda un rato dentro, respirando pesado contra mi espalda. Luego sale despacio, y más semen gotea, mojándome las piernas. Me giro, me subo el panty pegajoso, sintiendo todo lleno y caliente todavía. Él se viste, me mira sonriendo torcido. "Te he oído historias de mis amigos. Dicen que te comiste a uno en un taxi, que te vinieron en la boca en un ascensor. Hasta hay fotos y videos que se comparten por ahí, perra. Te ven caminando borracha por Chapinero, con semen escurrriendo, y lo graban. Uno me mostró un video tuyo en un bar cerrado, gimiendo como loca". Lo dice fumando un cigarrillo atrás de la barra, como si fuera charla casual. Pienso: "¿fotos? ¿videos?". El TLP me hace obsesionarme un segundo: culpa, excitación mezclada, el riesgo de que se comparta todo sobre mí. Pero en ese momento solo siento el semen escurrir, la cukita latiendo suave, contenta.

Me dice: "Fue increíble, Pilar. Te escribo mañana, esto fue especial. Pero fue la última vez, tengo novia, no puedo más". Me acompaña a la puerta, me deja salir a la calle 51 fría. Camino hacia la calle 45 con las piernas temblorosas, el semen pegajoso en el panty, escurrindo un poco más con cada paso. Pienso en sus insultos, en las historias que circulan, en fotos y videos que no he visto pero que me ponen caliente imaginar. Al día siguiente, nada. Paso por ese bar de la 51 y evito entrar, pero el recuerdo del creampie me queda: ese calor espeso inundándome. Porque esa soy yo: impulsiva, perra, escribiendo esto en mi blog para que alguien lo lea y piense "Pilar, qué puta". Y sí, lo soy.

Son las 10:30 pm y estoy de nuevo en ese bar de la calle 51, el mismo que huele a humo rancio y a secretos derramados. Han pasado unos días desde esa noche con el *bartender*, y el recuerdo de su creampie me ha estado dando vueltas en la cabeza como un vicio que no se quita. Camino con una falda que se sube un poco con cada paso, blusa ajustada sin bra, tetas pequeñas saltando libres, y un panty que ya está húmedo solo de pensar en lo que vengo a pedir. Entro, el lugar está medio vacío, luces amarillas tiñendo todo de un amarillo sucio, y ahí está él detrás de la barra, sirviendo un trago a un par de clientes. Me ve, sonríe torcido, como si supiera exactamente por qué volví.

Me siento en la barra, pido un aguardiente, y él me lo sirve sin decir mucho al principio. Bebo un sorbo, el licor quemando la garganta, y lo miro directo: "Oye, lo que dijiste la otra noche… esas historias que te contaron tus amigos sobre mí. Quiero oírlas. Pero nada de nombres, Solo las historias, crudas, como se las contaron". Él se ríe, voz ronca, ojos recorriéndome las tetas que se marcan contra la blusa. "¿Segura, perra? Porque son fuertes, te van a mojar más de lo que ya estás". Asiento, cruzando las piernas para apretar la cukita que ya late, y él cierra el bar temprano otra vez, echa a los últimos, apaga luces, deja solo esa lamparita. Se para cerca, mano en mi muslo, y empieza a contar, intercalando comentarios suyos que me ponen más caliente, como si estuviera probándome de nuevo.

La primera historia, dice, se la contó un amigo joven, uno de esos tipos atléticos que vienen aquí a buscar mujeres solas. "El HDP me dijo: 'Hermano, esa Pilar es una puta insaciable. La vi en el bar una noche, borrachita con aguardiente, falda corta dejando ver todo. La llevé al baño, el sucio ese con azulejos rotos y olor a orines. La puse contra la pared, le subí la falda, le bajé el panty y se la metí de una, dura como piedra. Ella gemía como loca, apretando la cukita, pidiendo más. La embestí fuerte, sintiendo cómo se mojaba más con cada empujón, y no pude aguantar: me vine adentro, chorros calientes llenándola hasta rebosar. Salimos, pero la perra no se conformó. Media hora después, volvimos al baño, ella arrodillada chupándome primero, saliva escurrriendo, y luego de pie, piernas abiertas, la penetré otra vez. Creampie número dos, semen espeso inundando su interior, goteando por sus muslos mientras temblaba de orgasmo. Y la tercera, ya al cierre, la perra me suplicó: 'Vuelve a llenarme'. La puse en el lavamanos, piernas en mis hombros, y la penetre lento al principio, acelerando hasta que exploté dentro, dejando su cuca cargada de mi leche tres veces en una noche. Salí exhausto, pero ella caminaba como si nada, con semen escurriendo'". El bartender me mira, mano subiendo por mi muslo: "¿Te imaginas, Pilar? Tres creampies en un baño asqueroso, y tú gimiendo por más".

La segunda, continúa él, frotando mi vagina por encima del panty ya empapado, se la con-

taron dos amigos que trabajan juntos, tipos rudos del sur. "Me dijeron: 'Nos topamos a Pilar en el bar, bebiendo sola. La invitamos shots de ron, y la perra se dejó llevar. Salimos los tres, taxi directo a una residencia normalita en el Restrepo, de esas con camas chirriantes y paredes delgadas. En el taxi ya la manoseábamos: uno le metía dedos en la cukita mojada, el otro le chupaba las tetas pequeñas, mientras el taxista miraba por el retrovisor. Llegamos, la desnudamos rápido, ella de rodillas chupando una verga mientras el otro la lamía. Luego la pusimos en cuatro, doble penetración: uno en la cukita, el otro en el culo, embistiendo al ritmo, ella gritando de placer, su cuerpo temblando. Cambiábamos posiciones, la perra pidiendo 'más duro'. Al final, creampies dobles: uno se vino en su vagina, chorros calientes inundando, el otro en el culo, semen espeso rebosando mientras ella tenía un orgasmo brutal, piernas temblando, cukita pulsando'". Él se ríe, dedo entrando en mí ahora: "Dos tipos usándote como puta en un motel barato, manoseada en taxi. ¿Te excita saber que te comparten así, perra? Porque a mí sí".

La tercera historia, dice bajando mi panty despacio, se la contó un amigo que estudia cerca, uno de madrugada. "Me contó: 'Salí con Pilar del bar a las 3 am, borrachos los dos, y me dijo su fantasía: culiar en público. Caminamos a un puente peatonal frente a la Universidad Nacional, oscuro pero con carros pasando abajo. La puse contra la baranda, le subí la falda, le arranqué el panty. Nadie parecía vernos, pero varios carros pitaron, luces iluminándonos un segundo. La penetré ahí, verga dura entrando profundo, ella gimiendo al viento, cukita apretando con cada embestida. Le di duro, agarrándole el pelo, insultándola: 'Puta exhibicionista'. Aceleré, y me vine adentro, creampie caliente llenándola mientras pitaban más carros. La llevé a su casa después, con semen escurrindo por sus piernas, ella sonriendo como si nada'". El bartender me besa el cuello: "Follando en un puente, perra, con pitidos de testigos".

La cuarta, prosigue él, ahora con su verga fuera, rozándome, la contó un amigo casado que viene aquí a escapar. "Dijo: 'Pilar abre las piernas con aguardiente o ron, es fácil. La llevé a mi casa una noche, esposa fuera, la emborraché más. La desnudé en el sofá, le chupé la cukita hasta que tembló, luego la penetré en misionero, lento al principio. Primer creampie: me vine adentro, semen espeso inundándola. No paré, la puse en cuatro, embistiendo fuerte, segundo creampie y chorros calientes llenándola más. Y el tercero, ella encima, cabalgando, cukita pulsando en orgasmo mientras eyaculaba dentro, dejándola cargada de mi leche, goteando todo el camino de vuelta'". Él me empuja contra la barra: "Tres creampies en casa ajena, perra. Eres una adicta al semen, ¿no? Cargada como una puta barata".

La quinta y última, dice jadeando, ya penetrándome despacio, se la contó un amigo mayor, de esos con vicios oscuros. "Me relató: 'Llevé a Pilar a un motel, la até a la cama con cuerdas,

manos arriba, piernas abiertas. La ahorqué suave al principio, mano en su cuello, viéndola jadear excitada. Escupí en su boca, ella tragando como perra, luego en sus tetas pequeñas, saliva escurriendo por sus pezones duros. Me la comí atada, ahorcándola más fuerte, mi verga entrando profundo mientras ella gemía ahogada. Aceleré, y mientras la ahorcaba, me vine adentro: creampie brutal, semen caliente inundando su cukita pulsando en orgasmo asfixiado'". Él acelera en mí ahora: "Atada, ahorcada, escupida… Eres una masoquista ninfómana, Pilar. Y ahora, yo te voy a dar otro".

Termina de contarme, me penetra ahí mismo, y eyacula adentro, caliente y espeso, como siempre. Salgo del bar con las piernas temblorosas, semen escurrindo, pensando en estas historias circulando, en fotos y videos que me excitan y me asustan.

## El estudiante tímido

Son las 7:30 pm y estoy saliendo de la universidad después de una clase de inglés que se me hizo eterna. Pero ese día uno de mis estudiantes de 21 años se quedó después de la clase hablando conmigo de *dudas sobre el past perfect*. Se llama Mateo, alto, flaco, pelo desordenado, siempre tímido en clase: baja la mirada cuando le pregunto algo, se pone rojo si le sonrío. Me escribe esa misma tarde: "Profe, ¿puedo preguntarte algo más privado? Necesito repasar con alguien que sepa explicarme bien". Le digo que sí, que podemos vernos en la biblioteca. Pero él responde: "Mejor en un motel cerca, en la 63. Es más discreto. Te invito yo". Pienso: "¿este niño tímido?". Le digo "ok, nos vemos en 20".

Llego al motel de la 63, uno de esos con garaje privado. Él ya está ahí, nervioso, pagando la habitación. Subimos en silencio al cuarto. Entra primero, cierra la puerta, se queda parado mirándome. Yo me siento en la cama, me quito los zapatos. Él se acerca despacio, me besa como un torpe al principio, pero después toma la iniciativa: me empuja suave contra la cama, me quita la blusa, las tetas pequeñas quedan al aire. Las agarra con manos temblorosas, pellizca los pezones. Me baja la falda y el panty.

Saca un condón del bolsillo, se lo pone. Entra despacio, como pidiendo permiso. Me llena completa, se mueve lento al principio, jadeando en mi cuello. "Profe… esto es una fantasía mía desde el primer día de clase". Lo dice, voz entrecortada. Empieza a moverse más rápido, embistiendo profundo. Siento cada roce adentro, mi clítoris rozando contra su pelvis. Llego al orgasmo primero. No para. Sigue embistiendo, más fuerte ahora. Eyacula la primera vez adentro.

Siento el calor inundándome, chorros espesos, calientes, llenándome el fondo. Pero no se detiene. Sigue moviéndose, la verga todavía dura dentro. Eyacula una segunda vez, más semen caliente expandiéndose, mi cukita sensible pulsando alrededor mientras lo absorbe todo. Luego una tercera: me agarra las caderas, embiste profundo y se vacía otra vez, chorro tras chorro caliente pegándose a mis paredes, desbordándose un poco por los bordes.

Se queda encima jadeando, la verga suavizándose dentro. Dice: "Cumplí mi fantasía, profe. Gracias". Se levanta, se viste rápido, me da un beso en la frente y dice "nos vemos en clase". Se va sin esperar respuesta. Yo me quedo tirada en la cama, sintiendo el semen escurrir despacio por mi cukita, caliente y espeso. Pienso: "¿usó condón? Sí, lo vi". Pero cuando me levanto para ir al baño, siento algo raro: no hay condón en la basura, no hay olor a látex usado. Entro al baño, me miro en el espejo: cara roja, pelo revuelto, semen goteando por mis muslos. Me doy cuenta: se lo quitó sin que me diera cuenta. Tres creampies adentro, sin protección. El corazón me late fuerte, mezcla de pánico y excitación.

La semana siguiente me escribe: "Profe, ¿repetimos? Quiero verte otra vez". Quedamos en el mismo motel. Llego, él ya está en la habitación. Esta vez no saca condón. Me desnuda rápido, me pone boca arriba, entra directo sin nada. "Ya para qué usar condón si ya me descargué adentro la otra vez, ¿no? Ya estás llena de mí". Lo dice sonriendo, tímido pero seguro. Tiene razón, pienso. De alguna manera tiene razón. El riesgo ya está hecho, el semen ya estuvo adentro. ¿Para qué fingir ahora? Asiento, no digo nada. Entra profundo, y embiste fuerte. Siento cada centímetro rozando sin barrera, mi cukita apretándolo más fuerte. Llego al orgasmo temblando. Él acelera, eyacula adentro otra vez: chorros calientes inundándome, llenándome completa, espeso y pegajoso. Se queda dentro un rato, respirando pesado. "Me encanta venirme así en ti, profe. Sin nada". Sale despacio, el semen escurrriendo por mis muslos, mojando las sábanas.

Después de eso, lo repetimos varias veces más en ese motel de la 63. Siempre sin condón, siempre terminando adentro. Él tímido en clase, pero en la habitación me dice cosas como *ya eres mía por dentro* o *imagínate si quedas con un hijo mío*. Yo no respondo, solo gimo cuando eyacula, sintiendo esa sensación de ser llenada una y otra vez. El placer es intenso: el calor directo, el semen espeso expandiéndose, escurrriendo después. Pero después, en casa, corrigiendo exámenes a las 2 am, pienso: "¿por qué lo dejé? ¿por qué acepté que 'ya para qué'?". Al final, dejó de escribirme. En clase me evita la mirada, finge que nada pasó. Yo sigo sintiendo el eco de esos creampies cada vez que paso por la 63 y veo el motel. Y sé que si otro estudiante tímido me invita, probablemente acepte. Porque el placer de sentirlo adentro, caliente y sin nada, me gana siempre. Porque eso soy yo.

Son las 8:15 pm y estoy en la universidad, corrigiendo exámenes en mi oficina después de una clase que se me hizo interminable. Han pasado unas semanas desde lo de Mateo, ese estudiante tímido que me llenó tres veces en un motel de la 63 sin condón, y el recuerdo me da vueltas en la cabeza como un vicio que no se quita. Siento el eco de ese semen caliente inundándome, y en clase él me evita la mirada, finge que soy solo la profe. Sin embargo, algo ha cambiado: desde esa semana, varios estudiantes han empezado a hacerme invitaciones sutiles, como si el rumor se hubiera esparcido por los pasillos. Al principio pensé que era paranoia mía, pero no: mensajes, miradas en clase, hasta notas en los exámenes con "profe, ¿podemos hablar en privado?". Me excita la idea de que sepan, de que me vean como la perra fácil, pero también me asusta. En las siguientes semanas, tres en particular me llevan a moteles, cada uno por separado, en circunstancias diferentes, y siempre termino llena de su semen, esa sensación adictiva que me gana al riesgo. Lo que sucedió, fue lo siguiente:

El primero fue Andrés, un estudiante de 22 años, moreno, musculoso, de esos que juegan fútbol en el equipo de la U y siempre llega a clase con olor a sudor. Circunstancia: después de una clase vespertina, me queda hablando en el salón vacío sobre "dudas en el conditional tense". Pero su mirada no es de duda, es de hambre: ojos fijos en mis tetas pequeñas marcándose contra la blusa blanca que traigo sin bra, falda plisada que se sube un poco cuando me siento en el escritorio. Me dice: "Profe, mejor hablamos en un lugar tranquilo. Hay un motel en la 63. Te invito un café allá, pero discreto". Pienso: "¿otro motel? ¿ya se sabe?".

Llegamos en su moto, garaje privado, habitación con luces rojas tenues y cama king size. Él toma la iniciativa rápido: me empuja contra la pared, me besa fuerte, lengua invadiendo mi boca, manos bajando mi falda y panty de un tirón. "He oído que te gusta así, profe.". Lo dice jadeando, sacando su verga gruesa, venosa, ya dura. No saca condón, entra directo, profundo, mi cukita mojada facilitándolo todo. Me folla contra la pared primero, embistiendo fuerte, mis tetas rebotando con cada empujón, pezones duros rozando su camiseta. "Qué cukita apretada, profe. Se siente como si nunca la hubieras usado". Acelera, me agarra el culo, y eyacula adentro: chorros calientes, espesos, inundándome el fondo, expandiéndose hasta que siento gotear por mis muslos.

No para, me lleva a la cama, me pone en cuatro, entra de nuevo, verga todavía semi-dura endureciéndose dentro. Segunda vez: embiste como animal, insultándome "perra, puta profesora, te encanta que te llenen los alumnos". Me vengo temblando, cukita pulsando, y él se vacía otra vez, semen caliente pegándose a mis paredes, desbordándose. Tercera: me pone encima, cabalgo yo, controlando el ritmo, pero él agarra mis caderas y acelera hasta eyacular profundo,

chorro tras chorro caliente, mi orgasmo coincidiendo con el suyo. Salgo del motel con piernas temblorosas, semen escurrindo pegajoso en el panty, pensando en el riesgo pero excitada. En clase siguiente, Andrés me guiña el ojo, como si nada.

El segundo fue Juan, 20 años, bajito pero atlético, con gafas y aire intelectual, de esos que siempre levantan la mano en clase para discutir gramática avanzada. Circunstancia diferente: me invita a .[es]tudiar en grupo"después de una tutoría grupal, pero al final solo somos él y yo en la biblioteca de la U a las 9 pm, cuando cierran.

Me dice: "Profe, sigamos en un motel de la 63, es cerca y tienen wifi para repasar online". Ríe nervioso, pero sus ojos recorren mi blusa desabrochada un botón de más, tetas pequeñas insinuándose. Acepto, impulsiva. Llegamos en taxi, habitación sencilla con espejo en el techo. Él es más tímido al principio: me besa suave, me quita la ropa despacio, admirando mi cuerpo desnudo. "Profe, eres perfecta. Tetas pequeñas pero duras, cukita depilada". Saca condón, se lo pone, pero en el primer empujón, entra lento, gimiendo. Me pone en misionero, con movimientos pausados, pero acelera rápido. Siento el látex, pero de repente para, se lo quita sin que lo note (o finjo no notarlo), y entra : "Mejor así, profe. Sin nada, para sentirte de verdad".

Embiste profundo, mi clítoris rozando su pelvis, orgasmo subiendo. Eyacula adentro primera vez: calor espeso inundándome, chorros calientes expandiéndose, mi cukita absorbiéndolo todo. Sigue, me pone de lado, pierna arriba, entra de nuevo, follando con ritmo constante. Segunda creampie: gime fuerte, semen caliente llenándome más, gotas escapando por los bordes. Tercera: en el espejo, viéndonos, me pone contra él, embistiendo desde atrás, manos en mis tetas, pellizcando mis pezones. Se vacía profundo, chorros pulsando, me vengo con él. Salgo del motel sintiendo el semen caliente escurrir, mojando el asiento del taxi de vuelta. Juan en clase me manda mensajes: "Profe, ¿repetimos el 'repaso'?".

El tercero fue Carlos, 23 años, el más audaz, tatuado en los brazos, de pelo largo y actitud de rebelde, siempre llega tarde a clase con resaca. Circunstancia: después de una fiesta universitaria en el campus a las 11 pm, me encuentra sola en el parqueadero, bebiendo una cerveza que sobró. Me dice directo: "Profe, vámonos a un motel de la 63, uno con jacuzzi. Te invito, y no es por inglés, es por diversión". Sus ojos fijos en mi falda corta, piernas cruzadas.

Pienso: *Este sabe todo*. Llegamos, habitación lujosa con jacuzzi, luces LED. Él me desnuda en el jacuzzi primero: agua caliente, burbujas, me sienta en el borde, me lame la cukita hasta que tiemblo de orgasmo. Luego me lleva a la cama mojada, entra sin condón directo: verga larga,

curva, rozando puntos profundos. "Profe, qué puta eres. He oído historias". Embiste salvaje, cambiando posiciones: misionero, en cuatro, arriba dando la espalda. Primer creampie en cuatro: agarra mi pelo, tira, eyacula adentro chorros calientes, inundándome, semen espeso pegajoso. Sigue, me pone en el jacuzzi de nuevo, culiando de pie, agua salpicando. Segunda: se vacía profundo, calor expandiéndose con las burbujas. Tercera: en la cama, yo encima, controlando, pero él acelera y eyacula, chorros calientes llenándome completa, desbordando. Salgo a las 2 am, semen escurrindo por mis piernas, mojando la falda, pensando en lo impulsiva que soy, pero excitada por el morbo de ser la profe perra.

Después de esos tres, volví a culear con Mateo, el tímido original, en el mismo motel de la 63. Fue una noche de viernes, me escribió: "Profe, necesito 'repasar' urgente. Mismo lugar". Llegué, él ya en la habitación, Mateo está nervioso pero excitado, verga ya dura en los pantalones mientras espera.

Ha oído de Andrés, Juan y Carlos, sabe que se la han culiado, y eso lo pone más caliente: "La profe es una puta, y ahora la grabo para mostrar". Saca el celular disimuladamente, lo pone en modo grabación, escondido en la mesita de noche apuntando a la cama. Pilar entra, falda corta, blusa ajustada, tetas pequeñas marcándose. La beso torpe, pero tomo la iniciativa: la empujo a la cama, le quito la ropa rápido, admirando su cuerpo: cukita depilada, húmeda ya, tetas con pezones rosados duros. Entro directo sin condón, como siempre: "Profe, ya eres adicta a mi semen". Embisto lento al principio, grabando cómo gime, cukita apretando mi verga. Acelero, eyaculo primera vez: chorros calientes adentro, viéndola temblar. Cambio ángulo, la pongo en cuatro, celular capturando su culo redondo, embistiendo fuerte. Segundo creampie: semen inundándola, gotas escapando. Tercero: la grabo de cerca, ella encima, tetas rebotando, mi verga entrando profundo, eyaculando profundo mientras graba el semen escurrir después. No se da cuenta del celular, está perdida en el placer. Salgo satisfecho, video en el bolsillo para compartir.

Días después, Mateo se reúne con Andrés, Juan y Carlos en un bar cerca de la U, a las 10 pm, cervezas en mano. La conversación es pura morbo, anécdotas, descripciones de mi cuerpo y cómo hago en el sexo. Mateo empieza: "La profe Pilar es una ninfómana. Me la comí de nuevo, y grabé todo. Miren: tetas pequeñas pero perfectas, pezones que se ponen duros con solo soplarles, y esa cukita... apretada, mojada siempre, como si estuviera lista para verga 24/7". Andrés ríe: "Sí, hombre, cuando me la culié, la perra gemía como loca en cuatro, culo redondo rebotando contra mí. Le tiré del pelo y me pidió más duro. Y los creampies... tres veces adentro, semen espeso saliendo por los bordes, ella temblando de orgasmo cada vez. Dice cosas como 'lléname', puta total".

Juan agrega: .[En] mi caso, la lamí primero, clítoris sensible, se vino en mi boca. Luego sin condón, misionero, sus piernas envolviéndome. Eyaculé dos veces, pero la tercera la puse de lado, dedo en su clítoris, y se vino conmigo, mi semen caliente inundándola. Es masoquista, le gusta que la insulten: 'perra profe' y aprieta más". Carlos: .[En] el jacuzzi, le dí mojada, con agua salpicando. Tetas chupadas, pezones mordidos, gime ahogado. Ella encima de espaldas, cabalgando como puta, y esa cukita tragándose mi verga curva. Tres creampies, semen desbordando, ella lamiendo un poco después, morbo total. Mateo muestra el video: "Miren cómo gime cuando eyaculo adentro, cuerpo tenso, cukita latiendo. Es adicta, se moja más con el calor espeso". Ríen, describiendo: Çuerpo delgado pero curvas justas, piel suave, olor a perfume mezclado con sexo. Cierran con lo del embarazo: Ïmagínense si la dejamos preñada. Con tantos creampies, imposible saber de quién. ¿Mío? ¿Tuyo? Sería un hijo de la U, ja. Pero la perra sigue aceptando. Si pasa, ni idea quién es el padre".

Capítulo 3

# Cuerpos que se repiten

## El profesor de la uni que me enseñó francés y creampies

Yo tenía 26, estaba terminando mi maestría y me inscribí en su curso avanzado porque quería dominar el francés. Kwame entró al salón el primer día con una camisa blanca ajustada que marcaba cada músculo de su pecho y brazos. Olía a madera, a especias y a hombre. Su voz grave retumbaba cuando dijo *Bonjour, mes chéris*. Las alumnas se mojaron al instante, yo incluida. Pero él no repartía sonrisas a cualquiera; sus ojos se detenían en mí cuando hablaba, como si ya supiera que yo iba a terminar con las piernas abiertas en su cama.

Al principio era solo clase. Yo participaba mucho, corregía acentos, hacía preguntas sobre el francés ivoriano vs el parisino. Él me miraba fijo y decía cosas como: *Mademoiselle Martel, votre prononciation est délicieuse, mais il lui manque la chaleur de la savane*. La "calor de la sabana". Me lo decía mirándome los labios, el escote, las piernas cruzadas bajo la mesa. Yo sentía cómo se me endurecían los pezones bajo la blusa.

Un día me pidió que me quedara después de clase para ayudarlo con unos materiales. Terminamos solos en su oficina chiquita, con el aire acondicionado fallando y el calor subiendo. Mientras ordenábamos papeles, empezó a preguntar: *Pilar, ¿cómo es la vida sexual de una colombiana con apellido francés?*. Le conté un poco: bares, desconocidos, rapidines en baños, tríos improvisados. Él escuchaba atento, su respiración cambiando. *En mi país, una mujer como tú sería adorada como diosa. O devorada como presa*. Su mano rozó la mía. No la quité.

La primera invitación llegó una semana después: *Ven a mi apartamento esta tarde. Necesito tu ayuda con una presentación para Abiyán. Trae vino si quieres*. Fui con jeans ajustados, blusa

negra de escote profundo y tanga de encaje rojo. Él abrió la puerta en short deportivo y camiseta sin mangas. Su piel brillaba. *Entre, ma lionne*. Me dio dos besos, pero su boca se quedó cerca de mi oreja.

Trabajamos media hora en la sala, bebiendo vino tinto de una botella cara. Luego dejó los papeles y me miró fijo. *Dime la verdad, Pilar. ¿Cuántas vergas has tenido dentro esta semana?*. Me reí nerviosa, pero excitada. *Tres. Uno en un carro, otro en mi casa, otro en un motel*. Sus ojos se oscurecieron. *Y ninguno te llenó como debe ser, ¿verdad?*. Se acercó, me tomó por la nuca y me besó. Su lengua sabía a vino y a promesas. Sus manos grandes bajaron por mi espalda, apretaron mi culo, me pegaron contra su cuerpo. Sentí su verga dura presionando mi vientre.

Me levantó como si fuera una pluma y me llevó al sofá. Me quitó la blusa despacio, besando cada centímetro de piel que aparecía. *Tes seins sont parfaits*, murmuró mientras lamía mis pezones. Los chupaba fuerte, mordía suave, alternaba. Yo gemía, arqueándome. Me bajó los jeans, me dejó en tanga. Se arrodilló entre mis piernas, olió mi vagina a través de la tela. *Estás empapada, ma chérie*. Apartó la tanga y metió la lengua directo. Lamió mi clítoris en círculos lentos, luego rápido, luego succionó. Metió dos dedos gruesos mientras su lengua no paraba. Me vine en su boca en menos de cinco minutos, temblando.

Después me llevó a su habitación. Sacó una corbata de seda negra. *Manos atrás*. Me ató las muñecas a la espalda. Me puso de rodillas en la cama. *Abre la boca*. Saqué la lengua. Él se bajó el short y sacó su verga: gruesa, venosa, negra brillante, cabeza morada hinchada. La metió despacio en mi boca. . La chupé profundo, hasta la garganta, con saliva corriendo por mi barbilla. Él gemía en francés: *Oui… comme ça… bonne fille*. Me dio por la boca un rato, luego me empujó boca arriba, piernas abiertas.

Se puso encima, frotó su verga en mi entrada. Entró lento, centímetro a centímetro. Era enorme, me abría, me llenaba. Gemí fuerte cuando llegó al fondo. Empezó a moverse: primero suave, luego más rápido, profundo. Sus bolas golpeaban mi culo. *Te voy a venir adentro, Pilar. Vas a sentir cada gota*. Aceleró, me agarró las tetas, pellizcó pezones. Yo me retorcía, atada, indefensa. Gruñó, se hundió hasta el fondo y eyaculó. Sentí los chorros calientes golpeando adentro, llenándome, desbordándose un poco. Se quedó dentro, palpitando, mientras yo tenía otro orgasmo solo de sentirlo venirse.

Después me desató, pero no sacó la verga. Se quedó encima, besándome suave. *Esto es solo el principio, mi leona*.

Desde ahí, las visitas se volvieron rutina. Dos, tres veces por semana. Siempre llegaba a su apartamento con excusas de *ayuda académica*, pero en diez minutos estábamos desnudos. Le encantaba interrogarme mientras me follaba: *Cuéntame del último que te culió… ¿te vino adentro? ¿Te gustó más que yo?*. Yo le contaba detalles sucios mientras él me penetraba lento, torturándome. *Uno me dió en un baño de un bar… me puso contra la pared… me vino en la boca…*. Él aceleraba: *Pero ninguno te llena como yo, ¿verdad?. No… ninguno… solo tú me dejas así… llena…*.

El bondage se volvió su fetiche favorito. A veces me ataba a la cama en X: muñecas y tobillos a los postes. Me dejaba expuesta horas. Me lamía la cukita hasta que suplicaba, luego me penetraba y se detenía justo antes de venirse. *¿Quieres mi leche?. Sí… por favor…. Pídelo en francés. S'il te plaît, remplis-moi… viens en moi…*. Solo entonces eyaculaba, profundo, gruñendo.

Otras veces solo me ataba las manos a la cabecera y me ponía en cuatro. Me agarraba las caderas, azotándome el culo. *Mira cómo entra y sale… mira cómo te abro*. Yo miraba hacia atrás, veía su verga negra desapareciendo en mi vagina rosada, brillante de líquidos. Cuando se venía, apretaba mis caderas y empujaba fuerte, como queriendo que el semen llegara al útero.

Pero lo que más morbo le daba eran los creampies retenidos. Después de venirse dentro, sacaba un plug vaginal de silicona negra que compró especialmente. *No quiero que se salga ni una gota*. Me lo ponía despacio, sintiendo cómo empujaba su semen más adentro. *Ahora ve a la universidad así*. Lo usé en clases, en reuniones, corrigiendo exámenes. Sentía el plug presionando, el semen tibio moviéndose cada vez que me sentaba o caminaba. En el baño me tocaba, metía dedos junto al plug, imaginando que era él.

Una vez me tuvo atada toda una tarde de sábado. Me dio cuatro veces. Cada vez terminaba dentro, ponía el plug y esperaba 20 minutos. Luego repetía. Al final tenía la cukita hinchada, sensible, llena de su semen acumulado. Cuando me quitó el plug por fin, salió un chorro blanco espeso que corrió por mis muslos. Él lo recogió con los dedos y me lo metió en la boca.

Duró casi tres años. Tres años de obsesión mutua. Él rechazaba a cualquiera que coqueteara en la U. *Solo tú me vuelves loco, Pilar*. Yo también: ningún polvo casual se comparaba con él. Cuando me sentía en crisis por el TLP, iba a su casa. Me ataba, me daba fuerte, me llenaba, y después me abrazaba hasta que me calmaba. Era mi droga perfecta.

Una de esas tardes de sábado que nunca olvidaré fue cuando Kwame decidió tenerme atada

durante cuatro horas completas. Cuatro horas enteras en las que mi cuerpo fue suyo, solo suyo, y él se tomó todo el tiempo del mundo para usarme, llenarme y volverme loca de placer. Recuerdo que llegué a su apartamento alrededor de las dos de la tarde, con el sol bogotano pegando fuerte afuera. Llevaba una falda corta y una blusa blanca sin sostén, porque ya sabía lo que venía. Él abrió la puerta con solo unos boxers negros, su piel oscura brillando con un poco de sudor, y esa sonrisa depredadora que me hacía mojarme al instante.

*Ma lionne, hoy vas a ser mía todo el día*, me dijo con esa voz grave que retumbaba en mi pecho. Me tomó por la cintura, me besó fuerte, su lengua invadiendo mi boca mientras sus manos subían por mis muslos y confirmaban que no llevaba nada debajo de la falda. *Buena chica*, murmuró contra mis labios. Me llevó a la habitación, donde ya tenía todo preparado: cuerdas de algodón suave pero firmes, de color rojo oscuro que contrastaban con las sábanas blancas. Me desnudó despacio, besando cada parte que descubría: el cuello, los hombros, los pezones que se endurecían bajo su lengua. Me lamió las tetas con calma, succionando fuerte hasta que gemí, luego bajó por el vientre, mordisqueó mis caderas y finalmente llegó a mi cukita, que ya estaba hinchada y mojada solo de anticipación.

*Acuéstate en el centro, brazos arriba*. Obedecí. Me ató las muñecas a la cabecera con nudos precisos, no tan apretados que dolieran, pero sí lo suficiente para que no pudiera moverme ni un centímetro. Luego las piernas: abrió mis tobillos y los ató a cada esquina de la cama, dejándome completamente expuesta en forma de X. Mi vagina abierta, mis labios mayores separados, el clítoris asomando rosado y ansioso. Él se quedó de pie al lado de la cama, admirándome. *Mira lo hermosa que estás así, Pilar. Indefensa. Mía*. Se quitó los boxers y su verga saltó libre: gruesa, venosa, ya dura como piedra, la cabeza brillante de pre-semen. La acarició despacio mientras me miraba, como si estuviera decidiendo por dónde empezar.

Las primeras dos horas fueron pura tortura deliciosa. Se subió a la cama entre mis piernas abiertas y empezó a lamerme mi cukita con una lentitud agonizante. Su lengua plana lamiendo de abajo hacia arriba, deteniéndose en el clítoris para dar círculos suaves, luego succionarlo fuerte. Metía un dedo, luego dos. Yo tiraba de las cuerdas, arqueaba la espalda, gemía su nombre: *Kwame… por favor… más…*. Pero él se detenía justo cuando sentía que iba a venirme. *No todavía, ma chérie. Será cuando yo lo diga*. Repitió eso una y otra vez: me llevaba al borde, me lamía hasta que mis líquidos corrían por sus labios, luego se apartaba y se masturbaba mirándome, dejando caer gotas de pre-semen en mi vientre o en mis tetas.

En algún momento, alrededor de la hora y media, no aguanté más y le supliqué. Él sonrió, se

posicionó entre mis piernas y frotó la cabeza de su verga en mi entrada. *¿Quieres esto?. Sí… sí…*. Entró despacio, centímetro a centímetro, estirándome, llenándome hasta el fondo. Empezó a moverse: lento, profundo, saliendo casi todo y volviendo a entrar con fuerza. Sus manos en mis caderas, luego subiendo a pellizcar mis pezones. *Siente cómo te abro, Pilar… cómo te lleno…*. Aceleró poco a poco, sus embestidas haciendo que la cama crujiera. Yo estaba al borde otra vez, mis paredes contrayéndose alrededor de él. *Me vengo… Kwame… me vengo…*. Y lo hice, un orgasmo intenso que me hizo temblar entera, mis líquidos empapando sus bolas.

Él no paró. Siguió dándome a través del orgasmo, más fuerte ahora. *Ahora yo… voy a llenarte…*. Gruñó, se hundió profundo y eyaculó. Sentí cada chorro caliente golpeando dentro, inundándome, desbordándose un poco por los lados. Se quedó ahí, palpitando, mientras yo jadeaba. Pero no sacó la verga. Esperó un minuto, besándome las tetas, lamiendo el sudor de mi cuello. Luego sacó el plug: ese juguete de silicona negra, grueso en la base y puntiagudo en la punta. Lo untó con mis liquidos y su semen que goteaba, y lo empujó despacio en mi cukita. Sentí cómo empujaba su carga más adentro, sellándola. *Ahí queda mi primera. No se sale nada.*

Se bajó de la cama, fue a la cocina y volvió con agua para los dos. Me dio de beber sin desatarme, sosteniendo el vaso en mis labios. Hablamos un rato: me preguntó por mi semana, por mis crisis emocionales, por los encuentros casuales que había tenido. Le conté todo, excitada aún con el plug dentro, sintiendo su semen presionado contra mis paredes. *Eres perfecta para mí, Pilar. Nadie más me entiende así*.

La segunda ronda empezó después de unos 20 minutos. Me quitó el plug despacio —sentí un vacío delicioso y un chorrito de semen salir— y volvió a lamerme, saboreando su propia mezcla con mis líquidos. *Sabes a nosotros*, dijo. Me hizo venir otra vez con la boca, mis muslos temblando contra las cuerdas. Luego me penetró de nuevo, esta vez más rápido, más salvaje. Me dio como un animal, sus caderas chocando contra las mías, sus manos apretando mis tetas. *Dime cuánto te gusta mi leche dentro. Me encanta… llename otra vez…*. Se vino más rápido esta vez, gruñendo en francés palabras sucias que no entendía del todo pero que me ponían loca. Volvió a poner el plug, besándome la frente. *Segunda carga. Siente cómo se acumula*.

Las horas siguientes fueron una mezcla de ternura y crudeza. Me desató un brazo para que pudiera tocarme mientras él me lamía, luego me volvió a atar. Me metió dedos en el culo mientras me follaba el coño, preparándome aunque esa vez no llegó ahí. En la tercera ronda, me puso de lado lo que las cuerdas permitían, levantó una pierna y entró desde atrás, profundo, tocando ángulos nuevos. Me vine dos veces seguidas, gritando, lágrimas de placer en los ojos. Él se vino

dentro otra vez, más abundante, como si se hubiera guardado. Plug de nuevo. Mi vagina estaba hinchada, sensible, pero no quería que parara.

Para la cuarta y última, ya pasadas las cuatro horas, me desató las piernas pero dejó las muñecas. Me puso a cuatro patas, atada aún por las manos a la cabecera. Me azotó el culo suave, luego fuerte, dejando marcas rojas. *Mira cómo goteas, Pilar… mi semen de todo el día*. Quitó el plug por fin y un río blanco espeso salió, corriendo por mis muslos. Me penetró así, viendo cómo su verga empujaba lo que quedaba adentro. Me dio duro, agarrándome el pelo, sus bolas golpeando mi clítoris. *Una más… la última.…*

Al final me desató del todo, me abrazó fuerte, besándome suave. Mi cuerpo temblaba, mi cukita dolorida pero satisfecha, goteando su semen en las sábanas. *Eres mi obsesión, Pilar*. Y yo lo era. Esa sesión de cuatro horas fue el pico de nuestra conexión: control total, placer infinito, y esa sensación de estar completamente llena de él, marcada por dentro.

## Visitas conyugales y el guardián que me custodiaba adentro

Todo empezó una noche de insomnio. Yo tenía 27 años, estaba en uno de esos episodios donde me sentía sola en mi apartamento, y decidí buscar algo de acción. Ese día, di con un usuario llamado *MorenoLibrePronto*. Su foto de perfil era un torso musculoso, piel morena oscura, tatuajes tribales en los brazos. Empezamos a chatear: *Hola. ¿Buscas diversión sin compromisos?*. Yo respondí juguetona: *Siempre. ¿Qué ofreces?*. Rápido escaló: me mandó fotos de su verga, gruesa y venosa, y yo le mandé una de mis tetas con el pezón endurecido. Acordamos vernos en un motel esa misma semana. *Te voy a hacer gritar*, me escribió, y yo sentí ese cosquilleo familiar en mi cuerpo.

Pero entonces vino la confesión: *Hay un problema, Pilar. Estoy en la cárcel*. Me quedé helada un segundo, pero no colgué. *¿En serio? ¿Por qué?. "Tráfico de algo menor, nada violento. Salgo en dos años si me porto bien*. Para comprobarlo, me mandó fotos: una de él en el patio de la cárcel, con uniforme gris, rodeado de rejas; otra de su celda, con barrotes visibles. No parecía falso; había detalles como el logo de la cárcel en una pared. *¿Y cómo nos vemos entonces?*, pregunté. *Visitas conyugales. Si vienes como mi 'pareja', nos dan una habitación privada por dos horas. ¿Te animas?*. Dudé un rato. ¿Ir a la cárcel por sexo? Sonaba riesgoso: el peligro, lo prohibido. Como modelo en academias de arte, he posado desnuda frente a docenas de estudiantes, así que la idea de exponerme no me asustaba. *Ok, dime cómo*, respondí. Me explicó el proceso: registrarme

como visitante, firmar que éramos "pareja", y listo. La primera visita sería el sábado siguiente.

Llegué esa mañana soleada de Bogotá, con el corazón latiendo fuerte pero excitada. Vestía casual: jeans ajustados, blusa escotada blanca, tanga negra y sin bra. El tráfico era un caos, y yo iba pensando en lo loco que era todo. ¿Qué carajos estoy haciendo? Pero el morbo ganaba. Caminé hacia la entrada principal, un edificio gris y amenazante con guardias armados en torres. Me registré en la recepción: *Vengo a visita conyugal con Andrés (así lo llamaré aquí)*. Me pidieron cédula, firmé papeles declarando que éramos "pareja estable", y me dijeron que esperara.

La requisa fue lo inesperado. Me llevaron a un cuarto aparte, pequeño y con olor a desinfectante. Tres guardias hombres entraron: uno alto y moreno, otro bajito con bigote, y un tercero joven con cara de novato. *Señorita, por seguridad, tenemos que requisarla a fondo*. Pensé que sería una requisada rápida, pero no. *Desvístase completamente*. Me quedé mirándolos. *¿Aquí? ¿Frente a ustedes?. Sí, es protocolo. No hay mujeres guardias disponibles ahora*. Dudé, pero recordé mis sesiones como modelo: en las academias de Bellas Artes, me paraba desnuda en un pedestal, con 20 pares de ojos dibujándome. Era arte, no sexo, pero me había acostumbrado a la exposición. *Ok*, dije, y empecé a desvestirme. Primero la blusa. Los guardias no parpadeaban, pero noté cómo el alto tragaba saliva. Mis tetas naturales cayeron libres, pezones rosados endureciéndose por el aire frío. Bajé los jeans, revelando mi tanga. Finalmente, la tanga: me quedé completamente desnuda, mi cukita depilada expuesto, mis curvas a la vista.

Me hicieron girar, agacharme, abrir las piernas. *Levante los brazos*. Uno usó guantes para tocarme: palpó mis tetas, apretando un poco más de lo necesario, luego bajó a mi vientre, mis caderas. *Abra la boca*. Metió dedos enguantados, revisando. Luego, lo peor/mejor: *Agáchese y tosa*. Lo hice, sintiendo el aire en mi culo y vagina. El joven guardia se sonrojó, pero el alto miró fijo. *Ahora, abra las nalgas*. Me urgaron: un dedo enguantado entró en mi ano, luego en mi vagina, "buscando contrabando". Sentí una mezcla de humillación y excitación; mi cukita se mojó más, y estoy segura de que lo notaron. *Limpia*, dijo el alto finalmente. Me vestí temblando, pero con una sonrisa interna: era como una performance erótica involuntaria. Salí del cuarto pensando: Si esto es el precio por una experiencia en la cárcel, vale la pena.

Me llevaron al área de visitas conyugales: un pasillo con habitaciones pequeñas, como moteles baratos. Andrés me esperaba en una: moreno, 1.90m, musculoso por el gimnasio de la cárcel, ojos negros intensos, cabello corto. Llevaba tres años encerrado por tráfico. *Pilar, qué rica estás*, dijo al verme, cerrando la puerta. La habitación era básica: cama doble con sábanas limpias, mesa, baño diminuto. Teníamos tres horas (el guardia dijo dos, pero se extendió por

*error administrativo*). Empezamos lento: me besó, sus manos grandes agarrando mi culo. *Tres años sin tocar una mujer como tú*. Me quitó la blusa, lamió mis tetas, succionó pezones hasta que gemí. Yo le bajé el pantalón: su verga era enorme, gruesa como mi muñeca. La chupé de rodillas, profunda, saliva corriendo. Él gemía: *Así, puta... trágatela*.

Me levantó, me tiró en la cama, me quitó los jeans y tanga. Me lamió mi vagina con hambre, lengua profunda. Me vine rápido, temblando. Luego entró: lento al principio, estirándome. Él encima, sudando. Aceleró, embestidas fuertes. *Voy a venirme en tu cuca*. Eyaculó dentro, chorros calientes llenándome. Descansamos 10 minutos: hablamos de su vida en la cárcel, yo le conté de mi blog. Pero activos: me masturbaba mientras él se recuperaba, lamiendo su semen de mis dedos.

Segunda ronda: me puso a cuatro, azotó mi culo. *Te voy a romper*. Entró por mi culo: usó saliva como lubricante, dolió al inicio pero luego placer. Bombeó profundo, me hizo gritar de placer y dolor. Se vino en mi culo, su semen goteando y llenando la cama.

Tercera: me ató con su cinturón a la cama. Me folló la boca hasta venirse en mis tetas, esparciendo su semen con sus manos. Luego en mi vagina otra vez, viniéndose en mi boca. En los Últimos minutos: cucharita, lento, hablando sucio. *Eres mi puta conyugal*. Me vine tres veces más. Salí exhausta, cukita y culo sensibles, semen en mi tanga.

Volví la semana siguiente. La requisa igual: mismo cuarto, mismos guardias. El alto (lo llamaré J) me miró con lujuria. Desnuda otra vez, urgaron *más a fondo*: dedos en vagina y ano más tiempo, como disfrutando. Yo mojada, gimiendo suave. *Parece que le gusta, señorita*. En la visita, Andrés más agresivo: me mordió las tetas, me dió rudo, grité fuerte. Sin duda, los Guardias seguro oyeron todo.

Tercera visita: requisa con cuatro guardias ahora. Me hicieron posar: *Gire lento*. Urgaron profundo, uno tocó clítoris de manera *accidental*. Excitada, casi me vengo. Con Andrés: anal primero, vaginal después, eyaculaciones en boca y vagina. Grité tanto que golpearon la puerta: *¡Bajen el volumen!*.

Cuarta: J me invitó a salir después de la requisa. *Señorita, ¿quiere una cerveza después? Me he fijado en usted*. Acepté. Fuimos a un bar cerca, cervezas, coqueteo. Terminamos en motel: tres horas. Me desnudó lento, lamió todo.

Dejé visitas a Andrés, pero seguí con Juan: sexo semanal en moteles. Dos años después,

Andrés salió libre....

## El policía que me vigilaba mientras otros me cogían

Algunos me llaman ninfómana, y no lo discuto: me encanta el sexo con desconocidos, el riesgo que me acelera el pulso. Porque el sexo me salva de mis espirales mentales, me hace sentir viva, deseada, llena –literalmente, sobre todo cuando hablamos de creampies, pero de eso hablaré al final. Esta historia es una antología de locuras que empezó en un bar y me llevó a situaciones inusuales organizadas por un policía retirado con un fetiche por verme en acción mientras él solo observa y se masturba. Vamos a llamarlo el "Sargento"(porque así lo llamo en mis recuerdos, aunque su nombre real era algo más común como Carlos).

Todo empezó una noche de 2024, en un bar de Chapinero que parece sacado de una película de NOIR: luces bajas, aguardiente barato y tipos con miradas que prometen problemas. Estaba borracha, como de costumbre después de una crisis donde me sentía vacía y necesitaba llenar ese hueco con alcohol y sexo. Me acerqué al Sargento porque tenía esa aura de autoridad: unos 55 años, canoso, corpulento como un toro, con tatuajes descoloridos de sus días en la policía. Charlamos: él tomando cerveza, yo con mi aguardiente. *Pareces una que disfruta el riesgo*, me dijo después de que le contara sobre mis aventuras casuales en baños públicos. Terminamos en su apartamento, un lugar con fotos de uniformes viejos en las paredes.

Me desnudó rápido, me lamió la vagina con esa lengua experimentada de quien ha visto de todo, y me culió en misionero sobre su cama crujiente. Era grande, no enorme, pero sabía usarla: embestidas profundas que me hacían gemir. *Te gusta sentirte expuesta, ¿verdad?*, me preguntó mientras me penetraba. Asentí, arqueándome. Se vino dentro –mi primer creampie con él, caliente y abundante, goteando cuando sacó la verga. Después, fumando un cigarrillo desnudos, me confesó su fetiche: *Me excitaría verte con otros, organizarte situaciones raras donde te dan mientras yo miro*. Me propuso un trato: una *relación* no exclusiva donde él me buscaba escenarios inusuales para mi placer, a cambio de que lo dejara ver. *Trato hecho*, dije, y sellamos con una mamada donde se vino en mi boca.

Desde ahí, el Sargento se convirtió en mi *director de escenas*. Usaba sus contactos de expoli para organizar todo: masajistas, guías, conserjes. En cada una, él se quedaba en un rincón, masturbándose lento, sus ojos fijos en mí como un halcón.

### 3.0.1. El Masajista que Invita a su Aprendiz

El Sargento lo organizó todo con precisión militar. Una tarde, después de una clase donde me sentía ansiosa, me llamó: "Pilar, tengo algo para ti. Un masaje tántrico en un spa de Usaquén. Mi contacto es un masajista que debe favores de cuando lo saqué de una cagada con drogas. Le dije que quieres algo 'especial', y que yo estaré observando desde la habitación contigua por un espejo unidireccional que instalé con un viejo kit de vigilancia. Tú actúa normal, pero sabe que estás ahí por placer extremo". Vístete sexy, sin sostén, y toma un aguardiente antes para soltarte".

Llegué al spa puntual, el sol de Bogotá pegando fuerte en las calles empedradas de Usaquén, mi falda corta plisada moviéndose con el viento, blusa escotada blanca sin nada debajo, tanga negro ya húmedo por la anticipación. El lugar era discreto: fachada de madera, olor a eucalipto flotando en el aire, música zen de flautas y agua corriendo en una fuente interior. Me recibió la recepcionista, una chica joven con sonrisa falsa: "Señorita Martel, el masajista la espera en la sala 3". Caminé por el pasillo alfombrado, mi corazón latiendo fuerte, pensando en el Sargento: ¿ya estaría ahí, escondido, su mano lista en la bragueta?

Entré a la sala: luces tenues, camilla acolchada en el centro con toallas blancas, botellas de aceite en una mesita, y el masajista –vamos a llamarlo Maestro, un moreno de unos 40 años, alto y musculoso, con manos grandes como palas y una sonrisa pícara que decía "sé por qué estás aquí". "Bienvenida, Pilar. El Sargento me contó que buscas relajación profunda... y algo más". Asentí, sintiendo un cosquilleo en el estómago. Me hizo desnudar: "Quítate todo, acuéstate boca abajo". Lo hice lento, sabiendo que el Sargento observaba desde el espejo en la pared opuesta –ese vidrio opaco que parecía decorativo pero que él me había descrito como su ventana al show. Me quité la blusa, dejando mis tetas naturales libres, pezones rosados endureciéndose por el aire fresco. Luego la falda, la tanga. Me acosté en la camilla, boca abajo, culo arriba, esperando.

Empezó el masaje: aceite caliente goteando en mi espalda, sus manos fuertes amasando mis hombros, bajando por la columna, rozando las nalgas. Relájate, Pilar. Siente el flujo de energía". Sus dedos se deslizaban, presionando puntos que me hacían gemir suave. Pero pronto se volvió erótico: manos en mis muslos internos, rozando los labios de mi vagina .ªccidentalmente". .Estás tensa aquí... déjame ayudar". Metió un dedo, luego dos, masajeando lento mientras yo arqueaba la espalda, gimiendo más fuerte. .Así, buena chica". Sabía que el Sargento veía todo: mi culo levantado, los dedos entrando y saliendo, mi humedad chorreando.

Entonces invitó a su .ªprendiz": .Oye, ven acá. Necesito enseñarte algo". El aprendiz entró –un chico de 25, flaco pero atlético, con cara de inocente y ojos hambrientos. "Fíjate cómo se

hace un masaje tántrico real". El aprendiz se sentó al lado de la camilla, observando mientras el Maestro seguía dedo-follando mi cukita, lamiendo mi clítoris. Yo me retorcía, mis tetas presionadas contra la toalla, gemidos escapando: "Más... por favor...". El Sargento debía estar pajeándose ahora, su verga dura imaginando cada detalle.

.Ahora tú, aprendiz. Toca su punto G". El chico dudó, pero metió sus dedos torpes pero entusiastas, tres ahora, estirándome. "¡Ahh, sí!", grité. El Maestro guiaba: "Lame aquí, succiona el clítoris". El aprendiz obedeció, su lengua inexperta pero ansiosa jugando. Me vine, mi cuerpo temblando, jugos en su cara. "Buen trabajo", dijo el Maestro, riendo. Pero no pararon: el Maestro se bajó los pantalones, sacó una verga gruesa, venosa, de unos 18 cm, y me penetró en la camilla. "Siente la energía fluyendo". Embistió lento al principio, luego rápido, sus bolas golpeando mi clítoris. El aprendiz me lamía las tetas, succionando mis pezones como un bebé hambriento.

Cambiaron: el aprendiz se posicionó, su verga más delgada pero larga, entró en mi vagina empapada. "¡Dios, qué apretada!", gimió. Me dió rápido, inexperto, pero con pasión, mientras el Maestro me metía dedos en el culo, preparándome. .Ahora anal, para completar el flujo". El Maestro entró por atrás, dolió un segundo pero luego placer puro, su verga gruesa abriéndome. Alternaban: vaginal, anal, yo gritando, orgasmo tras orgasmo. El Sargento debía estar al borde, viendo mi cuerpo usado, sudoroso.

El Maestro se vino primero: "Voy a llenarte". Eyaculó en mi cukita, chorros calientes golpeando profundo, un creampie que sentí desbordar, goteando por mis muslos. .Ahora tú, aprendiz". El chico lo siguió, sacando y viniéndose en mi culo después de un anal rápido con aceite como lubricante –semen espeso cubriendo mis nalgas. Me quedé ahí, jadeando, sintiendo sus cargas mezcladas. Finalizó con ellos limpiándome con toallas, el Maestro diciendo: "Vuelve cuando quieras, Pilar". Salí temblando, piernas débiles, semen goteando en mi tanga. El Sargento me esperó en el carro afuera: "Buen show, perra. Me vine dos veces viéndote".

### 3.0.2. El Interrogatorio en la Habitación con Espejo Unidireccional

Todo empezó unos días después de mi primera aventura con el masajista y su aprendiz. Estaba en una de esas fases de TLP donde me sentía invencible un minuto y vacía al siguiente: había dado una clase de francés avanzado en la uni, corrigiendo verbos irregulares mientras mi mente repetía las sensaciones de semen goteando por mis muslos. Salí del campus en la Carrera Séptima, el tráfico bogotano rugiendo a mi alrededor, el smog mezclándose con el olor a arepas de los vendedores ambulantes, y mi teléfono vibró.

Era el Sargento: "Pilar, ma chérie –sabes que me encanta usar tu herencia francesa para coquetear–, tengo algo nuevo para ti. Esta vez es en mi territorio, para que sientas el control total. Dos ex-compañeros míos, tipos que me deben favores, fingirán un interrogatorio contigo como 'sospechosa'. Tú actúa inocente al principio, niega todo, pero deja que escalen al instante. Yo observo del otro lado del espejo unidireccional en mi habitación especial. Me pajearé lento, viéndote usada. ¿Te animas?".

Çlaro, Sargento. ¿Cuándo y cómo?". "Mañana noche, a las 8 pm. Ven a mi apartamento en Chapinero Alto, vestida como la profesora sexy que eres: falda ajustada, blusa blanca semitransparente sin sostén, tacones altos. Toma un aguardiente antes para que estés suelta, pero no borracha del todo –quiero que recuerdes cada detalle para contármelo después".

Al día siguiente, después de una clase matutina donde enseñé frases como "Je suis excitée"(estoy excitada) a un grupo de estudiantes que no tenían idea de lo literal que era para mí, pasé la tarde en mi apartamento preparando algunas clases. Vivo en un edificio viejo de Chapinero, con vistas a la montaña Monserrate que me recuerda aventuras pasadas –como esa vez con el guía turístico, pero eso es para otra historia. Me duché lento, depilándome hasta dejarlo liso, untándome loción con olor a vainilla que sabía que volvería locos a los hombres. Me vestí: la falda negra abrazando mis caderas curvilíneas, la blusa blanca dejando ver el contorno de mis pezones rosados endurecidos por el frío bogotano, tanga roja de encaje que se mojaría pronto, y tacones que me hacían caminar con ese balanceo sexy.

Tomé un shot de aguardiente Antioqueño –ese licor anisado que me calienta las venas y me suelta la lengua–, y salí. El tráfico en la Calle 67 era un caos, taxis pitando, ciclistas esquivando. Llegué al apartamento del Sargento alrededor de las 7:45 pm. El edificio era uno de esos bloques grises de los 80, con portero que me miró sospechoso pero me dejó pasar –seguro sabía de las "visitas"del Sargento. Él abrió la puerta en jeans y camiseta, su cuerpo corpulento bloqueando la entrada, olor a colonia fuerte mezclándose con cerveza. .[En]tra, Pilar. Los muchachos llegan en 15 minutos.

Recuerda: eres una sospechosa de 'conducta indecente'. Niega al principio, pero cede cuando te toquen. Yo estaré del otro lado, viéndolo todo". Me llevó a la habitación: un cuarto en el fondo del apartamento, con paredes grises, una mesa de metal atornillada al piso, una silla dura en el centro, luces fluorescentes parpadeando como en una comisaría vieja, y el espejo grande en la pared opuesta –ese vidrio opaco que parecía inocente pero que sabía era su ventana al show.

Del otro lado, me explicó, había una salita oscura con silla y mesita, donde se sentaría a observar, puerta cerrada para no interrumpir. "Siéntate ahí, ma chérie. Relájate". Me besó el cuello, su mano rozando mi culo, pero no más –su fetiche era ver, no participar.

Me senté en la silla, cruzando piernas, la falda subiéndose un poco, revelando muslos pálidos contra el negro. El aguardiente me calentaba, pero estaba nerviosa. Pensaba en mi vida: soltera, sin hijos porque no quiero ataduras, enseñando idiomas mientras vivo aventuras que mis estudiantes ni imaginan. El blog me salva: escribir estas historias me da un sentido de control sobre mi caos emocional. Oí la puerta principal abrirse, voces graves –los interrogadores llegaban. El Sargento susurró "Buena suerte" y se fue al otro lado, cerrando la puerta con llave. Quedé sola un minuto, ajustando la blusa, sintiendo pezones endurecidos rozando la tela.

Entraron: dos tipos rudos, ex-policías como el Sargento, de unos 45 años cada uno. El primero, alto y moreno, con barba incipiente y ojos negros penetrantes –lo llamaré Interrogador 1. El segundo, bajito pero fuerte, con tatuajes en los brazos y una sonrisa torcida –Interrogador 2. Vestían casual: jeans, camisas, pero con esa aura de autoridad que me mojó más. "Señorita Martel, quédate sentada. Somos del 'departamento especial' –sospechosa de actividades indecentes, prostitución encubierta y distribución de material obsceno en tu blog". Su tono era serio, pero vi el brillo en sus ojos –sabían el juego. Me paré fingiendo indignación: "¡Esto es ridículo! Soy profesora". Interrogador 1 me empujó de vuelta a la silla: "Siéntate y responde. ¿Cuántos hombres has follado esta semana?". Negué: "Ninguno". Pero mi voz temblaba de excitación, sabiendo que el Sargento observaba, su mano ya en la verga.

Empezó el interrogatorio real: me bombardearon con preguntas detalladas sobre mi vida sexual, sacadas de mi blog que el Sargento les había dado. Çonfiesa: ¿te gusta que te vengan dentro? ¿Creampies, como dices?". "No, es invención", mentí, pero mi cukita palpitaba. Interrogador 2 se acercó: "Hay que requisar por evidencia". Sus manos en mis hombros, bajando por mis tetas, apretando a través de la blusa. "Nada aquí... pero siente esto", dijo pellizcando pezones. Gemí suave, arqueándome. .Está excitada, culpable". Desabotonaron la blusa lenta, botón por botón, revelando mis tetas libres, pezones rosados hinchados. Interrogador 1 lamió uno: Çonfiesa o seguimos". Negué de nuevo, pero cedí un poco: .Ok, me gusta el sexo, pero no soy puta". Bajaron la falda, dejándome en tanga y tacones. Dedos rozando mi vagina mojada: "Mira esto, empapada". Metieron dedos, uno, dos. "¡Ahh!", grité, pensando en el Sargento viéndome retorcerme.

Ataron mis manos a la silla con esposas reales –frías contra mis muñecas, añadiendo morbo. Desnuda ahora, piernas abiertas forzadas por Interrogador 2 arrodillado. Çonfiesa detalles de

tu última culiada". Mientras, lamió mi clítoris, lengua plana lamiendo arriba y abajo. .[Er]a... un desconocido en un bar", confesé entre gemidos. Interrogador 1 se bajó el pantalón, sacó una verga gruesa, venosa: Çhúpala para más confesiones". La metí en la boca, succionando profundo, saliva corriendo por mi barbilla. Alternaban: uno en boca, otro en la cukita con dedos o lengua. Yo gemia, orgasmo acercándose.

No pararon: Interrogador 1 me penetró vaginal, embistiendo fuerte, la silla crujiendo. Çonfiesa que te encanta ser usada". "Sí... me encanta", gemí. Cambiaron a DP: uno en mi vagina, otro en mi boca. Luego anal: lubricaron con mi humedad, entrando lento. Dolió, luego placer. Orgasmo tras orgasmo, yo gritando nombres inventados. El Sargento debía estar al borde, viniéndose. Finalizó con creampies: Interrogador 1 en mi cukita; 2 en boca, tragando salado. Me desataron, limpiaron, salí marcada. El Sargento me abrazó: "Perfecto show".

### 3.0.3. El Guía Turístico en el Cerro de Monserrate

Una semana después del interrogatorio en la habitación con espejo unidireccional. Estaba en una fase de TLP donde me sentía eufórica, invencible, como si el mundo fuera mi patio de juegos sexual. Había dado una clase de inglés intermedio en la uni, explicando phrasal verbs como "turn on"(excitar) a un grupo de estudiantes que reían nerviosos sin saber que para mí era literal. Salí del campus, el sol de Bogotá filtrándose entre los edificios altos, el olor a buñuelos fritos de los vendedores callejeros mezclándose con el smog, y mi teléfono vibró en el bolsillo de mi falda.

Era el Sargento: "Pilar, ma chérie, tengo algo fresco para ti, literalmente. Un guía turístico en Monserrate, un viejo contacto mío que patrullaba el cerro en los 80 y me debe favores por tapar un escándalo con turistas. Te lleva a un 'mirador privado' fuera de ruta, con un 'turista' que arreglé –un tipo de mis redes, fingiendo ser gringo. Tú actúa como una visitante curiosa. Yo observo desde unos arbustos cercanos, escondido con binoculares, pajeándome lento. El riesgo es alto: viento, altura, posibilidad de que alguien pase. ¿Te animas?".

*Claro, Sargento. ¿Cuándo y cómo?*. "Mañana al atardecer, a las 5 pm. Sube en el funicular como turista normal, vístete sexy pero casual: falda corta que el viento levante, blusa escotada sin sostén, tanga fácil de quitar, y zapatillas para caminar. Toma un aguardiente antes para que estés suelta, pero no mucho.

Al día siguiente, después de una clase matutina donde enseñé frases como "Je suis au som-

met"(estoy en la cima) a mis alumnos de francés, sin que supieran que pronto estaría literalmente en la cima de Monserrate, pasé la tarde preparandome. Me duché lento, el agua caliente corriendo por mi cuerpo, untándome crema con olor a coco que sabía que se mezclaría con sudor y semen. Me vestí: falda roja corta, que el viento bogotano levantaría fácil, blusa blanca de tirantes escotada dejando ver el valle entre mis tetas naturales, tanga negra de encaje que se mojaría pronto, y zapatillas deportivas para el sendero. Tomé un shot de aguardiente Antioqueño –ese licor anisado que me calienta las venas y me suelta la inhibición–, y salí.

Llegué a la base de Monserrate alrededor de las 4:45 pm. El lugar bullía de turistas: familias con niños comprando souvenirs, parejas tomándose selfies frente al funicular, vendedores ambulantes ofreciendo churros y obleas con arequipe. El aire era fresco, el sol bajando pintando el cielo de naranja y rosa, la montaña imponente arriba con su iglesia blanca coronándola. Compré el boleto para el funicular –ese tren inclinado que sube lento, traqueteando, con vistas que quitan el aliento–, y subí. El vagón estaba medio lleno: un grupo de gringos hablando inglés ruidoso, una familia colombiana rezando en voz baja, y yo sola, fingiendo mirar el paisaje mientras mi vagina palpitaba de anticipación. El funicular ascendió, el viento silbando por las ventanas abiertas, Bogotá extendiéndose abajo como un tapiz de luces tempranas. Pensaba en el Sargento: ya estaría arriba, escondido en algún punto del sendero, binoculares listos, verga endureciéndose en sus pantalones.

Arriba, a los 3,152 metros sobre el nivel del mar, el aire era más frío, el viento azotando mi falda, levantándola un poco y revelando muslos. La iglesia de Monserrate brillaba bajo el atardecer, peregrinos arrodillados ante el Señor Caído, el olor a incienso y flores mezclado con el de chorizos asados de los puestos. Caminé por la plaza principal, fingiendo ser turista, hasta que el guía me encontró: un señor de unos 60 años, arrugado por el sol y el viento, con sombrero de paja, poncho raído, vamos a llamarlo el Guía, con ojos pícaros que decían "sé lo que quieres". "Señorita Pilar, ¿verdad? El Sargento me mandó. Vamos a un mirador 'especial', fuera de ruta, con un turista que espera". Asentí, excitada, y lo seguí por un sendero empedrado que se desviaba del camino principal, arbustos altos a los lados, el viento silbando como un amante impaciente. Caminamos 10 minutos, el Guía contándome anécdotas falsas sobre la historia del cerro –.[A]quí rezaban los indígenas antes de los españoles"–, mientras yo sentía el frío en mis pezones endurecidos, la falda volando.

Llegamos al mirador privado: un saliente rocoso con baranda oxidada, vista panorámica a Bogotá abajo –millones de luces parpadeando como estrellas caídas, el tráfico un río de faros, los Andes oscuros al fondo. El "turista.[es]peraba: un tipo de unos 35 años, fingiendo acento gringo

pero claramente colombiano, alto y musculoso, con camisa hawaiana y jeans –vamos a llamarlo el Turista, con sonrisa depredadora. "Hola, beautiful. The guide said you'd join for a private tour". El Guía se quedó "vigilando por seguridad", sentándose en una roca cercana, pero sus ojos fijos en mí. Sabía que el Sargento estaba escondido en arbustos a 10 metros, binoculares enfocados, mano en la bragueta.

Empezó lento: el Turista me besó, labios fríos por el viento, lengua explorando mi boca con sabor a cerveza. Sus manos en mi cintura, subiendo a mis tetas, pellizcando pezones a través de la blusa. "You're hot", murmuró. El Guía observaba, su mano rozando su entrepierna. Me quitaron la blusa, tetas libres al viento frío, pezones como piedras. El Turista lamió uno, succionando fuerte, mientras el Guía se acercó: "Permítame ayudar, señorita". Sus manos callosas en mi culo, levantando la falda, dedos rozando tanga mojado. .Está lista", dijo. Me pusieron contra la baranda, falda arriba, tanga abajo. El Turista arrodillado lamió mi vagina, lengua profunda en mis labios hinchados, clítoris succionado mientras el viento llevaba mis gemidos. "¡Ahh, sí!", gemí.

El Guía se unió: se bajó los pantalones, sacó una verga arrugada pero dura, y me dió de pie, manos en mis caderas, embistidas lentas contra la baranda. "Siente la altura, mija". El Turista entró por atrás, anal rudo con saliva como lubricante –dolió un segundo, luego placer puro, su verga gruesa abriéndome mientras el viento azotaba mi pelo. Alternaban: vaginal, anal, yo gritando al vacío, orgasmos temblando mis piernas. El Guía se vino en mi culo, semen caliente goteando; el Turista en mi cukita, doble creampie bajando por muslos. Me quedé ahí, jadeando, y la ciudad abajo. Bajamos, yo con semen en la tanga. El Sargento me esperó abajo: .Espectacular, perra".

### 3.0.4. El Allanamiento Falso

Mi teléfono vibró en el bolsillo de mi falda. Era el Sargento: "Pilar, ma chérie, tengo la más bizarra para ti, algo que te pondrá al límite. Usaré dos ex-colegas míos, tipos rudos de 40 que me deben la vida por sacarlos de un tiroteo en los 90 –fingirán un allanamiento en tu apartamento con una 'orden' falsa que imprimí. Te 'interrogarán' desnuda en la sala. Yo me siento en tu sillón, masturbándome, 'supervisando' como jefe.

Al día siguiente, me vestí casual: shorts denim cortos que abrazan mi culo, top blanco ajustado sin sostén, dejando pezones visibles, descalza con uñas pintadas de rojo. Tomé un shot de aguardiente Antioqueño –ese licor anisado que me calienta las venas y borra inhibiciones–, y esperé.

El Sargento llegó puntual, entró con su cuerpo corpulento y se acomodó directamente en mi sillón de cuero marrón, ese en el que tanto me gusta sentarme. Apenas pasaron unos minutos cuando escuché golpes fuertes en la puerta. Abrí temblando, fingiendo la sorpresa que me habían pedido. Dos tipos rudos de unos cuarenta años irrumpieron con fuerza: uno alto y calvo, lleno de músculos duros, y el otro moreno, tatuado y con barba espesa. Me empujaron sin piedad hacia el sofá, me mostraron un papel falso y empezaron la farsa del allanamiento.

Me requisaron de forma brutal y humillante. Manos ásperas apretaron mis tetas, me arrancaron el top y dejaron mis pezones al aire. Bajaron los shorts y la tanga rasgándola, dejándome completamente desnuda en medio de la sala. Yo fingía resistirme, pero mi cukita ya estaba empapada. El Sargento permanecía sentado en el sillón, con la verga en la mano, pajeándose despacio mientras supervisaba todo.

Los dos ex-colegas me interrogaron con rudeza, presionando mi cuerpo desnudo, exigiendo confesiones sobre mi blog y llamándome puta en susurros degradantes mientras me manoseaban sin control. El alto y calvo me abrió las piernas con fuerza en el sofá y me culió vaginal de manera salvaje, penetrándome profundo y rápido, golpeando mi interior como si quisiera romperme. Al mismo tiempo, el moreno tatuado me agarró del cabello y me folló la boca sin piedad, empujando hasta el fondo de mi garganta y obligándome a babear alrededor de su verga gruesa.

Cambiaron turnos una y otra vez. Me dieron anal de forma abusiva, estirando mi culo con embestidas brutales que me hacían gemir como perra en celo. Luego me hicieron doble penetración, llenándome los dos agujeros al mismo tiempo mientras yo temblaba de placer y dolor mezclado. Me voltearon, me levantaron las piernas, me azotaron el culo y las tetas, y siguieron culiándome sin descanso, usándome como una puta barata en mi propia sala.

Sentí cómo se venían dentro de mí varias veces: creampies calientes que inundaban mi cukita y mi culo, con su semen espeso chorreando de mis agujeros mientras seguían empujando. También me pintaron la cara, la boca, las tetas y el vientre con su leche abundante. El Sargento, desde el sillón, se pajeó con furia mirando el espectáculo y se vino en su mano, gruñendo satisfecho.

Al final me dejaron tirada en el sofá, temblando, marcada por completo con semen, la cukita y el culo palpitando de tanto abuso. Sentía su leche escurrirse de mí y recordarme lo mucho que disfruto cuando me tratan como la perra ninfómana que soy. Ese falso allanamiento me dejó exhausta, adolorida y profundamente satisfecha, con la adrenalina y el placer retorciéndose

todavía en mi interior.

Capítulo 4

# Mañanas que duelen rico

## 4.0.1. Mañana después del trío en El Restrepo

Desperté con la cabeza latiendo como si un tambor resonara dentro de mi cráneo, la boca pastosa con un sabor amargo a cerveza barata y algo más salado que reconocí de inmediato como restos de semen seco en mis labios. La habitación del motel en El Restrepo era un desastre de sábanas revueltas, olor a sudor masculino mezclado con el mío propio, y la luz que se filtraba por las cortinas raídas me golpeó directo en los ojos. Eran las once de la mañana, o eso supuse por el calor que ya se colaba. En ese instante me sentí como aquella adolescente que experimentaba por primera vez, solo que ahora con una resaca sexual que me recordaba por qué algunos me llamaban ninfómana. Mi cuerpo, desnudo bajo la sábana fina, dolía en lugares precisos: los muslos abiertos, la cukita hinchada y sensible, el culo con una molestia sorda que hablaba de lo que había pasado la noche anterior.

Todo empezó en ese bar. Los dos venezolanos, altos, de piel morena y acento que se deslizaba como miel espesa, me invitaron tragos sin parar. Yo ya venía con unas cervezas encima y el ánimo de una noche sin planes. Ellos reían, me tocaban el brazo, la cintura, y yo dejaba que el alcohol me soltara. Sabía perfectamente lo que buscaban, y aunque fingí sorpresa cuando propusieron ir a un motel, en el fondo mi cukita ya se humedecía con la idea. No fue abuso; yo era consciente de cada paso. Subí al taxi con ellos, sintiendo sus manos subir por mis piernas bajo la falda, riendo mientras uno me besaba el cuello y el otro me apretaba los senos por encima de la blusa. En el motel, pagaron la habitación sin preguntar, y apenas cerramos la puerta, me empujaron suavemente contra la cama.

Me desvistieron entre los dos, quitándome el jean y el panty con prisa, pero yo levantaba las

caderas para ayudarlos. Uno se arrodilló y empezó a lamer mi cukita, su lengua gruesa recorriendo mis labios hinchados, chupando el clítoris mientras el otro me metía los dedos en la boca. Yo gemía bajito, consciente de que estaba entregada, borracha pero lúcida. Me culiaron por turnos y juntos. Primero uno me penetró profundo, sujetándome las piernas abiertas mientras el otro me chupaba las tetas.

Sentía cada embestida, el sonido húmedo de mi cukita mojada recibiéndolos, y cuando el primero se vino adentro, llenándome con su leche caliente, el placer me recorrió como un rayo. No usaron condón en ningún momento; yo lo sabía y no dije nada, porque la sensación de que me llenaran era exactamente lo que mi cuerpo pedía esa noche. El segundo no tardó en reemplazarlo, dándole a mi cukita ya rebosante, mezclando su semen con el del otro. Me voltearon, me pusieron en cuatro y me culiaron el culo también, uno tras otro, mientras yo apretaba las sábanas y me dejaba llevar por las olas de placer mezcladas con el mareo del aguardiente.

Eyacularon dentro de mí varias veces. Uno se vino en mi cukita mientras el otro me llenaba la boca, y yo tragaba, sintiendo el sabor espeso bajar por mi garganta. En algún momento perdí la cuenta de los orgasmos; mi cuerpo se retorcía, la cukita contrayéndose alrededor de sus vergas, y ellos gruñían al venirse, descargando todo adentro como si yo fuera solo un receptáculo para su deseo. No me sentí abusada; era yo la que abría más las piernas, la que gemía pidiendo más, aunque el alcohol me nublaba un poco los límites. Sabía que eran desconocidos, que me emborracharon a propósito para aprovecharse, pero esa era la adrenalina que me gustaba: el riesgo, la entrega total.

Ahora, en la mañana, la culpa llegaba como una ola lenta. Me incorporé en la cama, sintiendo cómo el semen de la noche anterior se escurría entre mis muslos, manchando las sábanas. Mi cukita palpitaba, irritada pero aún sensible, y al tocarme con los dedos noté lo hinchada que estaba, llena de sus restos. Una parte de mí quería llorar por lo expuesta que me había dejado: una profesora de inglés y francés, soltera, con un diagnóstico de trastorno límite de personalidad que a veces me empujaba a estos abismos, caminando por Bogotá con la reputación de perra que algunos vigilantes ya comentaban. Pero otra parte, la más fuerte, sentía una excitación residual que me mojaba de nuevo. Me gustaba que me usaran así, que me llenaran de creampies calientes, que mi cuerpo fuera el premio de una noche de exceso. La mezcla de culpa y ganas de más era mi combustible.

Me vestí con dificultad, el jean apretándome la cukita sensible, y salí del motel sin mirar atrás. En la calle X el sol me golpeaba, y yo caminaba intentando mantener la línea recta, como

aquella vez con el tapabocas y el vigilante. El sabor en mi boca seguía allí, semen y alcohol, y mi mente creaba imágenes de espermatozoides nadando en mi interior, buscando algo que no encontrarían gracias a la inyección que me aplicaba religiosamente. Llegué a mi apartamento, me duché largo rato, dejando que el agua caliente lavara el exterior pero no lo que sentía adentro. Me masturbé bajo la ducha, recordando cómo me culiaron los dos al mismo tiempo, uno en la cukita y el otro en la boca o en el culo, y me vine con fuerza, gimiendo sola mientras el agua se llevaba parte de la evidencia.

Los días siguientes en el colegio fueron una actuación perfecta. Como profesora, entraba al salón con mi sonrisa profesional, explicando gramática en inglés y francés con la voz clara, mientras debajo de la falda mi cukita aún recordaba las vergas venezolanas. Fingía normalidad total: corregía exámenes, charlaba con colegas, pero en los breaks mi mente volvía al motel. Sentada en mi escritorio, cruzaba las piernas y sentía un leve dolor placentero, la humedad regresando al evocar cómo me emborracharon, cómo me llevaron casi a rastras entre risas y toqueteos, cómo me follaban sin piedad pero con mi plena conciencia. La culpa me pinchaba: ¿qué pensaría mi familia francesa por parte de abuelo si supiera que su Pilar, la colombiana de Bogotá, se dejaba llenar por dos desconocidos en un motel de mala muerte? ¿Y mis alumnos, que me veían como la profe seria y soltera?

Pero esa culpa se convertía rápido en excitación. Por las noches, sola en mi cama, me tocaba pensando en creampies, en cómo me gustaba sentir la leche caliente inundándome, chorreando después. Recordaba sus manos fuertes sujetándome las caderas, penetrándome profundo mientras yo, borracha pero despierta, gemía y pedía más con el cuerpo. No fue abuso porque yo elegí subir, elegí abrirme, elegí dejar que se aprovecharan de mi estado. Era mi forma de vivir el sexo: intenso, sin filtros, con desconocidos que satisfacían esa parte ninfómana que algunos diagnosticaban pero que yo abrazaba.

Una tarde, caminando por los pasillos del colegio, un colega me miró extraño, quizás notando mi distracción. Yo sonreí y seguí, pero por dentro ardía. Quería más. Quería repetir, encontrar otros que me emborracharan y me culiaran hasta dejarme llena. La resaca sexual duró días: sueño irregular, apetito caprichoso, y una sensibilidad en la cukita que hacía que cualquier roce me recordara la noche. En clase de francés, mientras explicaba verbos, mi mente recreaba la escena: yo de rodillas en el motel, chupando una verga mientras la otra me penetraba por detrás, sintiendo cómo se venían adentro casi al mismo tiempo, llenándome hasta desbordar.

Esa experiencia reforzó mi gusto por los creampies. No solo por la sensación física —el calor,

la humedad espesa, el saber que me marcan por dentro—, sino por lo que representaba: entrega total, riesgo controlado por mi deseo, la prueba de que mi cuerpo podía recibir y disfrutar sin límites. Me excitaba la idea de quedar marcada, de llevar su semen durante horas, de sentirlo escurrir mientras fingía ser la Pilar normal en Bogotá. La culpa venía después, como una resaca emocional, pero siempre ganaban las ganas de más. Días después, aún con el cuerpo recuperándose, ya planeaba la siguiente salida. Porque así era yo: consciente de todo, incluso de mis abismos, y dispuesta a sumergirme en ellos una y otra vez.

En el espejo del baño del colegio, ajustándome el cabello, vi mi rostro: ojeras leves, pero ojos brillantes. Sabía que esa noche, en mi apartamento, me tocaría recordando cada detalle, viniéndome con los dedos mientras imaginaba más vergas llenándome. El trío en El Restrepo no fue un error; fue otro capítulo en mi blog de pensamientos libidinosos, una historia de placer crudo donde la línea entre ser aprovechada y aprovechar el momento se borraba en mi humedad. Y aunque la sociedad me juzgara, mi cukita y yo sabíamos la verdad: quería más creampies, más desconocidos, más noches que me dejaran así, exhausta pero viva.

## Despertar después de la fiesta de graduación

Desperté con el cuerpo pesado, la cabeza girando y un dolor sordo entre las piernas que me recordó inmediatamente todo lo que había pasado. Estaba en una habitación desconocida, en una casa en Suba, rodeada de ropa tirada en el suelo: mi vestido negro de la fiesta de graduación, varios boxers y camisetas de ellos. Eran las once de la mañana y el sol entraba fuerte por la ventana. Tenía el sabor espeso de semen en la boca y sentía cómo mi cukita y mi culo todavía palpitaban, llenos y chorreantes de lo que habían dejado dentro durante la noche.

La fiesta de graduación del instituto técnico había empezado como algo inocente. Yo era su profesora de inglés y francés, ellos tenían 18 y 20 años. Habían insistido tanto en que fuera al grado que terminé aceptando. El alcohol corrió sin control. Ellos me servían trago tras trago, me rodeaban, me tocaban "sin querer" la cintura, los muslos, y yo, entre risas y mareo, me dejaba llevar. Sabía perfectamente lo que querían. Eran jóvenes, calientes y yo era la fantasía prohibida que habían tenido durante todo el año: la profe soltera, delgada, de cabello negro largo.

Terminamos en la casa de uno de ellos. Cuatro en total. Apenas cerramos la puerta me empujaron contra el sofá y me quitaron el vestido entre todos. Yo estaba borracha pero consciente, y mi cuerpo respondía con hambre. Abrí las piernas sin que me lo pidieran. Uno se arrodilló y

empezó a lamerme la cukita mientras los otros me chupaban las tetas y me metían los dedos en la boca. Sentía un placer intenso, prohibido, sabiendo que eran mis estudiantes. Me culiaron toda la noche. Uno tras otro, y a veces dos al mismo tiempo. Me llenaron la cukita y el culo de verga joven y dura. Cada vez que uno se venía adentro yo me retorcía de gusto, sintiendo cómo su leche caliente me inundaba. Se venían en la boca, en las tetas y sobre todo dentro, creampie tras creampie. Cumplían su fantasía más sucia: culiarse a la profesora que tanto habían deseado. Y yo disfrutaba cada segundo, gimiendo mientras mi cukita se contraía alrededor de sus vergas y recibía su semen una y otra vez.

Desperté sola en la cama grande, pero no por mucho tiempo. Uno de ellos entró primero. Todavía desnudo, verga ya medio dura. Sin decir nada se subió encima de mí, me abrió las piernas y me penetró de un solo empujón. Mi cukita estaba sensible, hinchada y llena de los restos de la noche, pero eso solo lo excitó más. Me culiaba lento pero profundo, mirándome a los ojos, cumpliendo de nuevo su fantasía de venirse dentro de la profe. Se vino rápido, descargando otra carga caliente que se mezcló con todo lo anterior. Apenas salió, entró el segundo. Me puso en cuatro y me dio con fuerza, agarrándome las caderas, diciendo con la respiración entrecortada lo rico que se sentía mi cukita después de haber sido usada toda la noche. También se vino adentro, empujando profundo para dejarlo todo.

El tercero no tardó. Me hizo sentarme sobre él, cabalgándolo mientras me chupaba las tetas. Mi cuerpo estaba exhausto pero mi cukita seguía mojada, traicionera, recibiéndolo con gusto. Se vino casi al mismo tiempo que yo, un orgasmo débil pero intenso por la resaca. El último quiso mi boca primero. Me arrodillé, aún con el semen de los otros escurríendome por los muslos, y lo chupé hasta que estuvo duro. Luego me puso contra la pared y me culiaba parado, levantándome una pierna. Se vino dentro otra vez, llenándome hasta que sentí que ya no cabía más.

Cuando por fin terminaron, eran casi las dos de la tarde. Me duché rápido en su baño, sintiendo cómo el agua se llevaba solo lo superficial. Mi cukita seguía palpitando, irritada y rebosante. Me vestí con el vestido arrugado de la fiesta y pedí un Uber. Durante el trayecto a casa la culpa empezó a llegar. ¿Qué había hecho? Me había dejado dar por cuatro de mis estudiantes, había dejado que me usaran como su puta personal, que me llenaran de creampies toda la noche y toda la mañana. La profesora seria, la que explicaba gramática con voz clara, había sido la fantasía cumplida de sus alumnos.

Llegué a mi apartamento, me desnudé y me miré en el espejo. Tenía chupones en los senos y en el cuello, los labios de mi cukita rojos e hinchados. Me toqué y sentí cómo todavía salía semen.

Me masturbé pensando en todo, viniéndome con fuerza mientras las lágrimas de culpa y placer se mezclaban. Esa misma semana presenté mi renuncia al instituto. No podía seguir mirándolos a la cara sabiendo lo que había pasado. El miedo a que se supiera, a que circularan rumores o fotos, era demasiado grande. Pero en el fondo sabía que había disfrutado cada segundo: ser la fantasía de esos jóvenes, dejar que me culiaron y me llenaran como querían, recibir sus creampies calientes una y otra vez.

Capítulo 5

# Bordes

## La fiesta donde me usaron como objeto

Llegué a la fiesta en el apartamento de mi amigo en el norte de Bogotá alrededor de las nueve de la noche. Vestía un vestido negro corto, ajustado, que apenas cubría la mitad de mis muslos, sin brasier y con un panty rojo diminuto que ya sabía que no duraría mucho. El lugar estaba lleno: varias parejas bailando pegadas, hombres solos con cervezas en la mano y un ambiente cargado de humo de cigarrillo y música fuerte. En la sala principal habían movido los muebles para crear un espacio abierto.

Empecé bebiendo con mi amigo y sus conocidos. Cerveza tras cerveza, luego aguardiente. Me sentía ligera, risueña, consciente de las miradas que atraía. Tres hombres que conocí esa misma noche se acercaron pronto: Andrés, alto y de brazos fuertes; Camilo, moreno con tatuajes en el cuello; y Sebastián, el más callado pero con una mirada que ya me desnudaba. Bailamos, me tocaron, me besaron el cuello. El alcohol me tenía tomada, casi borracha, pero mi mente seguía clara. Sabía lo que iba a pasar y lo deseaba.

En un momento, alguien propuso un "show". Yo sonreí, me subí a la mesa baja de la sala y dejé que los tres me rodearan. La música bajó un poco y varias personas se acomodaron en los sofás y el piso para mirar. Había al menos quince observadores: parejas excitadas y hombres solos. Yo era el centro. El objeto.

**Observador 1 – La pareja del sofá izquierdo (Carlos, 32 años)**

Desde el sofá, con mi novia sentada en mis piernas, teníamos una vista frontal perfecta. Pilar se subió a la mesa y los tres hombres la rodearon. Primero le quitaron el vestido por la cabeza. Sus

senos pequeños pero firmes quedaron al aire, pezones ya duros. Uno de ellos (Andrés) le bajó el panty rojo lentamente hasta los tobillos. Ella levantó un pie y luego el otro, completamente desnuda. Desde aquí veíamos su cukita depilada, ya brillando de humedad. Camilo se arrodilló frente a ella y empezó a lamerla con lengua ancha. Pilar abrió más las piernas, apoyando una mano en la cabeza de él. Veíamos cómo la lengua entraba entre sus labios, cómo ella echaba la cabeza hacia atrás y gemía. Sebastián le chupaba las tetas con fuerza mientras Andrés le metía dos dedos en la boca. Era una imagen brutal: la profe convertida en puta pública.

**Observador 2 – El hombre solo junto a la ventana (Diego, 28 años)**

Yo estaba de pie junto a la ventana, vista lateral derecha. Desde aquí se apreciaba perfectamente el perfil del cuerpo de Pilar. Sus nalgas redondas y firmes, la curva de su espalda arqueándose mientras Camilo le comía la cukita. Cuando la pusieron en cuatro sobre la mesa, tuve la mejor vista. Andrés se colocó detrás y la penetró de un golpe. Su verga gruesa entraba y salía, brillando con los jugos de ella. Cada embestida hacía que sus tetas se balancearan. Sebastián se puso delante y ella le chupaba la verga con ganas, tragándola casi completa. Se oían los sonidos húmedos: el chapoteo de la cukita siendo culiada y los gemidos ahogados de Pilar con la boca llena. Camilo se masturbaba al lado, esperando su turno. Todos veíamos cómo la leche de Andrés empezaba a escurrir por los muslos de ella cuando se vino adentro por primera vez.

**Observador 3 – La mujer de la pareja del rincón (Laura, 29 años)**

Desde el rincón tenía una vista casi aérea porque estaba un poco más elevada. Pilar parecía completamente entregada. La pusieron de lado sobre la mesa. Camilo le levantó una pierna y la penetró profundo mientras Sebastián le metía la verga en la boca desde arriba. Andrés le pellizcaba los pezones y le metía dedos en el culo. Su cuerpo se movía como una muñeca entre los tres. Podía ver claramente cómo la cukita de Pilar se abría con cada embestida, rosada e hinchada, y cómo su ano se contraía cuando le metían los dedos. Ella se venía una y otra vez; se notaba en cómo le temblaban las piernas y cómo apretaba los dedos de los pies. Cuando Camilo se vino adentro, el semen blanco empezó a salir mezclado con sus propios jugos, chorreando sobre la mesa. Era hipnótico ver a una mujer siendo usada así, como un objeto de placer colectivo.

**Observador 4 – El amigo del anfitrión (Miguel, 35 años)**

Estaba sentado en el piso, casi debajo de la acción. Vista desde abajo. Era la más explícita. Veía las vergas entrando y saliendo de la cukita y de la boca de Pilar. Cuando la levantaron entre los tres y la bajaron sobre Sebastián, que estaba acostado en la mesa, la penetración doble quedó perfecta a mi altura. Una verga en la cukita y otra en el culo al mismo tiempo. Pilar gemía fuerte, consciente pero perdida en el placer. Sus jugos y el semen goteaban directamente hacia donde yo estaba. Andrés le follaba la boca con fuerza. El sonido era obsceno: piel contra piel, gemidos, respiración agitada. Ella se retorcía entre los tres cuerpos, recibiendo todo sin resistencia. Cada vez que uno se venía adentro, otro ocupaba el lugar inmediatamente. Creampies constantes. Su cukita y su culo rebosaban.

**Observador 5 – La chica sola en el sillón (Valentina, 26 años)**

Yo estaba en el sillón de la esquina, con vista frontal y un poco de lado. Lo que más me impactó fue la cara de Pilar. Tenía los ojos entreabiertos, vidriosos por el alcohol pero llenos de deseo. Cuando los tres se vinieron casi al mismo tiempo —uno en su cukita, otro en su culo y el tercero en su boca— ella tembló entera. El semen le escurría por la barbilla, por los muslos, por el ano. La pusieron de nuevo en cuatro y siguieron culiándola por turnos. Cada uno se venía adentro y se retiraba para que el siguiente entrara en esa mezcla caliente. Ella no se resistía; al contrario, empujaba hacia atrás buscando más. Era un objeto sexual vivo, usado sin piedad frente a todos. Y parecía disfrutar cada segundo.

—

Volví a mi propia conciencia entre las embestidas. Estaba tomada, el mundo giraba un poco, pero sentía todo con claridad: las vergas duras abriéndome, el semen caliente llenándome, las manos apretándome las caderas, las miradas de los observadores quemándome la piel. Me usaban como un objeto y eso me excitaba más. Mi cukita estaba tan mojada y llena que cada penetración producía sonidos húmedos que se escuchaban en toda la sala. Perdí la cuenta de cuántas veces se vinieron adentro. Tres, cuatro cargas por cada uno. Mi culo también recibió lo suyo. En un momento me tenían suspendida entre los tres: una verga en cada agujero. Me vine con tanta fuerza que casi me desmayo.

La fiesta continuó a mi alrededor. Algunos observadores se tocaron, otras parejas empezaron a culiar inspirados por el show. Yo seguía siendo el centro. Me bajaron de la mesa y me pusieron de rodillas en el piso. Me rodearon y me usaron la boca, la cara, las tetas. Al final me acostaron en

el sofá y cada uno se despidió viniéndose una vez más dentro de mi cukita ya destruida y rebosante.

Cuando todo terminó, eran casi las cuatro de la mañana. Me ayudaron a limpiarme un poco, pero era imposible. El semen me escurría por las piernas mientras intentaba ponerme el vestido. Tomé un Uber de regreso a mi apartamento. Durante el trayecto sentía cómo seguía chorreando en el asiento. La resaca sexual empezó fuerte al día siguiente: cuerpo adolorido, cukita hinchada y sensible, moretones suaves en las caderas y muslos, sabor a semen todavía en la garganta.

Me miré en el espejo y vi a la Pilar que algunos llaman ninfómana: cabello revuelto, labios hinchados, mirada satisfecha y culpable al mismo tiempo. Disfruté cada segundo. Ser usada como objeto, ser la fantasía de desconocidos, recibir creampies constantes frente a una audiencia… era exactamente lo que mi cuerpo pedía. La culpa llegó después, como siempre, recordándome mi trabajo como profesora, mi familia, mi trastorno límite. Pero la excitación era más fuerte. Esa misma tarde me masturbé recordando las miradas de los cinco observadores principales, imaginando lo que cada uno vio desde su ángulo.

## La noche que me dejé atar en un motel de la 80

Todo empezó en TikTok, como muchas de mis aventuras. Estaba navegando tarde en la noche, después de corregir exámenes de inglés y francés, cuando vi un live de dos militares en uniforme, entrenando. Uno era más alto, piel morena, mandíbula marcada; el otro un poco más bajo pero con brazos fuertes y mirada intensa. Comenté algo provocador en uno de sus lives y ellos respondieron rápido. Empezamos a chatear. Se llamaban Juan y Andrés, ambos de alrededor de 35 años, estacionados en una base fuera de Bogotá pero que venían a la ciudad por unos días. Les conté que era profesora, soltera. Después de varios días de mensajes subidos de tono, fotos y videos donde me mostraban sus vergas duras, acordamos vernos. Yo sabía perfectamente a qué iba.

Quedamos en un bar discreto cerca de la 80. Llegué con un vestido corto rojo, escote pronunciado, sin brasier y un panty negro de encaje. Ellos estaban en ropa civil pero se notaba el porte militar: hombros anchos, corte de cabello impecable. Pedimos cervezas. Una, dos, tres. El alcohol me soltó rápido. Ellos me tocaban las piernas por debajo de la mesa, me susurraban al oído lo que pensaban hacerme. Yo reía, bebía más, consciente de que estaba entregándome. No era la primera vez que me dejaba llevar por desconocidos, pero algo en su forma de mirarme me decía que esta noche sería diferente, más intensa. Después de unas horas, ya bastante tomada

pero lúcida, acepté ir al motel que ellos ya habían reservado en la 80.

El motel era de esos típicos: habitación grande con espejo en el techo, luces tenues rojas, cama king size y cadenas y correas en los cajones que claramente usaban para este tipo de juegos. Apenas cerramos la puerta, el tono cambió. Juan me empujó contra la pared y me besó con fuerza mientras Andrés me subía el vestido y me arrancaba el panty. Me desnudaron entre los dos. Yo estaba mojada, excitada, con el alcohol corriendo por mis venas. Me llevaron a la cama y me ataron. Primero las muñecas a la cabecera con correas de cuero suave pero firmes. Luego las piernas abiertas en forma de V, aseguradas a los postes de la cama. Quedé completamente expuesta, inmovilizada, mi cukita depilada brillando bajo la luz roja. Mi corazón latía fuerte. Sabía que podía pedir que pararan, pero no quería. Quería ser su objeto esa noche.

Empezaron delicado. Juan se arrodilló entre mis piernas y me lamió la cukita con lentitud, pasando la lengua plana por mis labios, chupando el clítoris con suavidad. Andrés me besaba los senos, mordisqueando los pezones hasta ponerlos duros como piedras. Gemía bajito, tirando de las correas. Sentía cada caricia como electricidad. Me vine por primera vez así, suave, ondulando las caderas lo poco que podía. Ellos se rieron. "Esta perra está lista", dijo uno.

Luego vino lo morboso. Me dieron vuelta, poniéndome en cuatro con las muñecas atadas juntas y las piernas aún abiertas. Andrés me penetró la cukita de un golpe, profundo, sin condón. Su verga gruesa me abrió por completo. Juan se puso delante y me metió la suya en la boca. Me culiaban al mismo tiempo, sincronizados. Cada embestida de Andrés me empujaba hacia la verga de Juan. Sentía mi saliva escurrir, mi cukita chapotear. Me venían adentro por turnos. Primero Andrés, descargando una carga caliente que sentí inundarme. Luego Juan, sacándola de mi boca y metiéndomela en la cukita para venirse también. El semen se mezclaba, chorreaba por mis muslos. Me gustaba la sensación de estar llena, marcada

Pero querían más. Salvaje. Me desataron las piernas solo para voltearme y atarme de nuevo, esta vez con las rodillas flexionadas y los tobillos cerca de las muñecas, en una posición fetal abierta. Mi culo y mi cukita completamente expuestos. Usaron un lubricante y empezaron a jugar con mi ano. Primero dedos, luego la verga de Juan. Me dolió al principio, pero el placer llegó rápido. Me culiaba el culo con fuerza mientras Andrés me metía los dedos en la cukita. Me vine tan fuerte que tiré de las correas y grité. Ellos no paraban. Me azotaban las nalgas, me apretaban el cuello, me llamaban puta, profesora caliente, ninfómana. Yo respondía contrayendo mi cukita y mi culo alrededor de ellos. Era salvaje, animal. Me sentía usada y eso me excitaba más.

En ese momento, mientras Andrés me daba por el el culo con embestidas profundas y Juan me tenía de la garganta, sacaron el teléfono. "Vamos a mostrarles a los muchachos lo que tenemos", dijo Juan. Iniciaron una videollamada grupal en Telegram. Eran como 12 amigos suyos, también militares. La cámara enfocó mi cara primero, luego bajó. Me veían atada, con la verga de Andrés entrando y saliendo de mi culo, mi cukita hinchada y goteando semen. Escuchaba sus voces a través del altavoz: "Qué rica puta", "Mírenle esa cukita llena", "Dale más duro". Me excitaba saber que me observaban. Juan le pasó el teléfono a Andrés y se puso frente a mí, metiéndome la verga en la boca mientras me grababan chupando.

La videollamada duró casi media hora. Ellos comentaban, pedían ángulos. "Abre más las piernas". Andrés se vino en mi culo y sacó la verga para que la cámara viera cómo el semen blanco salía de mi ano contraído. Luego me desataron parcialmente y me pusieron de rodillas en la cama, con las manos atadas a la espalda. Me follaban la boca entre los dos, turnándose, mientras los del grupo veían. Se venian en la cara, por las tetas. Uno de los del chat pidió que me azotaran más fuerte. Lo hicieron. Mis nalgas ardían. Luego me ataron de nuevo en la cama, abierta, y continuaron culiándome la cukita. Cada uno se vino dos veces más adentro. Sentía mi vientre lleno, el semen rebosando con cada movimiento.

La noche fue larga. Me desataron solo para cambiar posiciones. En un momento me tuvieron suspendida con correas más complejas, como un arnés, colgando ligeramente. Me penetraban en el aire, uno en la cukita y otro en la boca. Me daban nalgadas, me pellizcaban, me escupían. Había momentos abusivos: me apretaban la garganta hasta que veía estrellas, me halaban el cabello con fuerza, me insultaban de formas que me hacían mojar más. Pero siempre consciente. Yo gemía pidiendo más, tirando de las ataduras para sentirme más sometida. Disfrutaba el límite, el borde entre placer y dolor.

Después de la videollamada siguieron jugando. Me untaron aceite en todo el cuerpo y me masajearon, pero pronto volvieron a lo salvaje. Me ataron boca abajo, con almohadas bajo la cadera para levantar mi culo. Me culiaron alternando agujeros. Uno en la cukita, el otro en el culo, y luego cambiaban. Perdí la cuenta de los creampies. Mi cuerpo era un desastre de semen, sudor y jugos. Me vine incontables veces, hasta que mi voz se puso ronca.

Al amanecer, me desataron. Me dolían las muñecas, los tobillos, la cukita y el culo. Estaba exhausta, tomada aún por el alcohol y el sexo. Ellos me ayudaron a ducharme, pero incluso ahí me tocaron más. Me vine una última vez con sus dedos mientras el agua caía. Salí del motel con

las piernas temblando, el vestido arrugado, semen todavía escurríéndome por las piernas a pesar de la ducha. En el taxi de regreso a casa la resaca me golpeó fuerte: náuseas, dolor de cabeza, pero sobre todo el cuerpo adolorido y la cukita palpitando.

## Ex convicto

Me contactó por mis redes sociales una tarde cualquiera, mientras revisaba mensajes en mi teléfono sentada en la sala de mi apartamento. Su perfil era directo, sin rodeos: fotos de un hombre con tatuajes visibles en los brazos, mirada intensa y un aire de quien ha vivido cosas pesadas. Decía llamarse Andrés, exconvicto reciente, y que había encontrado mi blog por casualidad. Le gustaban mis relatos, especialmente esos donde describo cómo me entrego sin filtros, cómo disfruto que me usen y me llenen. Me escribió con franqueza, confesando que buscaba algo real, sin juegos de palabras bonitas, solo el deseo crudo de encontrarse con una mujer como yo. Algo en su mensaje me llamó la atención: esa honestidad brusca, la promesa implícita de intensidad. Respondí. Charlemos un rato por chat, y terminamos acordando vernos esa misma tarde para un café en un lugar discreto cerca de la calle 45.

Llegué al café con ese nerviosismo familiar que me recorre el cuerpo cuando sé que algo puede escalar rápido. Vestía jeans ajustados que marcaban mis caderas, una blusa ligera que dejaba ver el contorno de mis senos pequeños y tacones que hacían que mis pasos resonaran con confianza. Él ya estaba allí, sentado en una mesa del fondo. Era más alto de lo que imaginaba, corpulento, con esa musculatura forjada en años de encierro, los tatuajes asomando por el cuello de su camisa. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo sin disimulo, deteniéndose en mi boca, en mis piernas, en el movimiento de mis caderas al caminar. Nos sentamos. El café transcurrió en una conversación cargada de miradas y silencios elocuentes. Habló poco de su pasado, pero suficiente para que yo sintiera el peso de su energía contenida, esa agresividad latente que no intentaba ocultar. Yo, por mi parte, cruzaba las piernas bajo la mesa, sintiendo ya cómo mi cukita empezaba a humedecerse solo con imaginar qué vendría después. El aire entre nosotros se cargaba de electricidad. No pasó mucho tiempo antes de que propusiera, con esa voz grave, que fuéramos a un motel cercano. Acepté sin pensarlo dos veces. Mi cuerpo ya pedía acción.

Salimos del café y caminamos unas cuadras. Su mano grande se posó en mi cintura, firme, posesiva, guiándome. Sentía el calor de su palma a través de la blusa. En el motel, pagó la habitación sin dudar. Apenas cerró la puerta detrás de nosotros, la atmósfera cambió por completo. Ya no había café ni charla ligera. Andrés me empujó contra la pared con fuerza controlada pero

decidida. Sus manos grandes bajaron por mis costados, apretando mis nalgas, subiendo hasta mis senos. Me besó el cuello con urgencia, mordiendo ligeramente la piel, mientras yo cerraba los ojos y dejaba que mi respiración se acelerara. Me quitó la blusa con un tirón, dejando mis senos al descubierto. Sus dedos pellizcaron mis pezones con rudeza, enviando ondas de placer mezclado con ese filo de dolor que tanto me excita. Caí de rodillas casi por instinto, bajándole el pantalón. Su verga ya estaba dura, gruesa, venosa, palpitando frente a mi cara. La tomé en mi boca con ganas, sintiendo cómo llenaba mi garganta, cómo él empujaba sus caderas hacia adelante, follándome la boca con esa agresividad que prometía más.

No duró mucho en ese preludio. Me levantó del suelo como si no pesara nada, me cargó hasta la cama y me tiró sobre ella. Me quitó el jean y el panty de un solo movimiento, abriéndome las piernas con brusquedad. Su mirada se clavó en mi cukita depilada, ya mojada y reluciente. Bajó la cabeza y me devoró con la lengua, lamiendo mi clítoris con hambre, metiendo dos dedos gruesos dentro de mí, curvándolos para tocar ese punto que me hace retorcerme. Gemí fuerte, arqueando la espalda, sintiendo cómo mi primer orgasmo se acercaba rápido. Me vine en su boca, temblando, inundándolo con mis jugos. Pero él no se detuvo. Se incorporó, se posicionó entre mis piernas y me penetró de un solo empujón profundo. Su verga me abrió por completo, llenándome hasta el fondo. Empezó a culiarme con fuerza, embestidas largas y brutales que hacían que la cama crujiera. Sus manos subieron a mi cuello. Al principio fue presión ligera, probando. Luego apretó más, cortándome la respiración justo lo suficiente para que el placer se intensificara, para que mi cukita se contrajera alrededor de su verga. Me miraba a los ojos mientras lo hacía, disfrutando el control, el poder de verme vulnerable y entregada.

Sentía cada centímetro de él dentro de mí, golpeando profundo, rozando mi cervix. Mis piernas se envolvieron alrededor de su cintura, atrayéndolo más. Me ahogaba con maestría, soltando justo cuando el mareo empezaba a nublar mi visión, permitiéndome respirar jadeante antes de apretar de nuevo. Era agresivo, pero preciso, como si supiera exactamente cómo llevarme al límite sin romperme. Me vine por segunda vez así, con su mano en mi garganta y su verga enterrada en mi cukita. Mis paredes internas lo apretaron fuerte, ordeñándolo. Él gruñó, acelerando el ritmo, dandome con más violencia. Entonces, sin sacarla, se vino dentro de mí. Sentí los chorros calientes de su semen inundando mi interior, llenándome por completo. Ese primer creampie me excitó de una forma profunda, sabiendo que era un exconvicto, un hombre que había estado privado tanto tiempo, descargándose en mi cukita como si fuera suya.

No me dio tregua. Apenas se recuperó un poco, me dio la vuelta y me puso en cuatro. Mi cara contra las sábanas, el culo levantado para él. Me penetró de nuevo desde atrás, más profundo

aún en esta posición. Sus manos agarraron mis caderas con fuerza, dejando marcas rojas en mi piel blanca. Culiaba con ritmo salvaje, sus bolas golpeando contra mí. Una de sus manos volvió a mi cuello, tirando de mi cabello al mismo tiempo, arqueándome hacia atrás. El placer era abrumador. Sentía su verga hinchada dentro, rozando todos mis puntos sensibles. Me ahogaba otra vez, más intenso ahora, y yo me perdía en esa sensación de sumisión total. Mi cuerpo respondía por instinto, empujando hacia atrás para recibir cada embestida. Me vine por tercera vez, gritando contra la almohada, mi cukita pulsando alrededor de él, extrayendo más placer de su grosor.

Cambiamos de posición varias veces esa tarde. Me sentó en su regazo, y me hizo rebotar sobre su verga mientras sus manos apretaban mi cuello y mis tetas. Me dio contra la pared del baño, con el agua de la ducha cayendo sobre nosotros, ahogándome mientras entraba y salía con furia. En cada round, su agresividad crecía. Disfrutaba claramente el control sobre mi respiración, viendo cómo mis ojos se ponían vidriosos de placer, cómo mi cukita se mojaba más con cada restricción. Y siempre terminaba viniéndose adentro. El segundo creampie fue aún más abundante; me tenía boca arriba, piernas sobre sus hombros, penetrándome con profundidad brutal. Apretó mi cuello fuerte mientras eyaculaba, llenándome tanto que sentía cómo su semen empezaba a escurrir por mis muslos cuando se retiraba un poco.

Perdí la cuenta de los orgasmos. Mi cuerpo estaba exhausto, cubierto de sudor, marcas de sus manos en mi cuello y caderas, pero mi mente flotaba en esa euforia post-sexo que tanto busco. Reflexionaba mientras él descansaba a mi lado un momento: me gusta el peligro controlado, esa agresividad que me hace sentir viva y deseada de forma primitiva. Los creampies son parte esencial de eso. Sentir cómo se vienen dentro, cómo su leche caliente me llena, cómo gotea después recordándome que me usaron completamente, es algo que me excita en lo más profundo. No es solo el acto físico; es la entrega total, la confianza en dejar que me marquen por dentro, especialmente con alguien como Andrés, cuya historia de privación hacía que cada descarga se sintiera cargada de hambre acumulada.

Volvimos a culiar una vez más antes de irnos. Esta vez más lento pero igual de intenso. Me tenía de lado, una pierna levantada, penetrándome mientras su mano rodeaba mi cuello desde atrás. Susurraba cerca de mi oído lo apretada y mojada que estaba mi cukita, cómo le gustaba ahogarme mientras me llenaba. Me vine otra vez, temblando entera, y él me siguió, eyaculando profundo por tercera o cuarta vez esa tarde. Cuando salimos del motel, caminaba con las piernas débiles, sintiendo su semen escurrir dentro de mi panty. En el taxi de regreso, sonreía para mí misma. Ese encuentro había sido exactamente lo que necesitaba: crudo, agresivo, lleno de creampies que me recordaban por qué disfruto tanto esta práctica.

Después de ese día, nos vimos un par de veces más en las semanas siguientes. Siempre empezaba similar: un mensaje directo, un encuentro rápido que terminaba en motel. Él sabía cómo llevarme al límite, combinando fuerza bruta con momentos de control preciso en mi cuello. Una vez me tuvo atada ligeramente con su cinturón, ahogándome mientras me daba en misionero, viniéndose dos veces seguidas sin salir, llenándome hasta rebosar. Sentía cómo mi cukita se convertía en un desastre cremoso, su semen mezclándose con mis jugos, goteando cada vez que cambiábamos de posición. Me excitaba mirarme después en el espejo del motel: el cuello enrojecido, los ojos brillantes, la entrepierna brillante de sus descargas.

En una de esas ocasiones posteriores, me tuvo contra la ventana del motel, con la ciudad de Bogotá de fondo. Me penetraba por detrás, una mano en mi cuello, la otra en mi clítoris, obligándome a venirme mientras me ahogaba. Cuando se vino, empujó profundo y se quedó allí, pulsando, inundándome otra vez. Sentí cada chorro, caliente y espeso, y eso me llevó a otro orgasmo. Me encanta esa sensación de plenitud interna, de llevar parte de él conmigo cuando salgo. Es adictivo, como una droga que calma mi inquietud interna por un rato.

Me contactó de nuevo Andrés unas semanas después de nuestro primer encuentro. Su mensaje era directo, como siempre: quería verme esa misma tarde. Sentí esa familiar punzada de excitación en la cukita solo de leerlo. Quedamos en un motel discreto, uno de esos lugares que ya conocía bien por mis aventuras. Llegué con un vestido ligero que se me pegaba al cuerpo, sin panty debajo, anticipando lo que vendría. Él ya estaba en la habitación cuando entré. Su presencia llenaba el espacio, corpulento, tatuado, con esa mirada hambrienta que me recorría entera sin disimulo. Apenas cerré la puerta, me empujó contra ella y empezó a besarme el cuello con fuerza, mordiendo la piel mientras sus manos grandes apretaban mis nalgas.

Me quitó el vestido de un tirón, dejándome completamente desnuda. Me tiró sobre la cama y se desnudó rápido, su verga ya dura y gruesa apuntando hacia mí. Esa tarde trajo lubricante anal, lo sacó de su bolsillo y lo dejó sobre la mesita de noche con una sonrisa oscura. Pero primero jugó conmigo de otra forma que claramente le fascinaba. Se posicionó encima, sujetándome las muñecas con una mano, y empezó a escupirme. Su saliva caía caliente sobre mis tetas, sobre mi cara, y especialmente en mi boca abierta. Me ordenaba con la mirada que la recibiera, y yo la tragaba sintiendo cómo esa humillación cruda me mojaba la cukita al instante. Escupía profundo en mi boca mientras me miraba a los ojos, y yo gemía bajito, excitada por su dominación.

Me abrió las piernas y me culió primero con embestidas fuertes, pero no tardó en pasar

al anal. Me puso en cuatro sobre la cama, el culo levantado para él. Aplicó generosamente el lubricante en mi culo y en su verga, masajeando con los dedos gruesos para abrirme. Escupió directamente en mi culo abierto, su saliva mezclándose con el lubricante, y empujó su verga gruesa contra mi entrada trasera. Entró lento al principio, pero una vez dentro empezó a culiarme el culo con ritmo creciente. Sus nalgadas eran brutales, sonando fuerte contra mi piel blanca, dejando marcas rojas que ardían deliciosamente. Cada golpe hacía que mi culo se contrajera alrededor de su verga, intensificando el placer mezclado con dolor.

Mientras me daba anal profundo, una de sus manos grandes rodeaba mi cuello, ahogándome con esa presión experta que ya conocía. Apretaba justo lo suficiente para nublarme la visión un poco, soltando cuando mi cuerpo temblaba al borde, y luego volvía a presionar. Escupía de nuevo en mi culo abierto cada vez que salía casi por completo, viendo cómo mi agujero se dilataba para él, y escupía también en mi boca cuando giraba mi cabeza hacia un lado. Me sentía completamente usada, mi cuerpo entregado a su agresividad. Culiaba mi culo con fuerza, sus bolas golpeando contra mi cukita mojada, mientras las nalgadas seguían cayendo una tras otra, fuertes, resonantes, haciendo que mi piel ardiera.

Me vine así por primera vez esa tarde, con su verga enterrada en mi culo, su mano ahogándome y su saliva escurriendo por mi cara. El orgasmo fue intenso, mi cuerpo convulsionando, apretando su grosor dentro de mí. Él no paró. Me dio la vuelta, me puso boca arriba con las piernas sobre sus hombros y volvió a penetrar mi culo, más profundo en esta posición. Escupía en mi boca abierta mientras me follaba el culo con embestidas brutales, ahogándome con la otra mano. Sus nalgadas ahora caían en mis tetas y muslos cuando cambiaba el ritmo, marcándome por todos lados. Sentía cómo mi culo se abría más para él, lubricado por su saliva y el gel, recibiendo cada centímetro con lujuria.

Cambiamos de posición varias veces esa larga tarde. Me sentó en su regazo, de espaldas a él, y me hizo rebotar sobre su verga en mi culo mientras escupía en mi cuello y bajaba la saliva por mi espalda. Su mano nunca dejaba mi cuello por mucho tiempo, apretando en el momento justo para intensificar todo. Me ponía en cuatro de nuevo, escupía abundantemente en mi culo abierto, lo veía dilatarse y entraba con fuerza, nalgueándome tan fuerte que las lágrimas de placer me corrían por las mejillas. Me vine otra vez, y luego una tercera, cada orgasmo más profundo, mi cuerpo exhausto pero mi cukita chorreando de excitación incluso sin tocarla.

Andrés disfrutaba especialmente escupiéndome mientras me ahogaba. Su saliva en mi boca, en mi cara, en mi culo abierto era parte de su dominación, y a mí me encantaba esa degradación

que me hacía sentir tan deseada y sucia al mismo tiempo. Pasó horas así, alternando entre mi culo y mi cukita, pero dedicando la mayor parte del tiempo a culiarme anal con esa intensidad salvaje. Se venía adentro de mi culo en creampies calientes y abundantes, llenándome por dentro, y luego seguía dandome sin sacarla del todo, mezclando su semen con más lubricante y saliva. Sentía cómo escurría de mi culo cada vez que cambiábamos, goteando por mis muslos, recordándome cuánto me había usado.

En uno de los momentos más intensos, me tenía boca abajo, aplastada contra la cama, su cuerpo cubriendo el mío por completo. Penetraba mi culo con embestidas cortas y brutales, ahogándome con el antebrazo alrededor de mi cuello, escupiendo en mi oreja y en mi boca entreabierta. Sus nalgadas eran tan fuertes que mi culo entero ardía, pero ese ardor solo me llevaba a otro orgasmo. Me vine gritando ahogado contra las sábanas, mi cuerpo temblando debajo de él. Él se vino poco después, descargando otro chorro espeso en lo profundo de mi culo.

La tarde se extendió en una sucesión de placeres crudos. Mi cuerpo quedó marcado: nalgas rojas e hinchadas de las nalgadas, cuello sensible por sus manos, cara y tetas brillantes de su saliva. Mi culo palpitaba, lleno de su semen y lubricante, abierto y usado. Cuando finalmente nos separamos, caminaba con dificultad, sintiendo cada creampie anal escurrir dentro de mí. Esa sesión reforzó lo que ya sabía de mí: disfruto profundamente estas prácticas intensas, el ahogamiento que me lleva al límite, las nalgadas fuertes que marcan mi piel, y especialmente ser escupida como señal de posesión. Con Andrés, el exconvicto, todo se sentía más primal, más real. Su agresividad y el uso constante de mi culo esa tarde me dejaron exhausta pero satisfecha, con la mente llena de imágenes para mi blog y el cuerpo recordando su dominio durante días.

Me contactó Andrés otra vez esa misma semana, su mensaje fue corto y directo como siempre. Quedamos en vernos en el mismo motel, pero cuando llegué a la habitación ya había alguien más con él. Un amigo suyo, un tipo corpulento y tatuado como Andrés, de mirada igual de hambrienta y presencia pesada. Andrés me explicó con una sonrisa oscura que había invitado a su amigo para compartir la tarde. Sentí una mezcla de nervios y excitación intensa recorriéndome el cuerpo, mi cukita se humedeció al instante solo de imaginar lo que vendría. Cerré la puerta y me entregué sin resistirme.

Los dos me rodearon apenas entré. Sus manos grandes empezaron a recorrer mi cuerpo sin prisa al principio, quitándome el vestido con tirones firmes. Me dejaron completamente desnuda en medio de la habitación, expuesta para ellos. Andrés me empujó hacia la cama mientras su

amigo me sujetaba los brazos por detrás. Me tiraron sobre el colchón y comenzaron a jugar con mi cuerpo. Sus bocas y manos exploraban todo: pellizcaban mis pezones con rudeza, mordían mis tetas y mi cuello, bajaban por mi vientre hasta abrirme las piernas. Uno de ellos, no recuerdo si Andrés o su amigo, escupió directamente en mi cukita ya mojada mientras el otro me metía dos dedos gruesos, abriéndome, preparándome.

Me pusieron en cuatro primero. Andrés se colocó frente a mí, sujetándome la cabeza y metiendo su verga gruesa en mi boca, follándome la garganta con embestidas profundas. Al mismo tiempo, su amigo se posicionó detrás, aplicó lubricante rápido y empujó su verga en mi culo. Me penetraron los dos al mismo tiempo, sincronizando sus movimientos, llenándome por ambos lados. Sus manos no tardaron en subir a mi cuello. Andrés apretaba mi garganta mientras yo chupaba su verga, cortándome la respiración justo lo suficiente para que mi cabeza diera vueltas de placer. Su amigo me ahogaba desde atrás con una mano grande alrededor de mi cuello, tirando de mí hacia sus embestidas brutales en el culo. Las nalgadas caían fuertes y constantes, resonando en la habitación, marcando mi piel blanca con huellas rojas ardientes.

Me vine por primera vez así, con las dos vergas dentro de mí y las manos de ambos apretando mi cuello. Mi cuerpo tembló entero, mi cukita chorreando aunque nadie la estaba tocando en ese momento, apretando el vacío mientras mi culo se contraía alrededor de la verga que me abría sin piedad. Ellos no se detuvieron. Me dieron la vuelta y me pusieron boca arriba, con la cabeza colgando del borde de la cama. Uno me penetró la cukita con fuerza mientras el otro me follaba la boca, ahogándome con su verga gruesa. Sus manos alternaban en mi cuello, apretando y soltando, disfrutando cómo mis ojos se ponían vidriosos y cómo mi cuerpo se arqueaba buscando más.

Cambiamos de posiciones constantemente esa tarde. Me sentaron en el regazo de uno, de espaldas, mientras me penetraba el culo profundo y el otro me abría las piernas para culiar mi cukita con embestidas violentas. Siempre había al menos una mano rodeando mi cuello, ahogándome, controlando mi respiración mientras me usaban. Sentía sus vergas gruesas alternándose, saliendo de mi culo para entrar en mi cukita y viceversa, lubricadas por mis jugos y sus escupitajos. Me escupían en la cara, en la boca abierta, en la cukita y en el culo cada vez que cambiaban de agujero, marcándome con su saliva mientras me penetraban con más fuerza.

Me vine varias veces más, perdiendo la cuenta entre orgasmos intensos que me dejaban temblando y exhausta. Uno de ellos me tenía en misionero, con embestidas brutales mientras el otro me ahogaba desde arriba y me metía su verga en la boca. Sentía cómo mi cuerpo les pertenecía completamente, usado, penetrado y ahogado por los dos. Andrés y su amigo se turnaban para

venirse adentro de mí. Primero uno se descargó profundo en mi culo, llenándome con chorros calientes de semen. Luego el otro me penetró la cukita y se vino también, inundándome por dentro. Los creampies se mezclaban, escurrían de mi cukita y de mi culo cada vez que cambiaban de posición, dejando las sábanas empapadas.

En uno de los momentos más intensos me pusieron entre los dos, de pie, sostenida por sus cuerpos fuertes. Uno me penetraba el culo desde atrás mientras el otro la cukita de frente, ambos con las manos en mi cuello, ahogándome al mismo tiempo. Mis pies apenas tocaban el suelo. Me vine así, suspendida entre ellos, mi cuerpo convulsionando mientras me llenaban con sus vergas y me cortaban la respiración. Sus gemidos graves llenaban la habitación mientras aceleraban el ritmo, penetrándome con fuerza salvaje hasta que se vinieron casi al mismo tiempo, descargando más semen caliente dentro de mí.

La tarde se extendió en una sucesión de penetraciones brutales y ahogamientos controlados. Jugaban con mi cuerpo como si fuera un juguete diseñado para su placer: me levantaban, me giraban, me abrían las piernas al máximo, me nalgueaban fuerte mientras me daban, escupían en mi boca y en mis agujeros abiertos. Mi cuello quedó sensible y enrojecido por sus manos, mis nalgas ardían de las nalgadas constantes, mi cukita y mi culo palpitaban hinchados y llenos de sus creampies. Sentía el semen de ambos escurrir por mis muslos cuando finalmente me dejaron descansar un momento sobre la cama, exhausta pero profundamente satisfecha.

## La bruja blanca del norte

Llegué al pueblo buscando ese trabajo político que me caía como anillo al dedo. Económicamente era una bendición, y aunque el calor era un infierno que pegaba fuerte desde el mediodía hasta bien entrada la noche, decidí instalarme en una casa a las afueras, algo alejada del centro, rodeada de monte y silencio. El aislamiento me gustaba; me daba la libertad que necesitaba para ser yo sin miradas constantes.

Esa tarde el sol aún quemaba cuando caminé hasta la plaza central. El aire estaba pesado, cargado de humedad, y mi vestido ligero se pegaba a mi piel sudorosa. Allí lo vi: un muchacho de veintiún años, alto, de piel morena por el sol del campo, con ese cuerpo firme de quien trabaja duro y tiene la energía de la juventud desbordada. Nos cruzamos miradas y empezamos a hablar. La conversación subió de tono rápido, sus ojos recorrían mi escote y mis piernas sin disimulo, y yo sentía cómo mi cukita se humedecía con solo imaginar lo que podía pasar.

Sin rodeos, lo invité a mi casa. Caminamos juntos bajo ese calor infernal, el sudor corriéndonos por la espalda, y apenas cerré la puerta detrás de nosotros ya estaba sobre mí. Me besó con hambre, sus manos fuertes apretando mis tetas por encima de la tela mientras yo le quitaba la camisa. Lo llevé directo al cuarto, caí en la cama y abrí las piernas sin pensarlo dos veces.

Él se desnudó con prisa, su verga joven y dura apuntándome. Me quitó el vestido y el panty de un tirón, y sin más preámbulos hundió su cara entre mis muslos. Su lengua exploró mi cukita mojada, lamiendo con ganas mientras yo me retorcía de placer bajo ese calor que hacía todo más intenso. Mis jugos le cubrían la boca y yo gemía bajito, sintiendo cómo mi cuerpo se preparaba.

Cuando ya no aguantó más, se subió encima de mí. Me penetró de un solo empujón, llenándome por completo. Culiaba con fuerza, con esa resistencia de los veinte que no se cansa fácil. Mis paredes apretaban su verga a cada embestida, y el sudor de nuestros cuerpos se mezclaba mientras el calor del pueblo entraba por la ventana abierta. Lo sentía profundo, golpeando justo donde más me gustaba, y no tardé en venirme por primera vez, mi cukita contrayéndose alrededor de él.

Siguió culiando sin parar, cambiando de ritmo, a veces lento y profundo, otras rápido y salvaje. Me puso en cuatro y me agarró de las caderas, entrando con más fuerza todavía. Mi culo se movía contra él y yo solo podía disfrutar cada sensación. Cuando sintió que estaba cerca, aceleró y se vino adentro, descargando todo su semen caliente en mi cukita. Sentí cómo me llenaba, ese calor líquido que tanto me excita, y me vine otra vez con él, temblando.

No se salió enseguida. Se quedó dentro un rato, moviéndose suave mientras su leche se mezclaba con mis jugos. Me encantó sentirlo así, lleno, completo. Esa fue solo la primera vez esa tarde; repetimos un par de rondas más antes de que se fuera, siempre terminando con creampie, mi cukita rebosando de su semen joven.

**La puta del pueblo - En el rio**

El calor del pueblo era un infierno constante, y después de varios días de trabajo decidí escaparme sola al río que pasaba cerca de mi casa apartada. El agua corría fresca entre las piedras y los árboles, un alivio perfecto para ese sol que quemaba la piel. Caminé hasta un tramo más escondido, donde la vegetación me daba algo de privacidad, y sin pensarlo dos veces me quité toda la ropa. Quedé completamente desnuda bajo el sol, sintiendo el aire caliente sobre mis tetas y mi cukita.

Me metí al agua poco a poco, disfrutando cómo el río me cubría el cuerpo. El contraste entre el calor del ambiente y la frescura del agua me excitaba sin querer. Empecé a lavarme, pasando las manos por mis senos, bajando por mi vientre hasta mi cukita, que ya estaba húmeda más por el deseo que por el agua. Fue entonces cuando sentí una mirada. Me giré despacio y lo vi: un muchacho de diecinueve años, escondido entre los arbustos, observándome con los ojos muy abiertos. Era joven, delgado pero fuerte, de piel bronceada por el trabajo al aire libre, y su expresión era pura mezcla de sorpresa y hambre.

No me cubrí. En lugar de eso, lo miré directamente y seguí tocándome, abriendo un poco más las piernas dentro del agua para que pudiera verme bien. Eso fue suficiente. Salió de su escondite, se acercó con pasos nerviosos pero decididos y se quitó la ropa a toda prisa. Su verga ya estaba dura, joven y palpitante, apuntando hacia mí.

Entró al río y me tomó entre sus brazos. Nos besamos con urgencia mientras el agua nos rodeaba. Sus manos recorrieron mi cuerpo con curiosidad y deseo, apretando mis tetas, bajando hasta mi culo y metiendo los dedos en mi cukita mojada. Yo respondí tocándole la verga, masturbándolo suavemente bajo el agua. El placer era intenso, el río hacía todo más resbaladizo y natural.

Me levantó un poco, apoyando mi espalda contra una piedra grande en el borde, y me penetró de pie. Su verga entró fácil en mi cukita caliente, llenándome por completo. Culiaba con ganas, empujando profundo mientras el agua salpicaba alrededor de nosotros. Cada embestida me hacía gemir, mis paredes apretándolo fuerte, sintiendo cómo me estiraba de la mejor manera. Me vine por primera vez así, temblando contra su cuerpo, mi cukita contrayéndose alrededor de él.

No paramos. Me sacó del agua y me acostó en la orilla, sobre la hierba tibia. Se puso encima y siguió culiando con más fuerza, mirándome a los ojos mientras entraba y salía. Sus movimientos eran rítmicos y profundos, a veces lentos para disfrutar cada centímetro, otras rápidas y salvajes. Me dio la vuelta, me puso en cuatro y me penetró desde atrás, agarrándome de las caderas. El sol caía sobre mi espalda y su verga golpeaba justo donde más me gustaba. Me vine otra vez, más intenso, mojando su verga con mis jugos.

Cuando sintió que no aguantaba más, aceleró y se vino adentro, descargando todo su semen caliente en mi cukita. Sentí cada chorro llenándome, ese calor que tanto me gusta, y me vine con él una vez más, temblando de placer. Se quedó dentro un rato, moviéndose suave, dejando

que su leche se mezclara con mis jugos mientras el río seguía corriendo a nuestro lado.

**La puta del pueblo - semanas después**

En las semanas siguientes seguí culiando con esos dos muchachos de manera constante. El de veintiún años y el de diecinueve años se convirtieron en visitas frecuentes a mi casa apartada, ya fuera en las tardes calurosas cuando el sol aún quemaba fuerte o en las noches cuando el calor del pueblo seguía pegando sin piedad. Al principio eran encuentros rápidos y llenos de curiosidad, pero poco a poco todo se fue volviendo más intenso, más salvaje, como si mi cukita los volviera adictos y ellos a mí.

Con el de veintiún años empezamos a vernos casi todas las tardes. Llegaba sudoroso del trabajo, entraba directo a mi cuarto y me encontraba esperando desnuda. Al principio me penetraba rápido, pero con el paso de los días se volvía más dominante. Me cargaba contra la pared, me abría las piernas y me culiaba de pie con embestidas profundas y fuertes, sudando juntos bajo ese calor infernal. Me gustaba sentir su verga gruesa abriéndome por completo, golpeando fondo mientras yo me venía apretando su verga con mi cukita. Siempre terminaba viniéndose adentro, llenándome de su semen caliente. Con el tiempo empezó a durar más, me ponía en cuatro sobre la cama, me agarraba fuerte del pelo y me culiaba como un animal, tan intenso que yo gritaba de placer y me venía varias veces antes de que él descargara todo dentro de mí. Sentir su leche espesa saliendo a chorros en mi cukita se volvió mi parte favorita; salía de mí goteando por mis muslos mientras él recuperaba el aliento.

El de diecinueve años prefería las noches. Llegaba más tímido al comienzo, pero pronto se soltó. Una noche me encontró ya mojada y ansiosa. Me comió la cukita con hambre en la sala, lamiendo y chupando mi clítoris hasta que me vine en su boca. Luego me llevó a la cama y me culió lento pero profundo, disfrutando cada centímetro. Con cada encuentro se volvía más atrevido: me daba en la mesa de la cocina, me ponía contra la ventana abierta para que el aire caliente del pueblo entrara mientras su verga entraba y salía de mí sin parar. Empezó a experimentar más, me levantaba las piernas sobre sus hombros y me penetraba tan fuerte que la cama golpeaba la pared. Me vine con tanta intensidad que sentía que mi cuerpo entero temblaba. Y siempre, sin excepción, se venía adentro. Me encantaba quedarme después con su semen escurriendo de mi cukita, sintiendo esa calidez que me dejaba satisfecha y con ganas de más.

En las semanas siguientes el calor del pueblo seguía siendo un infierno, pero mis ganas de culiar solo crecían. Empecé a frecuentar más el centro por las noches y allí conocí al dueño de la

única discoteca del pueblo. Era un hombre maduro, de unos cuarenta y cinco años, fuerte, de piel morena y manos grandes que transmitían autoridad. Tenía fama de ser serio en los negocios, pero cuando me vio entrar a su local con un vestido corto y ajustado que apenas cubría mis muslos, sus ojos se clavaron en mí con deseo descarado.

Una noche, después de varias cervezas y miradas cargadas, me llevó a la parte de atrás de la discoteca. Apenas entramos al pequeño cuarto que usaba como oficina, me empujó contra la pared y me besó con fuerza. Me levantó el vestido, me bajó el panty y metió sus dedos gruesos en mi cukita ya mojada. No tardamos nada en desnudarnos. Me sentó sobre el escritorio y me abrió las piernas. Su verga era gruesa, venosa y estaba durísima. Me penetró de un solo empujón, llenándome por completo. Culiaba con experiencia, con movimientos fuertes y profundos que me hacían gemir sin control. Me vine rápido, apretando su verga con mi cukita mientras el sudor nos cubría bajo ese calor infernal.

Desde esa primera vez empezamos a vernos seguido. Algunas noches cerraba temprano la discoteca y venía directo a mi casa apartada. Otras veces yo iba a verlo después de que el local quedara vacío. Cada encuentro era más intenso que el anterior. Me daba en todas partes: sobre el escritorio, contra la pared, en el asiento trasero de su camioneta estacionada detrás de la discoteca. Me ponía en cuatro y me culiaba con fuerza, agarrándome las caderas mientras su verga entraba y salía golpeando fondo. Me encantaba sentir cómo me estiraba, cómo mi cukita se mojaba más con cada embestida. Siempre terminaba viniéndose adentro, descargando chorros calientes de semen en lo profundo de mí. Me quedaba después con su leche escurriendo por mis muslos, sintiendo esa satisfacción plena que tanto me gusta.

Con el paso de los días empecé a ser reconocida como la puta del pueblo por algunos. Los rumores corrían rápido en un lugar tan pequeño. La gente murmuraba cuando me veían salir de la discoteca a altas horas de la noche o cuando el dueño me llevaba en su camioneta. Algunos muchachos jóvenes me miraban con sonrisas cómplices y deseo, otros me comentaban indirectas subidas de tono en la plaza. Hasta los dos muchachos anteriores supieron de mis encuentros y, lejos de molestarse, se excitaban más cuando venían a culiarme.

El dueño de la discoteca se volvió más posesivo y salvaje. Una noche me dio encima de la barra después de cerrar, con las luces todavía encendidas. Me tenía abierta de piernas, chupándome las tetas mientras su verga entraba con fuerza. Me vine dos veces antes de que él se vaciara completamente dentro de mi cukita. Sentir su semen caliente mezclándose con mis jugos mientras el pueblo dormía afuera me hacía sentir libre y perversa al mismo tiempo.

**La puta del pueblo - En el billar**

El calor del pueblo no daba tregua ni de noche. Esa tarde había bebido más de la cuenta con el dueño de la discoteca y, algo borracha, caminé sin rumbo fijo por las calles oscuras. Sin darme cuenta empujé la puerta de un billar del centro, uno de esos lugares viejos y llenos de humo donde solo entraban hombres. El ambiente estaba cargado, las luces tenues y el olor a cerveza y cigarrillo flotaba pesado.

Apenas entré, todas las miradas se clavaron en mí. Mi vestido ligero se pegaba a mi cuerpo por el sudor y el alcohol me hacía moverme con menos control. Los hombres empezaron a morbearme descaradamente, sus ojos recorriendo mis tetas y mis piernas. Algunos se acercaron, me manoseaban el culo al pasar, otros rozaban mis senos "sin querer" mientras pedían otra ronda. Sentía sus manos calientes apretándome, sus dedos atrevidos subiendo por mis muslos, pero ninguno se atrevía a más. Solo murmuraban y me miraban con hambre, como si supieran que era la puta del pueblo pero no se lanzaran del todo.

Todos menos uno.

El dueño del billar, un hombre de setenta y dos años, canoso, de cuerpo todavía fuerte por años de trabajo duro, me observaba desde la barra con una mirada diferente. Más segura, más paciente. Cuando vio que yo no me iba ni me molestaba con las manos que me tocaban, se acercó, me tomó del brazo con firmeza y sin decir nada me llevó a un cuarto aparte en la parte de atrás.

Era un cuarto oscuro, con una cama vieja en el centro y apenas una luz tenue que apenas iluminaba los contornos. El calor ahí adentro era sofocante. Apenas cerró la puerta me empujó suavemente sobre la cama. Me subí el vestido yo misma, abrí las piernas y le mostré mi cukita ya mojada por el alcohol y las manos que me habían manoseado antes. Él se desnudó con calma, su verga gruesa y todavía dura a pesar de la edad se levantó apuntándome.

Se acostó encima de mí y me penetró despacio pero profundo. Su verga entró abriéndome por completo, llenándome con esa sensación caliente y pesada que tanto me gusta. Culiaba con experiencia, con movimientos firmes y constantes, sin prisa pero con mucha fuerza. Mis tetas rebotaban con cada embestida mientras el sudor corría por nuestros cuerpos en ese cuarto oscuro y caliente. Yo gemía bajito, sintiendo cómo mi cukita lo apretaba, cómo cada golpe llegaba hasta el fondo.

Me dio la vuelta, me puso en cuatro y siguió culiando más fuerte, agarrándome las caderas con sus manos grandes y callosas. El placer era intenso, el alcohol hacía que todo se sintiera más fuerte y yo me vine por primera vez, temblando y apretando su verga con mi cukita. Él no paró. Siguió entrando y saliendo, cada vez más profundo, hasta que aceleró y se vino adentro con un gruñido ronco. Sentí sus chorros calientes de semen llenándome, ese creampie espeso que tanto disfruto, inundando mi cukita mientras yo me venía otra vez con él.

Se quedó un rato dentro de mí, moviéndose suave, dejando que su leche se mezclara con mis jugos. Cuando por fin se salió, sentí cómo su semen empezaba a escurrir de mi cukita por mis muslos. Me quedé acostada un momento en esa cama oscura, satisfecha, con el cuerpo todavía temblando de placer.

**La puta del pueblo - De regreso a un bar**

Esa noche el calor del pueblo seguía siendo un infierno pegajoso. Salí de mi casa con un vestido corto y ligero que apenas cubría mis muslos, sin panty debajo, y caminé hasta el bar del centro. El lugar estaba lleno, la música sonaba fuerte y el aire olía a cerveza y sudor. Apenas entré, dos muchachos de unos veinticinco años me miraron con hambre. Eran fuertes, morenos por el sol, con esa energía de quienes trabajan duro durante el día y buscan descargar por la noche.

Empezamos a bailar pegados en medio de la pista. Sus cuerpos se frotaban contra el mío, sus manos subían por mis piernas y apretaban mi culo sin disimulo. Yo me movía contra ellos, sintiendo cómo sus vergas se ponían duras contra mi cukita a través de la tela. El juego subió rápido. Uno me besaba el cuello mientras el otro me metía la mano por debajo del vestido y tocaba mi cukita ya mojada. Bailábamos, nos rozábamos y nos tocábamos sin importar quién nos viera.

No tardamos en hacer la primera visita furtiva al baño. Entramos los tres al cubículo más grande. Me levantaron el vestido, me pusieron contra la pared y uno de ellos me penetró de pie, culiándome con fuerza mientras el otro me metía los dedos en la boca y me apretaba las tetas. Me vine rápido, apretando su verga con mi cukita, pero no dejaron que terminara. Salimos y seguimos bailando como si nada.

Volvimos al baño dos veces más esa noche. En la segunda, me arrodillé y les chupé las vergas por turnos mientras ellos gemían bajito. En la tercera me sentaron sobre el lavamanos, uno me

culió profundo y el otro me miraba masturbándose. Cada vez me llenaban un poco más de placer, pero ninguno se vino todavía. Querían más.

Cuando el bar empezó a cerrar, los dos se ofrecieron a acompañarme caminando hasta mi casa. El camino era oscuro y solitario, rodeado de monte. Apenas nos alejamos un poco, me detuvieron bajo un árbol. Me quitaron el vestido por completo y me dejaron desnuda bajo el calor de la noche. Uno me puso contra el tronco y me penetró por detrás, culiándome con embestidas fuertes mientras el otro me chupaba las tetas. Me vine temblando, gimiendo en la oscuridad.

Siguieron turnándose en el camino. Me acostaron sobre la hierba al lado del sendero, uno me abrió las piernas y me culó profundo mientras el otro me metía la verga en la boca. Cambiaban de posición constantemente, sus cuerpos sudados contra el mío. Me vine varias veces más, mi cukita chorreando jugos bajo ese calor infernal. Finalmente, los dos se vinieron adentro uno después del otro. Sentí sus leches calientes mezclándose dentro de mí, llenándome por completo, ese creampie abundante que tanto me gusta. Mi cukita rebosaba de semen cuando terminaron.

Pero no acabó ahí. Antes de seguir caminando, me quitaron el vestido del todo y se lo llevaron. Se rieron y se fueron corriendo, dejándome completamente desnuda en medio del camino. No tuve más opción que caminar así hasta mi casa, con el semen de los dos escurriendo por mis muslos, mis tetas al aire y mi cukita palpitando. El aire caliente de la noche acariciaba mi piel desnuda mientras avanzaba por las calles oscuras del pueblo. Sentía excitación y vergüenza al mismo tiempo, sabiendo que cualquiera que me viera confirmaría lo que ya murmuraban: que yo era la puta del pueblo.

En las semanas siguientes el calor del pueblo se volvió mi aliado perfecto. Mi casa apartada se convirtió en un lugar de paso constante para hombres de todas las edades que buscaban descargar sus ganas conmigo. Algunos me contactaban por mensajes después de oír los rumores, otros se insinuaban abiertamente cuando bajaba al pueblo a hacer compras o reuniones de trabajo: miradas largas, comentarios bajos sobre mi culo o mis tetas, invitaciones disimuladas que terminaban conmigo llevándolos a casa.

Empecé a tener dos o tres encuentros por día, a veces más. Por las mañanas llegaba algún muchacho joven que había oído hablar de mí, me desnudaba apenas cruzaba la puerta y me culiaba contra la pared de la sala con fuerza juvenil, viniéndose rápido adentro de mi cukita. Al mediodía, cuando el sol quemaba más fuerte, aparecían otros: el dueño de la discoteca, algún policía fuera de turno. Me daban en la cama, en la mesa de la cocina o en el suelo.

Por las tardes y noches era aún más intenso. Venían solos o en parejas. Me buscaban porque sabían que yo abría las piernas sin problemas. Un día el viejo del billar llegó con un amigo y me culiarón por turnos en mi cama, llenándome uno después del otro. Otro día fueron tres muchachos de veintitantos que me encontraron en la plaza y terminaron los tres en mi casa, turnándose en mi cukita hasta que me vine varias veces y mi interior quedó completamente inundado de semen. Me encantaba sentir cómo se venían adentro, ese calor líquido llenándome, chorreando por mis muslos cuando se salían.

Cada encuentro era más sucio y placentero que el anterior. Me dejaban exhausta, con la cukita hinchada y palpitante, pero siempre lista para el siguiente. Yo recibía a todos con las piernas abiertas, disfrutando cada verga que entraba en mí y cada creampie que me dejaban como regalo.

Pronto empezaron a circular fotos y videos que me habían tomado sin que yo siempre lo supiera. Imágenes mías desnuda, con la boca llena de verga, en cuatro mientras me culiaban, o con semen escurriendo de mi cukita abierta. Videos cortos donde se me veía gimiendo y viniéndome mientras me llenaban. Los rumores se volvieron hechos: todo el pueblo hablaba de la puta de la casa apartada. Me miraban con deseo y desprecio al mismo tiempo cuando caminaba por la plaza, pero eso solo me ponía más cachonda.

Mi fama crecía cada día. Ya no era un secreto, era la puta oficial del pueblo. Y a mí me encantaba. Sentir que mi cuerpo estaba disponible, que me buscaban para culiarme y llenarme de semen, me hacía venir con más fuerza en cada encuentro.

En las semanas siguientes el impacto de las fotos y videos que circulaban fue brutal y excitante al mismo tiempo. Alguien había grabado y fotografiado varios de mis encuentros: yo en cuatro recibiendo verga, mi cukita abierta y llena de semen escurriendo, mi cara de placer mientras me venían adentro, bailando semidesnuda en el bar. Esas imágenes se compartieron por todos los grupos de WhatsApp del pueblo, pasaron de mano en mano y pronto todo el mundo las había visto.

El impacto social fue inmediato y fuerte. Cuando bajaba al pueblo sentía las miradas clavadas en mí. Los hombres me observaban con deseo descarado, algunos se acercaban sin vergüenza a insinuarme que querían culiarme, otros me mandaban mensajes directos pidiendo turno en mi casa. Mi fama de puta del pueblo se consolidó por completo. Ya no era un rumor, era un hecho

público. Los más jóvenes me perseguían con la mirada, los casados me buscaban a escondidas, y hasta algunos viejos del billar me esperaban cerca de mi casa.

Las mujeres del pueblo me miraban con desprecio y envidia. Murmuraban a mi paso, me llamaban la puta del alcalde, la zorra de la policía, la que abre las piernas para cualquiera. Algunas me evitaban, otras me lanzaban comentarios en voz baja cuando pasaba. Pero eso solo me mojaba más la cukita. Sentir que todo el pueblo sabía cómo me dejaban llena de semen, cómo me culiaban varias veces al día, me excitaba de una forma enfermiza.

En mi casa los encuentros se multiplicaron. Ahora eran fácilmente tres o cuatro por día. Hombres que antes solo se atrevían a mirar ahora llegaban directo, tocaban la puerta y .... Me penetraban con más fuerza, sabiendo que yo era la puta pública del pueblo. Me venían adentro con más ganas, descargando chorros calientes y abundantes en mi cukita, como si quisieran marcarme delante de todos. Sentía sus leches mezclándose dentro de mí, rebosando y chorreando mientras el siguiente ya estaba esperando.

Pasaron tres meses y mi casa apartada se volvió completamente famosa en todo el pueblo. El calor infernal seguía quemando sin piedad, pero eso solo hacía que mis encuentros fueran más sudorosos, más resbaladizos y más intensos. Ya casi nadie disimulaba. Los jóvenes, sobre todo, empezaron a venir en grupos de dos o tres, porque así se sentían más valientes. Tocaban la puerta por las tardes o bien entrada la noche, nerviosos pero excitados, y yo los recibía desnuda o con muy poca ropa.

Me divertían y se divertían con mi cuerpo sin límites. Llegaban, me manoseaban entre todos, me abrían las piernas sobre la mesa de la sala o me tiraban en la cama y me culiaban por turnos. Sus vergas jóvenes y duras entraban una tras otra en mi cukita, que ya estaba siempre mojada y preparada. Me daban con ganas, a veces uno mientras los otros me chupaban las tetas o me metían los dedos en la boca. Me ponían en cuatro, me agarraban del pelo y me penetraban fuerte, cambiando de posición constantemente. Me venía una y otra vez, apretando sus vergas con mi cukita, gimiendo sin control mientras el sudor nos cubría a todos bajo ese calor asfixiante.

Siempre terminaban viniéndose adentro. Uno tras otro descargaban su semen caliente en lo profundo de mí, llenándome hasta que mi cukita rebosaba y chorreaba leche espesa por mis muslos. Me encantaba sentir cómo se acumulaba, cómo se mezclaba dentro de mí, cómo salía a borbotones cuando se salían y el siguiente entraba. A veces me dejaban tan llena que tenía que caminar por la casa con su semen escurriendo, sintiendo esa calidez pegajosa que tanto me excita.

Cada vez había más fotos y videos. Los muchachos ya no se contenían: me grababan mientras me culiaban, mientras tenía dos vergas a la vez, mientras mi cara se contraía de placer al venirme o cuando mi cukita abierta dejaba ver toda la leche que me habían metido. Esas imágenes y videos circulaban por todos lados. Los comentarios eran cada vez más sucios y directos: hablaban de mí como la puta oficial del pueblo, la que recibe grupos de jóvenes, la que se deja llenar sin importar cuántos sean. Algunos me escribían pidiendo turno, otros solo mandaban fotos de sus vergas duras preguntando cuándo podían venir.

Mi fama había explotado. Ya no bajaba al pueblo sin que me miraran con deseo y morbo. Los jóvenes se agrupaban más porque sabían que conmigo podían soltarse del todo, divertirse con mi cuerpo como querían y marcharse satisfechos después de dejarme rebosante de creampies. A veces venían cuatro, y yo los recibía a todos, abriendo mi cukita y mi boca, dejándome usar hasta quedar exhausta y feliz, con el cuerpo marcado y lleno de semen.

**La puta del pueblo - Pantaleon**

Meses después, en medio de ese calor infernal que no aflojaba nunca, vi la oportunidad perfecta de cumplir la única fantasía que aún no había realizado. Una noche, mientras el dueño de la discoteca me culiaba lento y profundo en mi cama, con su verga gruesa entrando y saliendo de mi cukita llena de su semen anterior, le conté todo. Le confesé que quería reproducir la escena de Pantaleón y las visitadoras: una fila de hombres esperando afuera de mi casa, entrando uno por uno para usar mi cuerpo y venirse adentro sin prisa.

Él sonrió con esa mirada perversa y se encargó de todo. Organizó con algunos de sus amigos más cercanos una lista exacta de doce hombres. Todo quedó pactado para una noche de sábado, cuando el pueblo ya estaba medio dormido pero el calor seguía pegando fuerte.

Esa noche mi casa apartada se convirtió en el centro de la fantasía. Afuera se formó una fila discreta pero visible bajo la luz tenue de la luna. Doce hombres de diferentes edades, desde jóvenes hasta más maduros, esperando su turno. El dueño de la discoteca fue el primero en entrar para calentar el ambiente y asegurarse de que todo fluyera.

Me tenía desnuda sobre la cama, con las piernas bien abiertas. Me culió con fuerza, viniéndose adentro rápido pero profundo, dejando el primer creampie caliente como base. Apenas se salió, entró el segundo. Y así comenzó el desfile.

Uno tras otro fueron pasando. Algunos me penetraban de frente, sujetándome las piernas mientras sudábamos juntos bajo el calor asfixiante. Otros me ponían en cuatro, agarrándome fuerte de las caderas y culiándome con embestidas salvajes. Todos entraban en mi cukita ya mojada y llena de semen anterior, empujando la leche de los que habían pasado antes más profundo. Sentía cómo se mezclaba todo dentro de mí, cómo mi cukita se volvía más resbaladiza y sensible con cada verga nueva.

Me venía una y otra vez, sin control. Cada hombre diferente me provocaba un orgasmo más intenso: uno joven y rápido que me culiaban con desespero, uno mayor que entraba lento pero golpeaba fondo, otro que me chupaba las tetas mientras me penetraba. Todos sin excepción se venían adentro. Doce creampies seguidos, uno detrás del otro, llenándome hasta el límite. Mi cukita rebosaba, la leche espesa salía a chorros cada vez que uno se salía y el siguiente entraba, mojando las sábanas y mis muslos.

El dueño de la discoteca coordinaba desde afuera, dejando que cada uno disfrutara su momento pero sin demorarse demasiado. Yo estaba en otro mundo, perdida en el placer de ser usada como la visitadora oficial del pueblo. Mi cuerpo temblaba, mi cukita palpitaba hinchada y completamente inundada. Cuando el último de los doce se vino adentro con un gruñido profundo, descargando su semen caliente sobre todo lo anterior, yo ya no podía más. Me quedé tirada en la cama, exhausta, con un río blanco y espeso escurriendo sin parar de mi cukita abierta.

Esa noche cumplí mi fantasía más oscura y placentera. Doce hombres, uno detrás del otro, usándome y llenándome sin parar. El dueño de la discoteca fue el último en follarme suave después de todos, recordándome que él había hecho posible ese sueño.

Al día siguiente el pueblo entero se enteró de lo que había pasado en mi casa apartada. Las fotos y videos de esa noche empezaron a circular como fuego en la maleza: imágenes mías desnuda en la cama, con la cukita abierta y rebosante de semen, recibiendo verga tras verga, mi cara de placer absoluto mientras me venían adentro uno detrás del otro. Doce hombres. La fila afuera.

La reacción del pueblo fue explosiva.

Los hombres se volvieron locos de deseo. Dondequiera que iba al centro, sentía sus miradas hambrientas clavadas en mi cuerpo. Algunos me seguían descaradamente, otros me escribían mensajes directos pidiendo su turno, ofreciéndome dinero, favores o simplemente rogando

por una oportunidad de culiarme y venirse adentro. Los jóvenes se juntaban en grupos más grandes todavía, comentando los videos y planeando cómo irían juntos a mi casa. El dueño de la discoteca se volvió una especie de héroe local por haber organizado todo, y muchos querían ser los siguientes en la lista.

Las mujeres del pueblo, por su parte, reaccionaron con una mezcla de horror, envidia y desprecio abierto. Murmuraban a mi paso llamándome la puta más grande que había pisado el lugar, la zorra sin vergüenza, la que recibía una fila de hombres como si fuera un servicio público. Algunas me miraban con asco, otras en silencio, pero casi todas hablaban de mí. El escándalo llegó hasta las señoras más respetadas y a las familias más conservadoras. En la plaza, en el mercado, en la iglesia, mi nombre se repetía con morbo y condena.

Yo caminaba entre todo eso con la cukita todavía sensible e hinchada de la noche anterior, sintiendo cómo el semen seco de los doce hombres se pegaba a mis muslos. Y lejos de avergonzarme, me excitaba. Saber que todo el pueblo había visto cómo me dejaban llena, cómo me culiaban sin parar y cómo yo me venía una y otra vez, me mojaba de una forma brutal. Mi fama ya no tenía límites. Era oficialmente la puta del pueblo, la visitadora que había abierto las piernas para doce hombres seguidos.

Esa misma tarde ya tenía tres nuevos encuentros. Dos jóvenes que habían visto los videos llegaron juntos, nerviosos pero decididos, y me culiaron por turnos, añadiendo más creampies frescos a los que aún quedaban dentro de mí. Más tarde llegó uno de los policías, que me dio contra la pared mientras me contaba cómo todo el comando había visto las fotos y se morían de ganas de repetir.

Cierta noche el calor del pueblo era más pesado que nunca, como si el infierno mismo hubiera bajado sobre las casas. Estaba sola en mi cama, desnuda y todavía sensible de los encuentros del día, cuando de pronto escuché ruido en la puerta. Antes de que pudiera reaccionar, tres hombres irrumpieron a la fuerza en mi casa. Eran jóvenes y fuertes, de esos que había visto merodeando por el pueblo, excitados por los videos y las fotos que circulaban. No dijeron nada. Cerraron la puerta detrás de ellos y se abalanzaron sobre mí.

Me agarraron entre los tres, me tiraron boca arriba en la cama y me abrieron las piernas con brusquedad. Uno me sujetó los brazos por encima de la cabeza mientras otro me metía los dedos gruesos en la cukita, comprobando lo mojada que ya estaba. El tercero se bajó los pantalones y, sin preámbulos, me penetró de un solo empujón violento. Me culió con fuerza salvaje, entrando

y saliendo rápido mientras los otros me manoseaban las tetas y me apretaban el cuello. A pesar del susto, mi cuerpo reaccionó como siempre: mi cukita se contrajo alrededor de su verga y me vine por primera vez, temblando debajo de él.

No pararon en toda la noche. Se turnaron una y otra vez. Uno me daba mientras los otros esperaban, tocándome y diciéndome cosas sucias al oído. Me pusieron en cuatro, me agarraron del pelo y me culearon profundo desde atrás, golpeando con tanta fuerza que la cama se movía. Me levantaron entre dos, uno me penetraba la cukita mientras el otro me sostenía, dándome suspendida en el aire. Cambiaban de posición constantemente, sudando, respirando agitados por el calor infernal que llenaba la habitación.

Cada uno se vino adentro varias veces. Sentía sus chorros calientes de semen llenándome, mezclándose dentro de mi cukita, rebosando y escurriendo por mis muslos y las sábanas cada vez que se salían para dar paso al siguiente. Me venían una y otra vez, llenándome hasta el límite, tanto que mi cukita hacía sonidos mojados y obscenos con cada embestida. Me vine incontables veces esa noche, con orgasmos intensos y largos que me dejaban sin aliento, mi cuerpo traicionándome con placer a pesar de la fuerza.

La noche entera fue un descontrol. Me dieron en la cama, contra la pared, sobre la mesa de la sala. Me daban la vuelta, me abrían el culo con los dedos mientras seguían culiando mi cukita, me llenaban la boca con sus vergas y después volvían a venirse adentro de mí. Perdí la cuenta de cuántos creampies recibí. Mi interior estaba completamente inundado, espeso, caliente, chorreando sin parar. Ellos se excitaban más al ver cómo mi cukita tragaba todo su semen y seguía pidiendo más.

Cuando por fin amaneció y se fueron, me quedé tirada en la cama exhausta, con el cuerpo marcado por sus manos, las piernas abiertas y un río blanco y abundante saliendo de mi cukita hinchada. Me sentía usada, llena y completamente satisfecha. Esa noche forzada solo alimentó más mi adicción. Sabía que los rumores crecerían aún más, pero eso solo me mojaba pensando en la próxima vez.

Otra noche el calor del pueblo seguía siendo insoportable, pegajoso, haciendo que todo sudor se deslizara por la piel. Cuatro hombres mayores, de entre cincuenta y cinco y setenta años, llegaron juntos a mi casa apartada. Los conocía de vista: uno era amigo del dueño de la discoteca, otro del billar, y los demás habían oído los rumores y visto los videos. Entraron con esa calma pesada de los hombres experimentados, y apenas cerraron la puerta ya me tenían desnuda.

Pasaron toda la noche conmigo, turnándose sin prisa pero con mucha hambre acumulada. Me acostaron en la cama y me abrieron las piernas. Sus vergas, gruesas y pesadas por la edad, entraban una tras otra en mi cukita ya mojada. Me culiaban con movimientos profundos y firmes, disfrutando cada centímetro mientras sudábamos juntos bajo el calor infernal. Uno me penetraba lento y fuerte, agarrándome las tetas, mientras los otros me tocaban y esperaban su turno. Me vine varias veces, apretando sus vergas con mi cukita, gimiendo mientras sentía cómo me llenaban por dentro.

Me pusieron en cuatro, me levantaron las piernas sobre sus hombros, me dieron contra la pared y sobre la mesa de la sala. Sus cuerpos más pesados y experimentados me dominaban con facilidad. Cada uno me culió varias veces durante la noche, viniéndose adentro al principio, llenándome de sus leches calientes y espesas que se mezclaban y rebosaban de mi cukita con cada cambio. Sentía el semen acumulado saliendo a chorros cuando se salían, mojando las sábanas y mis muslos.

Hacia el amanecer, cuando ya estaba exhausta, con la cukita hinchada y sensible después de tantas horas de ser usada, decidieron terminar de otra forma. Me pusieron de rodillas en el centro de la cama. Los cuatro se pararon alrededor de mí, masturbándose sus vergas todavía duras mientras me miraban. Uno tras otro se vinieron encima de mí. Sentí los chorros calientes cayendo sobre mis tetas, mi vientre, mi cara y mis muslos. Me cubrieron de semen, pintando mi cuerpo con sus leches espesas y blancas. Me vine una última vez solo con la sensación de estar siendo marcada de esa forma, temblando mientras el semen me corría por la piel.

Se quedaron un rato mirándome, admirando cómo quedaba cubierta de su leche, y luego se fueron. Me quedé allí, tirada en la cama, con el cuerpo entero brillando de sudor y semen, mi cukita todavía chorreando lo que me habían dejado adentro y el resto pegado en mi piel. Esa noche con los cuatro hombres mayores fue larga, intensa y dejó mi cuerpo completamente usado y marcado. En ese infierno de calor, sentirme así solo aumentaba mis ganas de más.

Días después. Bajé al río buscando un poco de alivio y me metí completamente desnuda en el agua fresca. El contraste con el sol abrasador me excitaba, y empecé a lavarme lentamente, pasando las manos por mis tetas y bajando hasta mi cukita.

No tardé en sentir que no estaba sola. Tres hombres aparecieron entre los arbustos, de esos trabajadores del pueblo que ya me habían visto en los videos. Se acercaron con sonrisas burlonas

y miradas hambrientas. Me llamaron puta sin disimulo, riéndose mientras me decían que todos sabían que era la zorra que recibía vergas todo el día. Me sacaron del agua agarrándome con fuerza y me tiraron sobre la hierba caliente de la orilla.

El primero me abrió las piernas con brusquedad y me penetró de un solo empujón. Mientras me culiaba con fuerza, me susurraba al oído con voz ronca y sucia: "Así que esta es la famosa cukita de la puta del pueblo… tan mojada y abierta, tragándose verga como la perra que eres. Te voy a llenar bien de leche para que sigas goteando como la zorra sin vergüenza que todos saben que eres". Sentía su verga gruesa entrando y saliendo, golpeando profundo, y me vine apretándolo mientras el placer me recorría el cuerpo.

Apenas se vino adentro, descargando su semen caliente, el segundo tomó su lugar. Me puso de lado y me penetró desde atrás, sujetándome fuerte de la cadera. Me hablaba al oído con morbosidad aún más pasada de tono: "Mira cómo te meto la verga, puta asquerosa… toda la leche del anterior me está ayudando a darte mejor. Eres una cukita pública, hecha para que te vengan adentro uno tras otro como la perra ninfómana que eres. Te voy a dejar tan llena que vas a caminar chorreando semen por todo el pueblo". Sus embestidas eran salvajes y yo me vine otra vez, temblando contra su cuerpo sudoroso.

El tercero me levantó las piernas sobre sus hombros y me penetró mirándome a los ojos. Su voz era baja y perversa mientras me culiaba con fuerza: "Esto es lo que te gusta, ¿verdad, puta? Que te usen como una perra en el río donde todos pueden verte. Tu cukita está hecha para vergas y leche, para que te llenen hasta que rebose. Te voy a venir tan adentro que vas a sentir mi semen mezclándose con el de los otros dos, como la zorra barata que eres". Me dio sin piedad, profundo y rápido, y cuando se vino me llenó con chorros abundantes y calientes.

Los tres se turnaron un par de rondas más, cada uno diciéndome las morbosidades más sucias al oído mientras me penetraban y se venían adentro. Mi cukita quedó completamente inundada, rebosando de sus leches mezcladas que salían a chorros cada vez que cambiaban. Me vine incontables veces, gimiendo y temblando de placer bajo ese sol infernal.

Cuando por fin terminaron, se rieron, me llamaron puta una última vez y se fueron, dejándome tirada en la orilla con las piernas abiertas y un río blanco y espeso escurriendo de mi cukita hinchada. Me quedé allí un rato, sintiendo el semen caliente bajar por mis muslos, excitada y satisfecha. Ser tratada así solo avivaba más mi deseo.

Pasaron los días y en el pueblo todo cambió. Ya no era solo la puta del pueblo. Ahora me llamaban *la bruja blanca del norte*, solo porque mi casa quedaba aislada hacia el norte. El rumor corrió como pólvora, mezclando miedo, morbo y condenas.

Esa tarde en la plaza el rector del colegio se acercó. Me miró con ojos oscuros y me dijo que todos ya me conocían como la bruja blanca del norte. Sin preguntar, me subió a su moto y me llevó por el camino hasta mi casa.

Apenas entramos lo invité a pasar. Cerró la puerta y el sexo se volvió rudo al instante. Me arrancó la ropa, me tiró en la cama y me penetró con fuerza, culiándome salvajemente mientras su mano apretaba mi cuello. Sacó su correa de cuero, la enrolló alrededor de mi garganta y me ahorcó con ella mientras seguía metiéndomela profundo. Me vine apretando su verga, temblando de placer y falta de aire.

Después abrimos una botella de aguardiente. Bebimos hasta emborracharnos, el alcohol ardiendo en nuestras venas junto con el calor infernal del pueblo. Borrachos y descontrolados, me puso en cuatro sobre la cama.

El primer azote cayó con un *¡CRACK!* seco y fuerte sobre mi culo. El sonido resonó en toda la casa. Luego otro *¡PAM!*, y otro *¡SLAP!* más fuerte todavía. La correa golpeaba mi piel con un sonido agudo y carnoso que llenaba la habitación: *¡WHACK! ¡CRACK! ¡SMACK!* Cada golpe era más intenso, el cuero mordiendo mi culo y mi espalda, dejando marcas rojas ardientes. Yo gritaba con cada *¡PAM!* que retumbaba entre las paredes, un grito mezcla de dolor y placer que se mezclaba con el sonido brutal de los azotes.

La correa caía una y otra vez, el eco de cada golpe sonando fuerte en la noche. Mi culo ardía, mi espalda se marcaba, y mi cukita chorreaba de excitación. Él me azotaba sin piedad, borracho y salvaje, y después me culiaba con furia, metiéndomela hasta el fondo mientras el sonido de los azotes aún parecía resonar en mis oídos.

Si fuera una película, la escena mostraría la casa iluminada en medio de la oscuridad del pueblo, las luces prendidas dejando ver las siluetas moviéndose. Se escucharía claramente el *¡CRACK! ¡PAM! ¡WHACK!* repetido y brutal de la correa contra mi piel, mis gritos ahogados y desesperados, y sus respiraciones pesadas mientras me daba después de cada serie de azotes.

Me azotó durante mucho rato, el sonido de los golpes *¡SLAP! ¡CRACK! ¡SMACK!* llenan-

do toda la casa, hasta que mi culo y mi espalda quedaron rojos e hinchados. Solo entonces me penetró de nuevo con fuerza brutal, viniéndose adentro con un gruñido, llenando mi cukita de su semen caliente mientras yo me venía temblando, completamente marcada y usada.

El calor de la noche en el pueblo era denso y pegajoso, como si el aire mismo quisiera envolverme. Estaba en mi casa apartada, con las luces bajas, cuando él llegó. Un hombre del pueblo, de unos cuarenta años, de piel morena por el sol y manos fuertes de quien trabaja la tierra. Me miró con esa mezcla de deseo y algo más profundo, casi reverencial. No hizo falta decir mucho. Lo llevé directo al cuarto, me quité la poca ropa que llevaba y me acosté en la cama, abriendo las piernas lentamente para él.

Se desnudó con calma y se colocó encima de mí. Su verga ya estaba dura, gruesa y caliente. La frotó primero contra mi cukita mojada, deslizándola entre mis labios hinchados, y luego entró con una lentitud exquisita. Me penetró poco a poco, centímetro a centímetro, hasta que estuvo completamente dentro de mí. Sentí cómo me llenaba, cómo mis paredes se abrían y se ajustaban alrededor de él. Empezó a culiarme con movimientos suaves y profundos, casi como si estuviera adorando mi cuerpo en lugar de...

Mientras se movía dentro de mí, su verga entraba y salía con una cadencia lenta y deliberada, rozando cada punto sensible de mi interior. Su voz grave y baja empezó a explicarme, casi en un susurro ronco, la razón por la que todo el pueblo me llamaba *la bruja blanca del norte*. Me dijo que no era solo por vivir en esta casa aislada al norte, sino porque había algo en mí que hechizaba a los hombres. Mi piel clara, casi blanca comparada con la de la mayoría de las mujeres del pueblo, brillaba bajo el sudor y la luz tenue, haciendo que pareciera algo irreal, algo que no pertenecía a este lugar caliente y polvoriento.

Seguía culiándome con esa delicadeza controlada, empujando profundo y quedándose un momento dentro antes de retirarse casi por completo y volver a entrar. Cada embestida lenta hacía que mi cukita se contrajera alrededor de su verga, apretándolo con fuerza. Me explicó que muchos hombres del pueblo estaban hechizados por mi forma de culiar. Decían que cuando me penetraban era como si mi cukita los succionara, los envolviera con un calor y una humedad que no habían sentido nunca. Que me movía de una manera instintiva, apretando justo en el momento preciso, mojándome más con cada movimiento, como si mi cuerpo supiera exactamente cómo volverlos adictos.

Mi respiración se aceleraba mientras él continuaba hablando y culiándome. Sentía cada

vena de su verga rozando mis paredes internas, el placer acumulándose lento pero intenso. Me contó que también me llamaban bruja blanca por todo el semen que había recibido. Decían que había absorbido tanta leche de tantos hombres que algo había cambiado en mí. Que mi piel parecía más luminosa, más blanca, como si toda esa semilla derramada dentro de mi cukita me hubiera marcado por dentro y por fuera. Que los hombres que me daban salían cambiados, obsesionados, incapaces de quitarse de la cabeza la sensación de venirse adentro de mí.

Sus movimientos seguían siendo suaves pero cada vez más profundos. Me agarraba de las caderas con firmeza pero sin brusquedad, entrando hasta el fondo y girando ligeramente la pelvis para rozar mi punto más sensible. Yo sentía cómo mi cukita se mojaba más con sus palabras, cómo mis jugos se mezclaban con los restos de otros creampies anteriores. El placer subía en olas lentas, mi clítoris hinchado rozándose contra su pelvis con cada embestida. Gemía, arqueando la espalda, dejando que me llenara por completo.

Me explicó que en las conversaciones nocturnas, en el billar o en la discoteca, los hombres hablaban de mí como de una bruja. Decían que mi cukita tenía un poder, que una vez que entraban en mí ya no querían salir, que el calor de mi interior y la forma en que me contraía los hacía venirse más fuerte y más abundantemente que con cualquier otra mujer. Que mi piel blanca contrastaba con sus cuerpos morenos y sudados, creando una imagen que se les grababa en la mente: la bruja blanca recibiendo semen como si lo necesitara para sobrevivir.

Mi cuerpo entero temblaba de placer. Sus embestidas seguían siendo delicadas pero constantes, profundas, manteniéndome al borde sin dejarme caer todavía. Sentía cada detalle: la cabeza de su verga presionando contra el fondo de mi cukita, el roce de sus huevos contra mi culo, el sudor de su pecho cayendo sobre mis tetas. Mis paredes internas lo apretaban rítmicamente, succionándolo, como si mi cukita quisiera extraerle hasta la última gota.

Continuó susurrando que el nombre me quedaba perfecto porque, aunque me daban como a una puta, había algo sobrenatural en cómo los dejaba: vacíos, obsesionados, regresando una y otra vez a mi casa como si yo los hubiera embrujado con mi cuerpo. Y que el semen que había recibido de tantos —jóvenes, maduros, grupos enteros— me había dado una especie de *glow*, una blancura en la piel que parecía brillar en la oscuridad del pueblo.

El placer se volvió casi insoportable. Mis gemidos llenaban la habitación mientras él aumentaba ligeramente el ritmo, pero sin perder esa delicadeza que hacía que cada penetración se sintiera eterna. Mi cukita palpitaba alrededor de su verga, contrayéndose con fuerza, exprimiéndolo.

Sentía que me acercaba al orgasmo, una ola lenta y profunda que crecía desde lo más adentro.

Me miró fijamente a los ojos, sin apartar la mirada ni un segundo. Sus embestidas se volvieron un poco más intensas, pero aún controladas, profundas y llenas de intención. Mi cukita lo apretaba con desesperación, mojada, caliente, hambrienta. Y entonces, sin dejar de mirarme, aceleró solo lo necesario. Sentí cómo su verga se hinchaba dentro de mí, latiendo fuertemente.

Se vino mirándome a los ojos. Su semen salió en chorros calientes y abundantes, inundando mi cukita por completo. Sentí cada pulsación, cada chorro espeso llenándome, mezclándose con todo lo que ya tenía dentro. El orgasmo me atravesó con fuerza, mi cuerpo convulsionando debajo de él, mi cukita contrayéndose violentamente alrededor de su verga mientras me venía con él, apretándolo, ordeñándolo, absorbiendo hasta la última gota de su leche.

Se quedó dentro de mí un largo rato, todavía mirándome a los ojos, su verga latiendo suavemente mientras los últimos restos de semen salían. Mi cukita rebosaba, y sentí cómo parte de su leche empezaba a escurrir lentamente hacia afuera, caliente y espeso.

Esa noche, mientras recuperaba el aliento con él todavía dentro de mí, entendí perfectamente por qué me llamaban la bruja blanca del norte.

El calor de la noche seguía siendo asfixiante, incluso a esas horas. Estaba en mi casa apartada cuando llegó un muchacho joven, de apenas veintitrés años, alto, moreno y con ese cuerpo firme de quien todavía tiene toda la energía del mundo. Apenas cerró la puerta detrás de él, me desnudé sin decir nada y me acosté en la cama, abriendo las piernas para recibirlo. Él se quitó la ropa con prisa y se colocó encima de mí.

Me penetró despacio, con su verga joven y dura abriéndose paso dentro de mi cukita ya mojada y sensible por los encuentros anteriores. Entró hasta el fondo con un solo movimiento suave pero firme, llenándome por completo. Empezó a culiarme con un ritmo lento y profundo, moviéndose dentro de mí mientras hablábamos en voz baja, casi susurrando entre gemidos.

Mientras su verga entraba y salía con esa cadencia constante, rozando cada rincón de mi interior, me dijo que en el pueblo se comentaba algo nuevo. Decían que desde que había llegado la bruja blanca del norte, las cosas habían cambiado. Muchas de las novias y esposas de los hombres que habían pasado por mi casa ahora llevaban varios meses de embarazo. Algunas de ellas, que antes tenían dificultades para concebir, ahora mostraban la barriga creciendo poco

a poco. Se rumoreaba que era por mí, por todo el semen que había recibido y que de alguna forma había activado algo en los hombres del pueblo.

Sentía su verga gruesa moviéndose dentro de mi cukita, empujando profundo y quedándose un momento allí antes de retirarse casi por completo y volver a entrar. Cada embestida hacía que mis paredes lo apretaran con fuerza, mojándome más con sus palabras. Me explicó que los hombres que me habían culiado salían de mi casa con una potencia diferente, como si mi cukita les hubiera dado algo más que placer. Ahora sus parejas quedaban embarazadas con facilidad, y muchos sospechaban que tenía que ver con la bruja blanca, con toda la leche que había absorbido y devuelto en forma de fertilidad.

Culiaba con más intensidad pero sin perder el control, sus caderas moviéndose en círculos suaves mientras seguía hablándome. Mi cukita palpitaba alrededor de su verga, contrayéndose con cada embestida, exprimiéndolo. El placer subía lento y constante, mis tetas rebotando suavemente con sus movimientos y el sudor corriendo por nuestros cuerpos bajo el calor infernal.

Me contó que ya eran varios los casos conocidos. La novia de uno de los muchachos que había venido con sus amigos, la esposa de uno de los que frecuentaban el billar, incluso la mujer de un conocido del alcalde. Todas con meses de embarazo, sus barrigas visibles y los hombres caminando con una mezcla de orgullo y culpa. Decían que la bruja blanca del norte había traído una maldición o una bendición, dependiendo de quién hablara, pero que desde que yo abría las piernas y recibía tanto semen, la fertilidad en el pueblo había aumentado de forma inexplicable.

Mi respiración se volvía más agitada. Su verga entraba y salía con ese ritmo delicioso, golpeando justo donde más me gustaba, mientras sus palabras me mojaban aún más. Sentía cómo mi cukita se llenaba de mis jugos, cómo lo apretaba con fuerza cada vez que empujaba profundo. El placer crecía en olas grandes, mi cuerpo temblando debajo de él.

Siguió culiándome con esa mezcla de delicadeza y fuerza juvenil, mirándome a los ojos mientras me explicaba que muchos ahora lo veían como algo mío, como si mi cuerpo blanco y mi forma de recibir verga y semen hubiera despertado algo en los hombres del pueblo. Que cada creampie que me dejaban parecía tener más potencia, y que sus parejas terminaban embarazadas poco después.

Ya no podía aguantar más. Mi cukita se contrajo violentamente alrededor de su verga, exprimiéndola con fuerza mientras me venía con intensidad, gimiendo y temblando debajo de él. Él

aceleró solo un poco, manteniendo el contacto visual, y finalmente se vino adentro mirándome fijamente a los ojos. Sentí sus chorros calientes y abundantes inundando mi cukita, llenándome por completo, mezclándose con todo lo anterior. Su semen caliente salía a presión, profundo, mientras mi cukita lo ordeñaba hasta la última gota.

Se quedó dentro de mí un rato largo, todavía moviéndose suave, dejando que su leche se acomodara en mi interior. Mi cukita rebosaba ligeramente, y sentí cómo parte de su leche empezaba a escurrir lentamente.

Esa noche, mientras recuperaba el aliento con él todavía dentro, entendí aún más el poder que tenía sobre el pueblo. La bruja blanca del norte no solo recibía vergas y semen… también parecía dejar una marca que iba más allá del placer.

Con el paso del tiempo, mi fama como la bruja blanca del norte creció tanto que necesitaba lugares nuevos donde saciar mis ganas sin que todo el pueblo me viera de inmediato. Fue así como empecé a frecuentar el *Mirador Falso*, un lugar poco conocido que quedaba en una loma al norte, cerca de mi casa. A diferencia del verdadero mirador, este solo permitía ver una parte del pueblo, oculto entre árboles y vegetación espesa. Tenía un camino oculto, estrecho y poco transitado, que pocos conocían. Era el lugar perfecto para desaparecer un rato y dejar que mi cuerpo hiciera lo que más le gustaba.

Empecé a subir allí casi a diario. A veces de día, cuando el sol del infierno caía con toda su fuerza, y otras de noche, cuando el calor seguía pegando pero la oscuridad me daba un poco más de libertad. Allí tenía encuentros sexuales al aire libre, expuesta al viento caliente y a la vista de cualquiera que se atreviera a seguirme.

Una tarde subí y me encontré con dos muchachos jóvenes que ya me habían buscado antes. Apenas llegamos al claro del mirador falso, me quitaron la ropa y me acostaron sobre una piedra plana. Uno me abrió las piernas y me penetró con fuerza, culiándome bajo el sol abrasador mientras el sudor corría por nuestros cuerpos. El otro me metía la verga en la boca. Me venían adentro y afuera, turnándose en mi cukita, llenándome de creampies calientes que se escurrían por mis muslos y caían sobre la tierra. Me vine varias veces, gimiendo fuerte, con el pueblo parcialmente visible a lo lejos.

De noche era aún más intenso. Subía sola y a veces llegaban hombres solos o en pareja. Me daban contra los árboles, sobre el suelo cubierto de hojas o inclinada sobre la baranda im-

provisada del mirador. Sentía sus vergas entrando profundo en mi cukita mientras el viento caliente acariciaba mi piel desnuda. Siempre terminaban viniéndose adentro, dejando mi interior rebosante de semen que goteaba cuando me levantaba.

Lo que más me excitaba eran los espías. Sabía que algunos hombres del pueblo me seguían por el camino oculto pero no se atrevían a acercarse. Se quedaban escondidos entre los arbustos, a lo lejos, mirando cómo me culiaban. Podía sentir sus miradas mientras estaba en cuatro recibiendo verga, o sentada encima de un hombre moviendo mis caderas, o cuando me abrían las piernas y me llenaban de leche. Ellos se conformaban con mirar desde la distancia, masturbándose en silencio, sin atreverse a unirse al placer directo. Eso me ponía aún más caliente: saber que me observaban como a la bruja blanca del norte, desnuda y siendo usada al aire libre.

Una noche subí y llegaron tres hombres. Me dieron durante horas bajo las estrellas. Uno me culiaba de pie contra un árbol, otro esperaba su turno y el tercero me chupaba las tetas. Me vine con fuerza mientras sentía sus miradas y las de los espías ocultos. Cada uno se vino adentro, llenándome hasta que mi cukita chorreaba semen que corría por mis piernas. Cuando terminaron, me quedé un rato desnuda, sentada en la piedra, dejando que el aire caliente secara el sudor y la leche que cubría mi cuerpo.

Desde entonces, el Mirador Falso se convirtió en mi lugar favorito. Allí podía culiar al aire libre, de día y de noche, sintiendo el riesgo y la libertad. Los espías aumentaban cada vez más, pero ninguno se acercaba del todo. Solo miraban, deseaban y se iban con la imagen de la bruja blanca recibiendo verga y semen bajo el cielo del pueblo.

**El fin del mirador falso**

Estábamos en el billar esa misma tarde, como siempre, con el calor infernal metiéndose por las rendijas de las ventanas. Éramos cuatro: yo, Carlos (22 años), mi primo Andrés (19), y los dos mayores, Don Julio y Ramiro, de unos cuarenta y pico. Bebíamos cerveza fría y hablábamos de lo de siempre: fútbol, trabajo… y de ella. De la bruja blanca del norte.

—Juro que ayer la vi subiendo por el camino oculto —dijo Ramiro, bajando la voz—. Iba sola, con ese vestido corto que se le pega al culo. Apuesto a que va al Mirador Falso.

Don Julio soltó una risa ronca y se acomodó en la silla. —Todos sabemos lo que hace allá. El muchacho del taller me contó que la vio el otro día recibiendo verga como si no hubiera mañana.

Dicen que le encanta que la miren. ¿Y si vamos hoy? Nos escondemos bien, miramos un rato… y si hay oportunidad, quién sabe.

Andrés, el más joven de nosotros, se puso rojo pero sonrió nervioso. —¿Y si se enoja? Dicen que es bruja de verdad…

Carlos le dio un codazo. —Bruja o no, es la puta más rica que ha pisado este pueblo. Yo voy. ¿Quién más?

Los cuatro levantamos la mano casi al mismo tiempo. Terminamos las cervezas, pagamos y salimos antes de que se hiciera más tarde. Caminamos por el sendero oculto, en silencio, con el corazón latiéndonos fuerte. El sol todavía pegaba duro cuando llegamos al Mirador Falso. Nos escondimos entre los arbustos espesos, a unos quince metros del claro. Y ahí estaba ella.

La bruja blanca del norte.

Estaba completamente desnuda sobre una piedra plana, con las piernas abiertas. Un muchacho de diecinueve años, flaco pero con verga grande, la estaba culiando con ganas. Ella gemía, arqueando la espalda, moviendo las caderas para recibirlo más profundo. El sol hacía brillar su piel blanca, sudorosa, y sus tetas perfectas rebotaban con cada embestida.

—Puta… miren cómo lo disfruta —susurré.

El muchacho la penetraba con fuerza pero con ritmo, y ella le clavaba las uñas en la espalda, apretando su cukita alrededor de él. Se oían los sonidos mojados de su vagina tragándose esa verga joven. Ella se vino primero, temblando y gimiendo fuerte, apretándolo tanto que el muchacho no aguantó más y se vino adentro con un gruñido, descargando todo su semen en lo profundo de ella.

Se quedaron un rato así, besándose, hasta que el muchacho se vistió y se fue por el camino. Ella se quedó recostada en la piedra, desnuda, con las piernas abiertas y semen escurriendo de su cukita. Fue el momento.

Salimos de los arbustos. Ella nos vio y no se asustó. Solo sonrió con esa mirada de bruja que nos tenía a todos locos.

—Vengan… —dijo con voz ronca.

No lo pensamos dos veces. Carlos y yo la agarramos primero. Le quitamos el vestido que tenía a un lado y le atamos las manos a la espalda con la correa de Don Julio. Ella se dejó hacer, respirando agitada. Siempre uno de nosotros le sujetaba las manos atadas mientras otro la penetraba. Era nuestra forma de controlarla… aunque en el fondo sabíamos que ella era quien nos controlaba a todos.

Don Julio fue el primero. La puso de rodillas frente a él, le sujetó las manos atadas con fuerza y le metió la verga en la boca. Mientras tanto, Ramiro se arrodilló detrás y le abrió las piernas, penetrándola de una sola vez. Su cukita estaba empapada, llena del semen del muchacho anterior. Ramiro gemía mientras la culiaba con fuerza, sus huevos golpeando contra ella.

—Qué rica estás, bruja… —gruñó Ramiro—. Toda llena de leche y todavía pidiendo más.

Ella gemía alrededor de la verga de Don Julio, moviendo las caderas hacia atrás para recibir a Ramiro más profundo. Yo y Andrés mirábamos, masturbándonos, esperando nuestro turno.

Cambiamos posiciones. Ahora yo le sujetaba las manos atadas mientras Carlos la penetraba. La tenía inclinada hacia adelante, sus tetas colgando y rebotando con cada embestida. Su cukita hacía sonidos obscenos, mojada y llena. Ella gemía fuerte, casi gritando de placer.

—Más duro… —suplicó.

Carlos la agarró de las caderas y empezó a culiarla con fuerza brutal. Cada golpe se escuchaba: piel contra piel, el sonido mojado de su verga entrando y saliendo de esa cukita famosa. Yo le apretaba las muñecas con la correa, manteniéndola inmóvil mientras mi amigo la usaba. Ella se vino de nuevo, temblando tanto que casi se cae. Carlos no aguantó y se vino adentro, añadiendo su leche a la del muchacho anterior.

Andrés, nervioso pero excitado, tomó su lugar. Le sujeté las manos mientras él la penetraba. Era más lento, pero profundo. Le susurraba al oído lo puta que era, lo mucho que había soñado con esto. Ella empujaba hacia atrás, culiandolo tanto como él a ella.

Don Julio y Ramiro volvieron a unirse. Durante más de dos horas nos turnamos. Siempre uno sujetaba sus manos atadas con la correa, manteniéndola en posición, mientras los otros

la culiaban. La pusimos en cuatro, de lado, contra un árbol, sobre la piedra. Su cuerpo blanco estaba rojo por las nalgadas y los agarrones. Su cukita hinchada, abierta, chorreando semen de todos nosotros.

En uno de los momentos más intensos, la teníamos completamente inmovilizada. Yo le sujetaba las manos por encima de la cabeza mientras Ramiro la penetraba con fuerza. Don Julio le chupaba las tetas y Andrés le metía los dedos en la boca. Ella se venía una y otra vez, gritando, temblando, su cukita contrayéndose alrededor de las vergas que le daban sin parar.

Al final, los cuatro nos pusimos alrededor de ella. Seguía con las manos atadas a la espalda. Nos masturbamos mirándola: desnuda, sudorosa, con semen escurriendo de su cukita y corriendo por sus muslos. Uno por uno nos vinimos encima de ella. Chorros calientes cayeron sobre sus tetas, su cara, su vientre y su cukita abierta. Ella gemía, recibiendo todo, con la mirada perdida de placer.

Cuando terminamos, la desatamos. Se quedó tirada en la piedra, respirando agitada, el cuerpo completamente marcado y cubierto de nuestra leche. Nos miró y sonrió.

—Vuelvan cuando quieran… la bruja blanca siempre está abierta.

Bajamos del Mirador Falso en silencio, con las piernas temblando y la mente llena de imágenes que nunca olvidaríamos. Esa tarde entendimos que ella no era solo una puta. Era la bruja que había hechizado a todo el pueblo.

Después de esa tarde intensa en el Mirador Falso, todavía estaba desnuda sobre la piedra, con el cuerpo cubierto de sudor y semen, la cukita hinchada y chorreando, cuando los cuatro hombres decidieron que ya no querían solo mirar ni turnarse. Querían más. Mucho más.

No me dieron opción. Carlos y Andrés me agarraron de los brazos con fuerza mientras Don Julio y Ramiro me ataban las muñecas otra vez con la correa. Intenté resistirme un poco, pero la verdad es que mi cuerpo traicionero ya estaba mojado de nuevo. Me subieron a la fuerza a una camioneta vieja que tenían escondida cerca, me tiraron en la parte de atrás y cerraron la puerta. Arrancaron rápido por un camino de tierra mientras yo iba desnuda, con las manos atadas, sintiendo cómo sus miradas me devoraban.

—Esta vez la bruja blanca es nuestra todo el fin de semana —dijo Ramiro desde el volante,

con una sonrisa perversa.

Me llevaron a una finca abandonada que quedaba a las afueras, lejos de todo. Apenas bajamos de la camioneta me quitaron la correa de las muñecas solo para arrancarme cualquier resto de ropa que me quedaba. Entramos directamente a la piscina. El agua estaba tibia por el calor del día. Me metieron los cuatro juntos.

Allí sucedió de todo. Me daban en el agua, me sacaban para ponerme en cuatro sobre el borde de la piscina y me culiaban uno tras otro sin parar. Sus vergas entraban y salían de mi cukita mojada, mezclando agua y semen. Me levantaban entre dos, uno me penetraba por delante mientras otro me metía los dedos o la verga por atrás. Me ahogaban un poco con el agua, me apretaban el cuello, me daban nalgadas que resonaban en la noche. Me vine tantas veces que perdí la cuenta, gritando, temblando, suplicando más mientras ellos se reían y me llamaban bruja, puta, zorra insaciable.

Pasamos horas en esa piscina. Mi cuerpo blanco brillaba bajo la luna, cubierto de manos, bocas y vergas. Cada uno se vino dentro de mí varias veces, llenándome hasta que mi cukita rebosaba y el agua de la piscina se volvía turbia con su leche.

Cuando ya no daban más en el agua, me llevaron a una habitación grande dentro de la casa vieja. Me tiraron sobre una cama grande y sucia. Allí continuaron cumpliendo todas sus fantasías conmigo durante todo el fin de semana. Me ataban, me ponían en todas las posiciones posibles, me daban de dos en dos, me hacían chupar mientras me culiaban, me azotaban, me ahorcaban suavemente con las manos o con la correa. Me usaron como su juguete personal, sin límites. Mi cukita, mi boca, mi culo… todo era de ellos.

El domingo por la noche, exhausta, adolorida y completamente llena de semen, me pusieron de rodillas en el centro de la habitación. Los cuatro se pararon alrededor de mí, masturbándose. Uno tras otro se vinieron en mi cara y en mis tetas. Chorros calientes y espesos me cubrieron la piel, me entraron en la boca, me corrieron por las mejillas y por los senos. Me quedé allí, arrodillada, con la cara y el pecho pintados de su leche, mirándolos con los ojos vidriosos de placer.

Cuando terminaron, me dejaron sola un momento. Me levanté tambaleándome y caminé hasta un espejo viejo que había en la habitación. Me miré: el pelo revuelto, la cara y las tetas cubiertas de semen seco y fresco, marcas rojas en el cuello, en las muñecas y en el culo, la cukita

hinchada y abierta, con semen escurriendo por mis muslos.

De pronto, todo se detuvo. El tiempo se congeló. El aire dejó de moverse. Y entonces apareció.

Un ser extraño, de apariencia humanoide pero con ojos enormes y una presencia que no era de este mundo. Un Tralfamadoriano. Se materializó frente a mí en el espejo, como si siempre hubiera estado allí.

Me miró con esos ojos que parecían ver todos los momentos al mismo tiempo y me habló con una voz que resonaba dentro de mi cabeza:

—Pilar Martel… bruja blanca del norte. Has vivido todos estos momentos de placer y dolor. Cuando regreses, debes sentarte en el asiento de atrás de la camioneta. No preguntes. Solo siéntate atrás.

Y tan rápido como apareció, desapareció. El tiempo volvió a fluir.

Me limpié un poco la cara con las manos, temblando, sin entender del todo lo que acababa de pasar. Pero sabía que tenía que obedecer.

Los cuatro hombres me llevaron de vuelta al pueblo al amanecer. Me subieron a la camioneta. Y esta vez, sin que ellos dijeran nada, me senté en el asiento de atrás, desnuda, con el cuerpo marcado y lleno de su semen, mirando por la ventana mientras regresábamos.

El viaje de regreso en la camioneta fue silencioso. Me senté en el asiento de atrás, tal como me había indicado el Tralfamadoriano, desnuda y todavía cubierta de semen seco, colocada entre dos de ellos. El calor seguía siendo infernal. De pronto todo se volvió caos: un camión salió de la nada, un frenazo brusco, el golpe violento. El frente de la camioneta se destrozó. Los hombres gritaron. Pero yo, en el medio del asiento trasero, salí casi ilesa. Solo algunos golpes y el susto.

Desperté en una habitación de hospital. El cuerpo adolorido, moretones en los brazos y las piernas, pero viva. Horas después entró el psiquiatra. Un hombre serio, de unos cincuenta años, con mirada penetrante. Se sentó junto a la cama y me miró con calma.

Sabía todo. Me dijo que conocía mi diagnóstico de trastorno límite de la personalidad, que había escuchado los rumores sobre mí, la bruja blanca del norte, la puta del pueblo. Con voz

pausada me explicó la relación entre mi TLP y mi vida sexual. Me habló de la necesidad intensa de sentirme deseada, de la dificultad para regular las emociones, de cómo el sexo se convertía en una forma de llenar el vacío, de buscar intensidad para sentirme viva. Me dijo que mi impulsividad, el miedo al abandono y la búsqueda constante de placer extremo eran manifestaciones clásicas del trastorno. Que mi cuerpo y mi mente habían encontrado en el sexo descontrolado una válvula de escape, aunque muchas veces se saliera de control.

Escuché todo en silencio, sintiendo una extraña tranquilidad.

La escena se cortó de repente.

Ahora estaba en una habitación de hotel, a solas con él. El psiquiatra me tenía en cuatro sobre la cama, su verga entrando y saliendo de mi cukita con movimientos firmes y profundos. Mis manos se aferraban a las sábanas mientras él me penetraba con ritmo constante. Hablábamos entre gemidos y respiraciones agitadas.

Le conté cómo vivo mi vida sexual. Le describí que me encanta culiar con desconocidos, sentir vergas diferentes abriéndome, recibir creampies calientes una y otra vez. Que soy consciente de que a veces se sale de control, que termino en situaciones peligrosas, que el pueblo me juzga y me condena, pero que no me importa la mala fama. Le dije que necesito esa intensidad, que el riesgo y el placer me hacen sentir viva, que aunque sepa que es autodestructivo en parte, no quiero ni puedo parar. Que ser la bruja blanca, la puta del pueblo, es la única forma en que me siento realmente yo.

Él me escuchaba mientras seguía culiándome, sus embestidas volviéndose más profundas y fuertes con cada confesión mía. Mi cukita lo apretaba con fuerza, mojada y sensible. Me vine temblando, gimiendo contra la almohada, y él continuó penetrándome hasta que finalmente se vino adentro, llenándome con su semen caliente mientras yo seguía hablando, casi en un susurro.

Me quedé allí, en cuatro, con su leche escurriendo de mi cukita, sintiendo una extraña paz después de todo.

# Cierre:
# Última eyaculación del capítulo

Estaba sola en la habitación del hotel. La luz de la mañana entraba débil por las cortinas. Me levanté de la cama desnuda, con el cuerpo todavía adolorido y el semen seco pegado en algunos lugares. Caminé hasta el espejo grande que había en la pared y me miré de frente.

Allí estaba yo. Pilar Martel. La bruja blanca del norte. La puta del pueblo.

Mi piel clara estaba llena de marcas. Cada una contaba una historia. Me acerqué más al espejo y las recorrí con los dedos, recordando.

Primera marca: un moretón grande y amarillento en el muslo izquierdo. Me lo había hecho el rector del colegio aquella noche en mi casa. Me había agarrado con fuerza de las piernas mientras me culiaba salvajemente en cuatro, apretándome como si quisiera romperme. Todavía podía oír el *¡CRACK!* de su correa cayendo sobre mi culo.

Segunda marca: unas líneas rojas finas en la espalda. Eran de los azotes que me dio Don Julio en la finca. Cada *¡WHACK!* había dejado su huella mientras me sujetaban las manos atadas y me daban sin piedad en la piscina y en la cama.

Tercera marca: mordidas visibles en mis tetas. Una era reciente, del muchacho de 19 años en el Mirador Falso. Me había mordido con fuerza mientras se venía adentro de mí, gimiendo como un animal.

Cuarta marca: moretones en las muñecas. Las correas y las manos fuertes de los cuatro espías que me secuestraron. Me habían atado durante todo el fin de semana, sujetándome mientras me

culiaban uno tras otro.

Quinta marca: un chupón grande y oscuro en el cuello. Me lo había dejado el psiquiatra en el hotel, mientras me daba en cuatro y yo le contaba entre gemidos cómo vivía mi vida sexual, cómo era consciente de que todo se salía de control y que, aun así, no me importaba.

Sexta marca: la piel de mi culo todavía sensible y con líneas tenues. Los azotes del rector y de los hombres en la finca. Recordé cómo gritaba de placer y dolor con cada golpe mientras me llenaban de semen.

Séptima marca: la cukita hinchada, roja y sensible, con restos de semen seco en los muslos. Esa marca era de todos. De los doce hombres en el Mirador Falso, de los jóvenes que venían en grupos, de los policías, de los espías, del rector, del psiquiatra… de todos los que me habían usado y llenado durante meses.

Me quedé mirando mi reflejo por un largo rato. Vi a la mujer que había llegado buscando un trabajo político y que terminó convertida en la leyenda sexual del pueblo. Vi las marcas de placer, de dolor, de deseo descontrolado. Vi a la niña que descubrió el sexo y a la mujer que no podía parar de buscarlo. Sentí el vacío y la adrenalina al mismo tiempo, esa mezcla tan mía por el TLP.

Respiré profundo.

Ya era suficiente.

Recogí mis pocas cosas, me vestí con lo primero que encontré y salí del hotel sin mirar atrás. Tomé un bus que salía del pueblo esa misma tarde. Mientras el vehículo se alejaba por la carretera, miré por la ventana las luces del pueblo perdiéndose en la distancia.

No sabía adónde iba. Solo sabía que necesitaba huir. Dejar atrás la bruja blanca del norte, los rumores, las miradas, los creampies, los azotes y las noches sin control.

Pero en el fondo, muy en el fondo, sabía que esa parte de mí no se quedaría en el pueblo. Viajaría conmigo. Porque soy Pilar Martel. Y dondequiera que vaya, mi cukita y mis ganas siempre encontrarán la forma de abrirse.

Fin.